



A 30 años de
Ex Corde Ecclesiae

1990-2020

Reflexiones de destacados académicos



PONTIFICIA
UNIVERSIDAD
CATÓLICA
DE CHILE

DuocUC 

A 30 años de
Ex Corde Ecclesiae

1990-2020

Reflexiones de destacados académicos

A 30 años de *Ex Corde Ecclesiae*
Reflexiones de destacados académicos

©Derechos reservados
Primera Edición
Agosto, 2020

Portada:
Visita del Papa Juan Pablo II a Casa Central
Pontificia Universidad Católica de Chile
Abril, 1987

Coordinación del proyecto:
Sergio Salas (Duoc UC), Patricia Imbarack (UC),
María Belén Hurtado de Mendoza (Duoc UC),
Nicolás García (UC), Ana Martínez (Duoc UC),
Sophie Berthet (UC)

Diseño:
María Jesús Valenzuela (Duoc UC)

Versión Digital Preliminar

A 30 años de
Ex Corde Ecclesiae

1990-2020

Reflexiones de destacados académicos

Índice

Presentación	9
Prólogo	11
<i>Pbro. Lic. Francisco Ramírez Yáñez</i>	
1. Rol público de la universidad católica	17
<i>Ignacio Sánchez Díaz</i>	
2. Universidad católica y su evolución en el tiempo: pasado, presente y futuro	25
<i>José Marín Riveros</i>	
3. Las universidades católicas en el Nuevo Milenio: su identidad y su misión	35
<i>Hernán Corral Talciani</i>	
4. La participación de la universidad en la misión de la Iglesia	45
<i>Pedro Morandé Court</i>	
5. La teología en una universidad católica: su rol en el diálogo ecuménico, interreligioso y secular	55
<i>Mons. Celestino Aós Braco, OFM Cap</i>	
6. Aporte de una universidad católica a la educación superior a la luz de <i>Ex Corde Ecclesiae</i>	73
<i>Pedro Pablo Rosso Rosso</i>	
7. Educación superior técnico profesional católica a la luz de <i>Ex Corde Ecclesiae</i>	83
<i>Carlos Díaz Vergara</i> <i>Sergio Salas Fernández</i>	

8. La universidad católica y el diálogo con la cultura	91
<i>M. Esther Gómez de Pedro</i>	
9. Fe, ciencia y razón en la causa de la verdad	101
<i>Álvaro Ferrer Del Valle</i>	
10. La formación integral en una universidad católica	111
<i>Juan Larrain Correa</i>	
11. Pensando la universidad en el tiempo actual: el desafío de la virtualización	121
<i>Sebastián Kaufmann Salinas</i>	
<i>Valentina Nilo Covarrubias</i>	
12. El llamado de San Juan Pablo II a los académicos católicos	131
<i>Rayén Condeza Dall' Orso</i>	
13. Vigencia de <i>La idea de una Universidad</i> de J.H. Newman	141
<i>Paula Jullian Romani</i>	

Presentación

En 2020 celebramos el trigésimo aniversario de la publicación de la Constitución Apostólica *Ex Corde Ecclesiae*, escrita por San Juan Pablo II, que aborda aspectos fundamentales del quehacer de las instituciones de educación superior católicas.

A 30 años de Ex Corde Ecclesiae cuenta con la reflexión de destacados académicos de diversas casas de estudio que ayudan a renovar y actualizar la discusión en torno a su identidad y misión en el escenario actual. Esta publicación surge de la iniciativa del Instituto Profesional Duoc UC y la Pontificia Universidad Católica de Chile.

Los organizadores agradecen a todos aquellos que han hecho posible esta publicación, particularmente a los autores y a sus casas de estudio. Si este trabajo ayuda a comprender y profundizar en el sentido y misión de las instituciones de educación superior católicas se habrá logrado su principal objetivo.

Prólogo

A mediados del siglo XIX, en el marco histórico de los estados liberales en Europa, resurgen las universidades católicas con el propósito de recuperar rasgos fundamentales de su vocación educativa con las que iniciaron en la Baja Edad Media: la formación integral, la búsqueda y transmisión de la verdad (diálogo fe-razón) y su responsabilidad en el servicio a la sociedad y la Iglesia.

La preocupación por la identidad católica de las instituciones universitarias¹, así como su autonomía y libertad académica, ha sido una constante en las asambleas y conferencias de la Federación Internacional de Universidades Católicas a partir de los años '60 del siglo XX; documentos, reflexiones y congresos fueron los insumos para la elaboración de un documento que definiese con claridad su identidad y misión. En ese tiempo se consideró fundamental que la universidad católica, consagrada a la causa de la verdad, propiciara

1 Ospina-Hernández, et al., Historia de la misión e identidad de las universidades católicas, en *El camino de la misión e identidad de la Universidad Católica de Colombia y otras de origen canónico en Bogotá* (Bogotá: Universidad Católica de Colombia, 2007).

una eclesiología de comunión², el derecho universal a la educación³ y que estuviera inmersa en la realidad⁴, razones por las cuales San Juan Pablo II, en *Ex Corde Ecclesiae* (*ECE*), fundamentó los elementos doctrinales y jurídicos de su enseñanza en los aspectos eclesial, educativo y cultural.

La educación católica busca forjar en las personas y en la cultura, los valores antropológicos y éticos necesarios para la construcción de una sociedad fraterna y solidaria; su punto de referencia es la persona de Jesucristo, ratificando que Dios se hizo hombre en la historia⁵. De ahí la importancia de preguntarnos, desde la antropología cristiana a 30 años de la *Ex Corde Ecclesiae*: ¿está dando respuesta nuestra propuesta educativa a los desafíos del contexto actual?

A lo largo de los años, la Conferencia Episcopal Latinoamericana ha subrayado la necesidad de que la universidad católica ofrezca una respuesta efectiva al contexto de la región. *Medellín* (1968) criticó el contenido abstracto, formalista, pasivo y pragmático de la educación en Latinoamérica, preocupada más por la transmisión de conocimientos que por la formación de un espíritu crítico⁶. La pluralidad de sus culturas requiere una sensibilidad para el diálogo intercultural, en especial con los marginados de la sociedad, como son los indígenas, que dé respuesta a los problemas propios mediante

2 Concilio Ecu­mé­ni­co Va­ti­ca­no II, *Lumen Gentium* (21 no­viembre 1964), Con­sti­tu­ción do­g­má­ti­ca so­bre la Ig­le­sia, en AAS 57 (1965).

3 Con­ci­lio Ecu­mé­ni­co Va­ti­ca­no II, *Gravissimum Educationis* (28 oc­tu­bre 1965), De­cla­ra­ción so­bre la Edu­ca­ción Ca­tó­li­ca, en AAS 58 (1966).

4 Con­ci­lio Ecu­mé­ni­co Va­ti­ca­no II, *Gaudium et spes* (7 di­ciembre 1965), Con­sti­tu­ción pa­sto­ral so­bre la ig­le­sia en el mun­do ac­tual, en AAS 58 (1966).

5 Con­gre­ga­ción pa­ra la Edu­ca­ción Ca­tó­li­ca, *Educar hoy y ma­ña­na. Una pa­sión que se re­nue­va (Instrumentum laboris)* (7 abril 2014).

6 Con­se­jo Epi­scop­al La­ti­no­am­er­i­ca­no, II Con­fe­ren­cia Ge­ne­ral del Epi­scop­ado La­ti­no­am­er­i­ca­no y del Ca­ri­be (Me­de­llín, 26 de ago­sto - 8 de sep­tiembre de 1968).

una “educación liberadora” que busque ascender a condiciones de vida más humanas⁷.

Para *Puebla* (1979), la misión de la universidad debe ser formar líderes constructores de una nueva sociedad y actuar como una interlocutora de la ciencia; debe realizar una continua reflexión que dé respuesta a las necesidades de la región, con oportunidades a los grupos marginados, pobres y excluidos de la sociedad⁸. *Santo Domingo* (1992) reafirma lo dicho en Medellín y en Puebla, al considerar que el reto es «realizar un proyecto cristiano de hombre»⁹, una educación adecuada a las diferentes culturas, en especial la indígena. Invita a que se retome las características que pide *Ex Corde Ecclesiae*, de ser diálogo entre el Evangelio y las culturas; de ahí la necesidad de intensificar la relación fe y ciencia en función de la promoción humana. *Aparecida* (2007) reconocerá una delicada emergencia educativa en América Latina y El Caribe, fruto de un reduccionismo antropológico que concibe la educación en función de la producción, la competitividad y el mercado¹⁰.

El desafío para la educación católica¹¹ en América Latina es la necesidad de insertarse en los problemas actuales y realizar un esfuerzo comprometido con la transformación de las estructuras. La violencia, el narcotráfico, la desigualdad social, la injusticia, la

7 *Ibíd.*

8 Consejo Episcopal Latinoamericano, III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe (Puebla, 27 de enero - 12 de febrero 1979).

9 Consejo Episcopal Latinoamericano, IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe (Santo Domingo, 12 - 28 de octubre de 1992), n. 267.

10 Consejo Episcopal Latinoamericano, V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe (Aparecida, 13 - 31 Mayo de 2007), n. 328.

11 Juan Cornejo Espejo, «Educación católica: nuevos desafíos», *Estudios y Experiencia en Educación* 14, n.º 27 (2015): 183-201.

pobreza, la marginación y la exclusión son realidades que desafían nuestro aporte y proyecto educativo de formar profesionales cualificados, líderes en la transformación social. Las universidades tienen un papel esencial en la orientación de modelos sociales y económicos que promuevan una cultura superior que fomente la unidad y la paz. El centro de la educación cristiana es la persona de forma íntegra, con sus potencialidades (corpórea, estética, intelectual-crítico, moral, religioso) capaz de generar cultura¹².

El Papa Emérito Benedicto XVI, ante una sociedad cada vez más marcada por el relativismo, considera que la justa relación entre la fe y la razón es la gran tarea de la universidad católica pues la persona quiere saber sobre lo que le rodea y conocer la verdad; para ello se hace necesario no negar la grandeza del uso de la razón¹³. Para cumplirlo, es necesario apoyarse en ámbitos como la filosofía y la teología que buscan ir a la raíz y la causa de las cosas. Las universidades deben promover una nueva síntesis humanista, que permita el diálogo y la búsqueda de la verdad desde una antropología integral y concreta, ampliando los horizontes de la racionalidad desde la lógica del don¹⁴.

Ante una crisis antropológica y socio-ambiental de ámbito global, con un deterioro del medio ambiente y de la dignidad humana¹⁵, el Papa Francisco considera que las universidades

12 Angelo Zani, «La identidad y misión de las universidades católicas a la luz de los nuevos tiempos. Una mirada a 25 años de *Ex Corde Ecclesiae*» (conferencia, Pontificia Universidad Católica de Chile 2 de septiembre, 2015).

13 Delegación de Pastoral Universitaria de Madrid, *Claves del pensamiento de Benedicto XVI sobre la Universidad* (Madrid: Pastoral Universitaria de Madrid, 2011).

14 Benedicto XVI, *Caritas in veritate* (29 junio 2009), Carta encíclica sobre el desarrollo humano integral en la caridad y en la verdad, en *AAS* 101 (2009).

15 Francisco, *Laudato si'* (24 mayo 2015), Carta encíclica sobre el cuidado de la casa común, en *AAS* 107 (2015).

deben «ser laboratorios de diálogo y de encuentro al servicio de la verdad, de la justicia y la defensa de la dignidad humana en todos los niveles»¹⁶. Como comunidad de investigación y estudio, se tienen que enfrentar a los retos éticos y culturales que tanto están afectando al mundo de nuestra época; un aspecto urgente de su misión educativa es el desarrollo de una visión universal, con un compromiso solidario para combatir la desigualdad y la injusticia¹⁷. En su carta encíclica *Laudato si'* afirmará que ante la responsabilidad que tenemos del cuidado de la casa común, la universidad ofrece un espacio idóneo para dialogar desde la teología sobre el ambiente en la política internacional¹⁸; con las nuevas políticas nacionales y locales¹⁹; sobre la transparencia en los procesos de decisión que busquen el bien común y no intereses particulares²⁰; con la política y la economía²¹; y la relación de las religiones con las ciencias²².

Nuestra catolicidad nos abre a un contexto plural, tecnológico, multicultural, multiconfesional y valoral, siendo capaces de integrarnos desde una antropología filosófica social, teniendo en cuenta sus relaciones y modo de existir, de la memoria y de la promesa, preocupada por el desarrollo sostenible y que haga referencia a Dios en los escenarios globales, promocionando el desarrollo integral de la persona y de las sociedades desde la docencia, la vinculación y la investigación, y con una actitud

16 Francisco, Discurso a una delegación de la Villanova University de Filadelfia (14 abril 2018).

17 *Ibid.*

18 Francisco, *Laudato si'*, 164-165.

19 *Ibid.*, 176-181.

20 *Ibid.*, 182-188.

21 *Ibid.*, 189-198.

22 *Ibid.*, 199-201.

solidaria que es expresión de la caridad y la comunión eclesial. Así, como exhorta *Ex Corde Ecclesiae*, las universidades católicas están llamadas a ser un instrumento eficaz de humanización; en tanto inmersas en la sociedad humana, pueden dar respuesta a los “graves problemas contemporáneos” (*ECE* 32).

Pbro. Lic. Francisco Ramírez Yáñez

*Presidente de la Organización de Universidades
Católicas de América Latina y el Caribe*

1. Rol público de la universidad católica

Ignacio Sánchez Díaz

Médico Pediatra por la Pontificia Universidad Católica de Chile
Rector de la Pontificia Universidad Católica de Chile

El concepto del rol público ha estado siempre presente en las universidades católicas. Es una función que se expresa a través del proyecto educativo: en su calidad, en la investigación y creación de nuevo conocimiento, y en el compromiso de la institución con la sociedad. La función pública en las universidades católicas viene de sus orígenes. Las primeras universidades en Europa, y en particular aquellas que surgieron a partir de la Iglesia en centros monásticos —creadas para el estudio del derecho, la medicina y la teología— tuvieron un papel muy importante en el desarrollo de la enseñanza y el saber. Junto con promover la generación de nuevo conocimiento, estas instituciones —iluminadas por la fe— buscaban cultivar el espíritu acercando al hombre a la verdad y logrando influir en las instancias de poder de la sociedad. En su visita a nuestra Universidad

en 1987, San Juan Pablo II nos llamó a «promover una *cultura de la solidaridad* que abarque la entera comunidad»¹. Así también se dirigió a los miembros de la universidad como “constructores de la sociedad” cuyo deber, dijo, es el de «ensanchar y consolidar una *corriente de solidaridad* que contribuya a asegurar el bien común»². Sus palabras resuenan constantemente en nuestra comunidad.

Este mensaje lo desarrollaría luego en la Constitución Apostólica *Ex Corde Ecclesiae* (*ECE*) de agosto de 1990, el documento orientador y referente fundamental para las instituciones católicas de educación superior, al que llamó la Carta magna para las universidades católicas. En él define a la universidad católica, en cuanto universidad, como

una comunidad académica, que, de modo riguroso y crítico, contribuye a la tutela y desarrollo de la dignidad humana y de la herencia cultural mediante la investigación, la enseñanza y los diversos servicios ofrecidos a las comunidades locales, nacionales e internacionales (*ECE* 12).

Puntualiza, además, respecto de la necesaria autonomía institucional para que ésta pueda cumplir sus funciones eficazmente y garantizar a sus miembros la libertad académica, en cuanto resguarda los derechos de la persona y de la comunidad dentro de las exigencias de la verdad y del bien común.

La universidad católica comparte entonces con las demás universidades la búsqueda de la verdad y su comunicación en todos los campos del conocimiento. Sin embargo, en tanto católica, su tarea particular reside en unificar en este trabajo dos realidades: la búsqueda de la verdad, y la certeza de conocer la fuente de la

1 Juan Pablo II, Discurso a los representantes del mundo de la cultura en la Universidad Católica de Santiago de Chile (3 abril 1987), Viaje Apostólico a Uruguay, Chile y Argentina, en *AAS* 80 (1988), 4, p.159.

2 *Ibíd.*

verdad. Su objetivo es garantizar una presencia cristiana en el mundo universitario frente a los grandes problemas de la sociedad y de la cultura. Para llevar adelante la tarea encomendada y cumplir así con el objetivo para el cual nace, la universidad católica ha de cumplir con las siguientes características esenciales:

1. Una inspiración cristiana por parte, no sólo de cada miembro, sino también de la Comunidad universitaria como tal;
2. Una reflexión continua a la luz de la fe católica, sobre el creciente tesoro del saber humano, al que trata de ofrecer una contribución con las propias investigaciones;
3. La fidelidad al mensaje cristiano tal como es presentado por la Iglesia;
4. El esfuerzo institucional al servicio del pueblo de Dios y de la familia humana en su itinerario hacia aquel objetivo trascendente que da sentido a la vida (*ECE* 13).

Es decir, una universidad católica, junto con formar e investigar — funciones propias de toda universidad— en su cualidad de católica, suma a esta tarea la inspiración del mensaje cristiano. Así lo señala la Constitución Apostólica:

siendo al mismo tiempo universidad y católica, ella debe ser simultáneamente una comunidad de estudiosos, que representan diversos campos del saber humano, y una institución académica, en la que el catolicismo está presente de manera vital (*ECE* 14).

Ésta es nuestra identidad y nuestro camino para seguir.

Por otra parte, en la presentación del texto de la Constitución Apostólica, San Juan Pablo II nos recuerda lo dicho en el Concilio Vaticano II en cuanto su finalidad es promover

Una presencia, por así decir, pública, continua y universal del pensamiento cristiano [...] tendiente a formar a todos

los estudiantes de manera que lleguen a ser hombres insignes por el saber, preparados para desempeñar funciones de responsabilidad en la sociedad y a testimoniar su fe ante el mundo³.

Éste es el verdadero y profundo rol público de la universidad católica.

Sin embargo, la Constitución Apostólica no sólo explicita cuál es la misión de estas comunidades, sino que, además, puntualiza la tarea específica que deben desarrollar sus integrantes. Los docentes, afirma, están llamados a ser testigos y educadores de una auténtica vida cristiana. En este aspecto, profundiza Mons. Alfredo H. Zecca, la universidad no necesita repetidores o adoctrinadores que no lleguen al corazón del alumno y tampoco investigadores o científicos que, por exceso, pueden confundir sobre lo esencial. Lo que se requiere son «verdaderos maestros, oyentes y dialogantes con sus alumnos, capaces de integrar la fe con la razón, la teoría con la experiencia, el pensamiento con el afecto»⁴. No deberán ser únicamente competentes en sus disciplinas, sino que también deberán mostrar, ante todo, coherencia entre lo enseñado y lo vivido, entre lo que dicen y lo que hacen. A los estudiantes los invita a adquirir una educación que armonice la riqueza del desarrollo humanístico y cultural con la formación especializada, y a los dirigentes y administrativos los llama a ejercer una esmerada gestión de servicio, en un rol donde su participación también es indispensable para la identidad y la vida universitaria.

Asimismo, el académico *Doctor Scientia et Honoris Causa* y

3 Concilio Ecu­mé­ni­co Va­ti­ca­no II, *Gravissimum educationis* (28 octubre 1965), Declaración sobre la Educación Católica, en *AAS* 58 (1966), 10, p. 737. cf. Juan Pablo II, *Ex Corde Ecclesiae* (15 agosto 1990), *Constitución apostólica sobre las universidades católicas*, en *AAS* 82, 9.

4 Alfredo H. Zecca, «Ex Corde Ecclesiae. Una lectura a 20 años de su promulgación», en *Ex Corde Ecclesiae. Constitución apostólica de S.S. Juan Pablo II. Sobre las universidades católicas* (Santiago, Chile: Pastoral UC, 2011), 93.

profesor del instituto de Sociología de nuestra universidad, Pedro Morandé, señala que la universidad tiene una responsabilidad muy grande, porque su autoridad

no surge de algún privilegio que la sociedad le haya concedido, ni de ninguna disposición legal o administrativa, sino del sólo hecho de ser una universidad rigurosa, que tiene un pensamiento científico serio, que está respaldado no sólo por datos empíricos, sino por la calidad humana e intelectual de la consagración de sus miembros a la búsqueda de la verdad⁵.

Es decir que cuando el trabajo de una universidad —el trabajo investigativo, la formación de sus estudiantes y sus publicaciones—, está orientado por un interés superior, éste adquiere confiabilidad. Junto a lo anterior, añada que tener presente los criterios que determinan el valor de una cultura —según lo expresa la Constitución Apostólica—, el significado de la persona humana, su libertad, su dignidad y su sentido de la responsabilidad y, en especial, la apertura a la trascendencia, constituye el servicio más importante que la universidad puede prestar al desarrollo de una cultura. Éste es un aspecto fundamental del compromiso público de la universidad católica con el desarrollo del país.

Respecto del servicio a la Iglesia y a la sociedad, la Constitución Apostólica señala que, como cualquier otra universidad, la católica está inmersa en un entorno social y para llevar a cabo su servicio a la Iglesia deberemos ser instrumento de progreso cultural para las personas y para la sociedad en conjunto. Hoy, a 30 años desde su creación, el mensaje de *Ex Corde Ecclesiae* cobra particular fuerza en la definición, las características y las tareas que propone respecto a las universidades católicas. Sin ambigüedades, la Constitución Apostólica describe esta misión de servicio como la búsqueda de caminos a la luz de la fe para avanzar en el logro de una mejor

5 Pedro Morandé, «La vocación de servicio de la universidad a las personas y a la sociedad», en *Ex Corde Ecclesiae. Constitución apostólica de S.S. Juan Pablo II. Sobre las universidades católicas* (Santiago, Chile: Pastoral UC, 2010), 56.

calidad de vida para las personas.

En esta misión pública que se nos mandata, se nos pide dar especial prioridad a la evaluación, desde el punto de vista cristiano, de los valores y normas que dominan la sociedad y la cultura modernas, y a la comunicación de los principios éticos y religiosos que dan pleno significado a la vida humana. De allí que la investigación que se realiza en una universidad católica deberá tratar y abordar los problemas contemporáneos (la dignidad de la vida humana, la promoción de la justicia para todos, la calidad de vida personal y familiar, la protección de la naturaleza, la búsqueda de la paz y la estabilidad política), junto con propiciar una distribución más equitativa de los recursos y un ordenamiento político que esté al servicio del ser humano. En esta tarea la universidad católica, es decir, sus autoridades y académicos, deberán ser valientes para expresar verdades incómodas, pero necesarias para el bien común de la sociedad.

Por lo expuesto, las universidades católicas, fieles a su misión, son responsables entonces de contribuir al progreso de la sociedad en la que operan. Por ende, buscan establecer una relación de colaboración con la sociedad y el Estado —un diálogo permanente con lo que ocurre en el país—, para dar respuesta a sus necesidades a través de soluciones efectivas que nos lleven a la construcción de una sociedad más justa, en que el foco sea la dignidad y el respeto por la persona. Este diálogo supone el completo respeto de la autonomía universitaria, aspecto fundamental de preservar, y para lo cual sus autoridades cumplen un rol insustituible. Es con este objetivo que *Ex Corde Ecclesiae* recomienda la interdisciplinariedad, apoyada de manera fundamental por la contribución de la filosofía y la teología, puesto que ayuda a los estudiantes a adquirir una visión orgánica de la realidad.

Las palabras del Papa Francisco han sido muy importantes en este sentido; lo mencionó en su discurso en la Casa Central de

nuestra Universidad en 2018:

La comunidad está desafiada a no quedarse aislada de los modos de conocer; y así también a no construir conocimiento al margen de los destinatarios de éstos. Es necesario que la adquisición de conocimiento sepa generar una interacción entre el aula y la sabiduría de los pueblos. El conocimiento siempre debe sentirse al servicio de la vida y confrontarse con ella para poder seguir progresando⁶.

El Papa nos invitó, también en esa oportunidad, a que las universidades nos transformáramos en «verdaderos laboratorios al servicio de la sociedad»⁷ para poder iluminar a la sociedad desde nuestras instituciones. Ésta es quizás una de las más desafiantes propuestas que podemos recibir para realizar desde nuestras instituciones, pues significa un gran desafío y responsabilidad de compromiso público. De este modo, la formación, la transferencia de nuevo conocimiento y la entrega de propuestas concretas desde la universidad, constituyen un valioso y particular aporte a la discusión y formulación de políticas públicas.

En la actualidad, considerando los grandes desafíos que enfrenta el país, el rol público de la universidad católica queda de manifiesto y de manera muy patente frente a nuestra sociedad. Esta tarea se ha presentado en la forma en que la universidad se compromete con la salud y educación de nuestra población, con las políticas económicas y sociales, con la colaboración con los municipios, y en especial, con la dedicación y mirada puesta en la situación de las personas con mayor pobreza y vulnerabilidad. Este es nuestro rol de aporte y servicio público, el que desarrollamos desde nuestra propia identidad con responsabilidad y sentido de misión

6 Francisco, «Discurso del Santo Padre en su Visita a la Pontificia Universidad Católica de Chile», en *Mi paz les doy. Mensajes de S.S. Francisco. Visita apostólica a Chile* (Santiago, Chile: CECH-UC, 2018), 62.

7 *Ibíd.*

evangelizadora. En los últimos meses, y de manera particular, tras la crisis social que se detonó en octubre de 2019 en nuestro país, y en la actual situación de pandemia y crisis sanitaria que nos afecta, se presenta en toda su magnitud el mensaje de *Ex Corde Ecclesiae* a las universidades católicas en el que se destaca el rol y relevancia que se espera de nuestras instituciones. La universidad abre sus puertas y ventanas para recoger el sentir de la sociedad y en especial para entregar un aporte original y generoso en servicio y aporte al bien común de la sociedad.

El desarrollo de nuestro país se entiende con el aporte de nuestra universidad; así ha sido y estamos seguros de que se potenciará en el futuro. Así, con la guía del Evangelio y siguiendo el camino de Cristo, se hace necesario reforzar nuestro trabajo en la evangelización de la cultura y la promoción de los valores de la solidaridad, la justicia, la equidad y la paz. Es pertinente y necesario que, desde nuestra identidad —de instituciones universitarias que han nacido del corazón de la Iglesia—, llevemos adelante nuestra misión de servicio y compromiso público a partir de la formación de nuestros estudiantes y de la creación de nuevo conocimiento al servicio de la sociedad. Esta tarea se debe realizar poniendo siempre en diálogo la fe y la razón, las dos alas que se unen en la permanente búsqueda de la verdad⁸. Este es el rol público al que estamos llamados en nuestra Universidad.

8 Cf. Juan Pablo II, *Fides et Ratio* (14 septiembre 1998), Carta encíclica sobre las relaciones entre fe y razón, en *AAS* 91 (1999).

2. Universidad católica y su evolución en el tiempo: pasado, presente y futuro

José Marín Riveros

Doctor en Historia Medieval por la Universidad de Barcelona

*Decano de la Facultad de Filosofía y Educación
de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso*

Dos son las instituciones más antiguas de la Civilización Occidental, la Iglesia Católica y la Universidad, y una nació de la otra, como nos recuerda la Constitución Apostólica *Ex Corde Ecclesiae* (*ECE*). En su larga peregrinación en este mundo, la Iglesia manifiesta, desde sus orígenes, su vocación por la educación, cumpliendo a través de ella el mandato de evangelizar a pueblos y naciones. Esa vocación por la educación, en tanto evangelización, se asienta en la *caritas*, el amor al prójimo y el reconocimiento de su dignidad y trascendencia, que a su vez encuentra su fundamento en el amor de Dios; se trata de la encarnación de los mandamientos de Cristo¹.

Las primeras universidades, nacidas del seno de la Iglesia y de su celo evangelizador en diálogo con la cultura, continuaron y

¹ Mt. 22,34-40.

profundizaron una tarea iniciada en los primordios de la historia de la Iglesia. La exégesis de las Sagradas Escrituras, así como la “lectura” de la Creación —la contemplación razonada de la naturaleza—, el mundo de la *lectio divina* y del *studium*, ya había encontrado en los monasterios una morada. En una época considerada “oscura” por consenso de las malas personas², como diría Umberto Eco, la conservación del saber, la tradición humanista y la transmisión de la cultura se arraigó en la Iglesia, ya fuera en el clero regular o en el secular. Los llamados “renacimientos” medievales, en verdad florecimientos culturales únicos y originales, representan bien ese esfuerzo y dedicación sostenidos en el tiempo, de evangelización de la cultura; una de sus culminaciones es el llamado Humanismo del siglo XII, que forjará la institución educativa más importante de nuestra historia cultural: la universidad³.

La universidad, como centro del saber en el cual profesores y alumnos se instruyen y debaten en la búsqueda de la verdad, es una creación original de la Cristiandad Medieval y, podríamos decir, una institución profundamente occidental y única. No existió nada parecido en la Antigüedad griega o romana —aunque en sus escuelas y academias están los fundamentos de la cultura occidental—, ni en el Imperio Bizantino ni en la China imperial. Aquellas instituciones que, por comodidad, se han llamado *universidad* islámica —el singular caso de Mali— o bizantina o China, fueron, en realidad, escuelas de altos estudios, pero no universidades en el estricto rigor del término; su preocupación era formar cuadros de funcionarios para el estado, no intelectuales de alto vuelo, ni tampoco la creación del

2 Umberto Eco, «Diez modos de soñar la Edad Media», en *De los espejos y otros ensayos* (Buenos Aires: Lumen, 1985).

3 Cf. Galo Gómez, *La universidad a través del tiempo*. México: Universidad Iberoamericana, 1998.

conocimiento sino más bien su transmisión⁴. De aquellas instituciones no es esperable, como plantea Jacques Le Goff, la formación de un intelectual de oficio que vive del pensamiento, del conocimiento y del saber, reclamando autonomía de parte del Estado y de la Iglesia, para pensar⁵. Precisamente, la dualidad Estado-Iglesia permite la existencia de un tercer espacio que es el que va a ser ocupado por los universitarios, y desde el cual observarán y pensarán su propio mundo; así, en la Edad Media podremos identificar un ámbito político o *regnum*, otro eclesiástico o *sacerdotium* y, además, el espacio del mundo intelectual, esto es, el *studium* que, justamente, reclamará una autonomía necesaria para dedicarse al oficio del pensamiento y la búsqueda del saber. Por cierto, esa separación entre lo civil y religioso, que da lugar al tercer ámbito, es uno de los grandes aportes del cristianismo a la historia de Occidente.

La palabra universidad proviene del latín *universitas* que, específicamente, significa *gremio*, un conjunto de personas unidas por un oficio común y vertidas hacia un fin también común⁶. La palabra universidad tiene que ver, desde su origen, con las personas y con la tarea de la búsqueda incansable de la verdad. La universidad, concebida como un gremio, supone responsabilidades, vínculos comunitarios y, por cierto, jerarquías: maestros y discípulos comparten el oficio, pero no se confunden. El discípulo aprende y, cuando ya domina el oficio, adquiere el rango de oficial; cuando es capaz de dominar completamente y con autonomía su oficio, realiza una obra maestra y se le reconoce entonces como maestro. Esta relación entre maestro y discípulo queda expresada de modo notable

4 Cf. Fernando Tejerina, ed., *La Universidad. Una historia ilustrada* (Madrid: Turner-Banco de Santander, 2010).

5 Jacques Le Goff, *Los intelectuales en la Edad Media* (Barcelona: Gedisa, 1990).

6 Luis Rojas, *Para una meditación de la Edad Media* (Talcahuano: Ediciones Universidad del Bío-Bío, 2018).

en esta sentencia de Silvestre II, el papa del año 1000: «La victoria del discípulo es la gloria del maestro»⁷. Esa victoria exige, ayer como hoy, ciertos deberes del estudiante y del profesor: dedicación, esfuerzo, rigurosidad, mucha disciplina, a la vez que respeto entre uno y otro en el rol que le compete. La jerarquía, en la vida universitaria, todavía se funda en la *auctoritas*, esto es, en el reconocimiento de que hay algunos que recién están iniciándose en el camino del saber y deben aprender, mientras hay otros que después de muchos años han logrado un dominio sobre alguna disciplina y entonces, pueden enseñar. En pocas palabras, la autoridad y la jerarquía académica descansan en el saber.

A pesar de su larga tradición, que hunde sus raíces en la Edad Media, la universidad actual es heredera de las grandes reformas del siglo XIX en Francia y Alemania, y del siglo XX en Estados Unidos. En términos generales podríamos decir que estas reformas recogen, por una parte, la revolución científica producto de la Ilustración y, por otra, el modelo profesionalizante que respondía a las necesidades de desarrollo del Estado moderno —especialmente notorio en el caso de Francia tras la Revolución y de Estados Unidos tras la Guerra de Secesión; en ambos casos era necesario levantar y desarrollar un país “arrasado”—. También en el siglo XIX, en medio de las polémicas entre liberales —a veces radicalmente anticlericales— y católicos, y la creciente laicización de la sociedad, nacieron las universidades católicas modernas. No solo es la época de la renovación del tomismo, por ejemplo, en la Universidad Gregoriana o en la de Lovaina, que buscaban el diálogo entre razón y fe, sino también de las encíclicas sociales, que instaban a las élites católicas a preocuparse del bienestar de los trabajadores y de los desposeídos que, entonces como hoy, la modernidad parecía dejar de lado. Así como el mensaje de Cristo involucra a toda la humanidad, así también la Iglesia

⁷ Gerberto Pierre Riché, *El Papa del año mil* (Madrid: Nerea, 1990).

podía ocuparse de los grandes problemas que la aquejan. La misión educativa universal de la Iglesia encuentra en sus universidades la oportunidad de brindar un servicio a la sociedad que no se agote en una formación profesionalizante o el puro cultivo de la ciencia pura, sino que integre «el sentido de la trascendencia del hombre sobre el mundo y de Dios sobre el hombre» (*ECE* 18). No puede haber una formación verdaderamente integral sin incorporar la dimensión moral, espiritual y religiosa; no puede desarrollarse la investigación a espaldas de sus implicaciones éticas y morales⁸, porque una ciencia sin conciencia puede generar monstruosidades cuyos efectos serían devastadores para la humanidad.

Una de las características fundamentales de la vida universitaria desde sus orígenes, y que *Ex Corde Ecclesiae* reconoce y reclama, es la “autonomía”, necesaria para el ejercicio de la libertad en la búsqueda de la verdad. En esa búsqueda se sostiene, además, esa misma libertad: “la verdad os hará libres”⁹, dice Cristo, Él mismo, el *Lógos*, la Verdad. La búsqueda de la verdad está siendo amenazada en nuestro tiempo por un relativismo que pone en duda su misma existencia. Contra esa tendencia se revela la naturaleza misma del ser humano, como expresa Monseñor Angelo Zani al conmemorarse los 25 años de la Constitución Apostólica¹⁰. El llamado a la búsqueda de la verdad se opone a lo que hoy en día se denomina “corrección política” —a menudo una forma lateral de la censura—, y *Ex Corde Ecclesiae* exige sin ambages hacerse cargo de esto: «Si es necesario, la

8 Cf. Dietrich Lorenz, «La institución universitaria como organización: sello valórico y ética» (Clase pronunciada en el Curso de Especialización en Gestión de Instituciones de Educación Superior, Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, enero de 2015).

9 Jn. 8,32.

10 Angelo Zani, «La identidad y misión de las universidades católicas a la luz de los nuevos tiempos. Una mirada a 25 años de *Ex Corde Ecclesiae*» (conferencia, Pontificia Universidad Católica de Chile, 2 de septiembre de 2015).

universidad católica deberá tener la valentía de expresar verdades incómodas, verdades que no halagan a la opinión pública, pero que son también necesarias para salvaguardar el bien auténtico de la sociedad» (*ECE* 32).

Es este último un mandato de la mayor relevancia para la comunidad académica de las universidades católicas, que incluye a profesores, estudiantes¹¹ y funcionarios, y exige valentía y fortaleza en estos tiempos en los que, sobre todo en las redes sociales, campea la intolerancia y la descalificación. Desde el mundo académico, con mesura y ponderación, se deberán buscar los medios adecuados para proclamar aquellas convicciones que, finalmente, otorgan su identidad a las universidades católicas. En la Constitución Apostólica el tema de la identidad ocupa un lugar central. En cuanto universidad, donde se cultiva el saber, se debe procurar sostener y cuidar una comunidad académica que, rigurosa y críticamente, se dedique al saber; el estudio, decíamos, requiere libertad para su ejercicio, pero a ésta se llega a través de la disciplina, el rigor y la autoexigencia, únicos caminos para llegar finalmente al autoconocimiento. La búsqueda de la verdad en esos términos debe estar garantizada institucionalmente, pero como no se trata de cualquier universidad, sino de una “universidad católica”, es importante el lugar desde el que se mira y se comprende el mundo y la sociedad. Como ha dicho Cristóbal Orrego, una universidad católica no excluye a nadie —solo se autoexcluyen los que no respetan su esencia—, como tampoco excluye ninguna ciencia o disciplina¹². Sin embargo, esa apertura a

11 Cf. Zenon Grocholewski, «El estudiante según la *Ex Corde Ecclesiae*» (*Lectio Magistralis* pronunciada en la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, 10 de diciembre de 2013).

12 Cristóbal Orrego, «Un nuevo análisis iusfilosófico y canónico de la Constitución Apostólica “*Ex Corde Ecclesiae*” del Papa Juan Pablo II a 25 años de su emisión», *Revista de Derecho de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso* 43, n.º 2 (2014): 731-762.

la sociedad y al conocimiento no puede terminar desdibujando a la universidad y vaciándola de contenido o, peor aún, traicionando su propia misión de servicio a la Iglesia y a la sociedad.

En un mundo cada vez más laicizado, en el cual la crisis valórica ha herido a la propia Iglesia alejando a muchos fieles, el esfuerzo por sostener una comunidad de creyentes católicos convencidos de su rol y de la fidelidad al mensaje cristiano, es fundamental y uno de los grandes desafíos del presente. El futuro de las universidades católicas depende de ese esfuerzo que debe hacerse ahora, so pena de contemplar cómo se diluye su identidad institucional. En esta materia *Ex Corde Ecclesiae* no hace una sugerencia, sino que se trata de un verdadero mandato y, por tanto, ineludible. Sin embargo, la misma, con sentido de sensatez y realidad, reconoce que en una universidad católica puede haber miembros no católicos —ya se trate de personas que profesen otros credos, o ninguno—, y así como se les respetará su libertad en la materia, igualmente se esperará de ellos respeto por el carácter de la institución. Es más, el texto, en su parte normativa, es taxativo: «los profesores, el personal administrativo [...] y todos los estudiantes, tienen la obligación de reconocer y respetar el carácter católico de la Universidad» (Normas art. 4, § 4). Este punto es de la mayor relevancia, pues muchas veces no se comprende cabalmente en un mundo de relativismo donde la tolerancia llevada a su extremo lleva a tolerar hasta lo intolerable. Formar parte de una universidad católica —sea como profesor, funcionario o alumno— es una elección personal y nadie está obligado a pertenecer a ella si no comparte sus principios. No debe interpretarse esto —pero es un error común que así se haga— como una manera de censurar o coartar el conocimiento. Hugo de San Víctor, él mismo un hombre de Iglesia, recomendaba a los universitarios en el siglo XII: «Aprende todo. Después verás que nada es superfluo. La ciencia coartada no

es gozosa»¹³. Esa alegría a la que se refería él no es otra cosa que la que se obtiene en la búsqueda incansable de la verdad, único camino hacia la sabiduría en la que radica —como dice Pedro Morandé— la auténtica soberanía humana¹⁴.

Es la misma Constitución Apostólica la que deja claro que la libertad académica es un pilar fundamental en la búsqueda de la verdad, y la universidad debe procurarla y garantizarla; asimismo, la búsqueda de esa verdad se debe realizar mediante el debate y el diálogo, sin exclusiones y, muy especialmente, en lo que respecta al diálogo entre fe y razón. Ciertamente no es un misterio que *Ex Corde Ecclesiae* puede leerse a la luz de la Carta Encíclica *Fides et Ratio*, aunque es posterior, también de San Juan Pablo II¹⁵.

Tanto la dignidad del oficio como la de las personas que lo practican exigen signos, símbolos, gestos, en fin, reclaman un ceremonial que los destaque y exalte. Maestros y discípulos se distinguen en época medieval por sus ropas, mientras que la solemnidad del claustro exige un ritmo, así como un examen y la entrega de los grados se constituían en liturgias académicas. Nada puede quedar entregado al azar o a la delicuescencia de la vida cotidiana. El tiempo académico está fuera del fluir incontenible del tiempo y, abusando de Van der Leeuw, está más cerca del tiempo

13 Cf. Héctor Herrera, «Consideraciones acerca de la vida intelectual en la Edad Media», en *Dimensiones de la responsabilidad educacional* (Santiago, Chile: Editorial Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, 1988).

14 Pedro Morandé, «La vocación de servicio de la universidad a las personas y a la sociedad», en *Ex Corde Ecclesiae. Constitución apostólica de S.S. Juan Pablo II. Sobre las universidades católicas* (Santiago, Chile: Pastoral UC, 2010), 56.

15 Cf. Juan Pablo II, *Fides et Ratio* (14 septiembre 1998), Carta encíclica sobre las relaciones entre fe y razón, en *AAS* 91 (1999).

sagrado que del profano¹⁶. El espacio académico, por su parte, no se confunde —abusando esta vez de Pieper—, con el espacio totalitario del trabajador, porque no todos los espacios son iguales ni heterogéneos cualitativamente hablando¹⁷. El mundo académico tiene, tenía, o debería tener conciencia de sus propios tiempos y espacios, y en ellos, de sus propios ritos y gestos.

El ceremonial académico, con sus símbolos visibles o invisibles, requiere de objetos, palabras y espacios nobles. La vulgaridad o el apuro no pueden tener cabida en el claustro. El gesto repetido, la medalla que se luce en ciertos momentos, los lugares que debe ocupar cada uno según su jerarquía, la palabra sobre la que se vuelve, todo ello se organiza en una ceremonia que se transforma en rito y que se fundamenta en la tradición. La universidad es, en tres palabras, tradición, entrega y tarea (que es pasado, presente y futuro). El ceremonial académico, la liturgia universitaria, tan cara a las más antiguas y prestigiosas universidades del mundo, debiera hacerse presente en aquellas dimensiones de la vida académica que involucran aquellas tres palabras: desde una clase hasta la entrega de un grado académico. Y ciertamente que, en una universidad católica, ese ceremonial exige una mayor preocupación, una dedicación especial y una singular reverencia, toda vez que todo acto se hace bajo la invocación de Dios. Pero hay que tener cuidado y estar vigilantes: cuando el sentido del rito, del gesto, la palabra; se pierde, queda sólo el adorno vacío y, cuando eso ocurre, ese objeto vacío se transforma en una molestia o estorbo, y se termina eliminando. En ese proceso es evidente que hay un empobrecimiento; asimismo, rescatar el rito y su sentido es una forma de enriquecer la vida académica, ennobleciéndola, restituyendo al oficio su dignidad más

16 Cf. Gerardus Van der Leeuw, *Fenomenología de la Religión*, trad. por Ernesto de la Peña (México: Fondo de Cultura Económica, 1975).

17 Cf. Josef Pieper, *El Ocio y la Vida Intelectual* (Madrid: Rialp, 1983).

prístina. Y, por cierto, el ceremonial no supone solo una ética, sino también una estética: el ceremonial es bello y también por eso vale la pena rescatarlo.

En una universidad católica no basta con los ritos académicos, sino también es preciso participar en la celebración de los sacramentos como un verdadero acto de culto comunitario (*ECE* 39). Se trata de una cuestión importante, por cuanto la participación en los ritos —sagrados y académicos— permite a la comunidad encontrarse en torno a los pilares de su identidad, salvaguardándola y proyectándola.

3. Las universidades católicas en el Nuevo Milenio: su identidad y su misión

Hernán Corral Talciani

Doctor en Derecho por la Universidad de Navarra

Profesor de la Universidad de los Andes

Vigencia de un documento

Sorprende la visión profética de San Juan Pablo II cuando se revisan los documentos de su pontificado. Al cumplirse 30 años de la Constitución Apostólica *Ex Corde Ecclesiae* (ECE) de 15 de agosto de 1990, las reflexiones que contiene sobre la labor universitaria y los desafíos de las instituciones de educación superior católicas, proporcionan orientaciones útiles para el presente y el futuro de estas instituciones. Las ideas que se contienen sobre la identidad de una universidad católica y su misión se potencian entre sí, ya que la identidad determina la misión, y a su vez ésta refuerza lo que la universidad es o debe ser: su identidad.

La universidad católica es universidad

La identidad de toda universidad católica parte de una base indispensable: es universidad, esto es, una comunidad de maestros y

alumnos que explora la universalidad del saber humano: *Universitas magistrorum et scholarium*. Sobre lo que es una universidad la Iglesia tiene una experiencia secular ya que, como lo dice el comienzo de la Constitución Apostólica (en la frase que le da el título), la institución universitaria ha nacido del corazón de la Iglesia. Las universidades surgieron bajo el estímulo y al amparo de la Iglesia en la Alta Edad Media.

Desde allí la institución universitaria ha evolucionado y se ha desarrollado en múltiples aspectos: la extensión de las disciplinas científicas que aborda, la inclusión de la enseñanza de profesiones, la investigación especializada y multidisciplinar, la masificación del alumnado, métodos pedagógicos, actividades culturales, de solidaridad social, etc. Pero, por otro lado, se mantienen sus rasgos esenciales: una comunidad de personas que tratan de alcanzar un conocimiento integral del mundo y de su sentido. Así lo señala la Constitución Apostólica: «La universidad católica, en cuanto universidad, es una comunidad académica, que, de modo riguroso y crítico, contribuye a la tutela y desarrollo de la dignidad humana y de la herencia cultural mediante la investigación, la enseñanza y los diversos servicios ofrecidos a las comunidades locales, nacionales e internacionales» (ECE 12).

En la identidad de toda universidad destaca la investigación científica, por lo que una universidad católica ha de ser «el lugar donde los estudiosos examinan a fondo la realidad con los métodos propios de cada disciplina académica, contribuyendo así al enriquecimiento del saber humano», y, hecho esto, debe producirse «un diálogo entre las diversas disciplinas con el fin de enriquecerse mutuamente» (ECE 15). Por eso se indica como un rasgo de la identidad universitaria “la integración del saber”, que como ya lo ponía de relieve en 1990 San Juan Pablo II, es una tarea que, con la especialización de las ciencias, se hace cada vez más compleja. La universidad debe «promover tal

superior síntesis del saber, en la que solamente se saciará aquella sed de verdad que está inscrita en lo más profundo del corazón humano» (ECE 16).

Del afán por indagar la verdad universal surge otro elemento identitario: la transmisión del conocimiento. El Papa enseña que «dada la íntima relación entre investigación y enseñanza, conviene que las exigencias de la investigación [...] influyan sobre toda la enseñanza», de modo que se ayude «a los estudiantes a adquirir una visión orgánica de la realidad y a desarrollar un deseo incesante de progreso intelectual» (ECE 20).

Investigación y enseñanza deben realizarse en una unión de personas inspiradas por un objetivo común: «la Comunidad universitaria está animada por un espíritu de libertad y de caridad, y está caracterizada por el respeto recíproco, por el diálogo sincero y por la tutela de los derechos de cada uno», y así «ayuda a todos sus miembros a alcanzar su plenitud como personas humanas» (ECE 21). Cada miembro (profesor, estudiante, directivo y personal administrativo) debe cooperar para promover la unidad y contribuir, «según su propia responsabilidad y capacidad, en las decisiones que tocan a la comunidad misma» (ECE 21). Se recalca la importancia de las personas que apoyan en la gestión administrativa: «la dedicación y el testimonio del *personal no académico* son indispensables para la identidad y la vida de la Universidad» (ECE 26).

Para que una universidad sea católica debe partir por ser universidad. Pero ¿qué agrega a la identidad universitaria el ser católica?

Identidad: el carácter católico

El ámbito de aplicación de la Constitución Apostólica son las universidades o institutos de Educación Superior erigidos o

aprobados por la Santa Sede u otras autoridades de la Iglesia. Si bien se acepta que laicos puedan crear una universidad que se sustente en los principios del Magisterio de la Iglesia, sólo puede llevar el nombre de “católica” si así se acuerda con la autoridad eclesiástica competente (Normas art. 3, § 3). No obstante, pensamos que las ideas sobre la identidad católica contenidas en el documento pontificio pueden ser aplicadas a universidades, que no siendo oficialmente católicas, asumen en su ideario los valores y principios del Evangelio.

El carácter católico ha de inspirar todo el quehacer universitario: «siendo al mismo tiempo universidad y católica — precisa el Papa—, ella debe ser simultáneamente una comunidad de estudiosos, que representan diversos campos del saber humano, y una institución académica, en la que el catolicismo está presente de manera vital» (*ECE* 14). La integración de las ciencias debe ser complementada por la filosofía y la teología, en una reflexión sobre las implicancias éticas o morales y con un diálogo entre fe y razón, esas dos alas del entendimiento humano que teniendo como fin la verdad no pueden ser incompatibles, como lo explicó el mismo Papa Juan Pablo II en una de sus más lúcidas encíclicas: «La fe y la razón son como las dos alas con las cuales el espíritu humano se eleva hacia la contemplación de la verdad»¹. En la síntesis del saber un papel especial tiene la ciencia teológica: el estudio de la teología contribuye a que las otras disciplinas encuentren un significado más allá de sus propios métodos (*ECE* 19). En éste como en otros puntos, se sigue a John Henry Newman que ya en 1852 abogaba por la inclusión de la teología en una universidad que se preciara de abordar la universalidad del conocimiento².

1 Juan Pablo II, *Fides et Ratio* (14 septiembre 1998), Carta encíclica sobre las relaciones entre fe y razón, en *AAS* 91 (1999).

2 John Henry Newman, *La idea de una universidad*, trad. por Paula Julian (Santiago, Chile: Ediciones Universidad Católica de Chile, 2016), 45.

La enseñanza también debe estar imbuida de este sello católico, aunque con respeto a la libertad de profesores y alumnos. San Juan Pablo II insta a los estudiantes a adquirir una educación que armonice el desarrollo humanístico con la formación profesional, y a sentirse animados a continuar la búsqueda de la verdad y de su significado durante toda la vida: «Esto les hará capaces de adquirir o, si ya lo tienen, de profundizar una forma de vida auténticamente cristiana» (ECE 23). Para ello es necesario que los docentes no se contenten con transmitir sus conocimientos o hallazgos científicos, sino que ofrezcan su propio testimonio personal. Como la mayoría de los profesores en una universidad católica serán bautizados, se les exhorta «a ser testigos y educadores de una auténtica vida cristiana, que manifieste la lograda integración entre fe y cultura, entre competencia profesional y sabiduría cristiana» (ECE 22). Por cierto, no todos los docentes deben ser católicos y se aprecia la colaboración de personas de otras iglesias o que no profesan ninguna religión. Se les pide, sí, respetar la identidad católica de la institución mientras que la Universidad respeta su libertad religiosa (ECE 26-27; Normas art. 4 § 2 y 4). La catolicidad de la Universidad supone también que se inserte en la Iglesia particular en la que opera y también en toda la Iglesia universal, teniendo como presupuesto la «fidelidad como *institución*, al mensaje cristiano, y el reconocimiento y adhesión a la Autoridad magisterial de la Iglesia en materia de fe y de moral» (ECE 27).

Misión: servicio a la Iglesia y a la sociedad

De la identidad se deriva su misión. La universidad católica debe cumplir la misión fundamental de toda universidad: «la constante búsqueda de la verdad mediante la investigación, la conservación y la comunicación del saber para el bien de la sociedad» (ECE 30). Por lo mismo, la universidad católica no debe aislarse y convertirse en una especie de refugio desconectado de otras universidades y de

la sociedad. Su Santidad anima a «estimular formas originales de diálogo y colaboración entre las universidades católicas y las otras universidades de la Nación», lo que se extiende a otras instituciones de educación que «sirven al bien común; representan uno de entre los varios tipos de instituciones necesarias para la libre expresión de la diversidad cultural, y se esfuerzan en promover el sentido de la solidaridad en la sociedad y en el mundo» (*ECE* 37).

Toda esta misión que la universidad católica tiene por ser universidad (investigación, enseñanza, educación continua, promoción de la justicia social y ayuda al desarrollo de las naciones emergentes) debe estar impregnada por la visión católica del hombre, la familia y la sociedad. San Juan Pablo II destaca varios aspectos, como la ayuda a que los estudiantes puedan vivir su vocación cristiana con madurez y coherencia (*ECE* 31), el estudio de los problemas contemporáneos con atención a sus dimensiones éticas y religiosas (*ECE* 32), el análisis bajo el prisma cristiano de valores y normas dominantes en la cultura moderna, la responsabilidad de comunicar los «principios éticos y religiosos que dan pleno significado a la vida humana» (*ECE* 33), y el espíritu de servicio a los demás y la promoción de la justicia social que deben ser compartidos por los profesores y fomentado entre los estudiantes (*ECE* 34).

Misión: pastoral, cultura y evangelización

Con mayor detención se consideran tres aspectos de la misión de la universidad católica: la existencia de una pastoral, la promoción del diálogo intercultural y la evangelización de la sociedad. La pastoral universitaria debe ofrecer a los miembros de la comunidad universitaria «la ocasión de coordinar el estudio académico y las actividades para-académicas con los principios religiosos y morales, integrando de esta manera la vida con la fe» (*ECE* 38).

En el diálogo entre culturas, la universidad católica está

llamada a aportar la experiencia cultural de la Iglesia. Además, debe fomentar el diálogo de las culturas con el Evangelio y entre pensamiento cristiano y ciencias modernas, con académicos que muestren que la inteligencia no se ve disminuida o coartada por la fe, sino que, por el contrario, se ve estimulada y enriquecida (*ECE* 46). La universidad católica está llamada también a participar de la misión evangelizadora de la Iglesia, dando un «vital testimonio de orden institucional de Cristo y de su mensaje, tan necesario e importante para las culturas impregnadas por el secularismo o allí donde Cristo y su mensaje no son todavía conocidos de hecho» (*ECE* 49).

Todas sus actividades fundamentales: investigación, enseñanza, formación profesional, diálogo cultural y cultivo de teología, deben vincularse y armonizarse con la misión evangelizadora de la Iglesia, esto es, «anunciar el Evangelio de manera tal que garantice la relación entre fe y vida tanto en la persona individual como en el contexto socio-cultural en que las personas viven, actúan y se relacionan entre sí» (*ECE* 48). Reiteremos que los esfuerzos por realizar la misión redundan en un mayor perfilamiento de la identidad.

Desafíos que vienen

Prácticamente todos los aspectos que la *Ex Corde Ecclesiae* aborda en relación a la identidad y misión de las universidades católicas, son aplicables a los desafíos que se enfrentan en nuestro tiempo. La sociedad actual se ha secularizado mucho más; los principios morales de la antropología cristiana son cada vez más difíciles de comunicar en una cultura que exalta el individualismo egótico, el utilitarismo materialista y un hedonismo sin transcendencia. En la investigación se observa una exigencia constante por publicar estudios ultra especializados en revistas indexadas, lo que produce un ensimismamiento de los académicos que renuncian a interactuar

con la sociedad. La masividad y la profesionalización de las carreras no ha hecho sino aumentar, con las dificultades que ello plantea para una formación personalizada e integral.

Por otro lado, la autonomía universitaria se ve limitada por las regulaciones de la burocracia estatal, que coartan la creatividad en la enseñanza, y con procesos de licenciamiento o acreditación, que tienden a imponer un modelo uniforme. El financiamiento de las actividades muchas veces está condicionado a cumplir requisitos y exigencias que lesionan la libertad universitaria.

Frente a estas realidades actuales —a las que hay que sumar la contingencia de la actual pandemia y la suspensión de clases presenciales—, destacan las reflexiones de San Juan Pablo II sobre la integración y colaboración entre disciplinas, el servicio del enfoque teológico para que cada disciplina busque su significado, el beneficio que los hallazgos de la investigación deben producir para las personas y la sociedad, y que la relación profesor-alumno vaya más allá que la mera transmisión de conocimientos técnicos.

Particular urgencia tiene hoy el diálogo con la cultura de la modernidad, valorando sus aspectos positivos pero también corrigiendo sus vacíos y deficiencias. Es urgente dar razones de la fe y mostrar cómo el conocimiento científico y las verdades reveladas se armonizan y complementan, así como profundizar en los principios éticos derivados de la dignidad humana y de la necesidad de promover el progreso social. En suma, se trata de que «todo el proceso educativo esté orientado, en definitiva, al desarrollo integral de la persona» (*ECE* 20).

Ningún integrante de la comunidad universitaria puede quedarse al margen de estos desafíos. Los docentes, especialmente los católicos, deben empeñarse en progresar en sus conocimientos e investigaciones, pero también en ahondar en una vida cristiana

que irradie hacia colegas y alumnos. Los estudiantes no deben considerarse “clientes” en un rol meramente receptivo; deben empeñarse en adquirir conocimientos y competencias profesionales y además participar como miembros de la comunidad: «Esto les hará capaces de adquirir o, si ya lo tienen, de profundizar una forma de vida auténticamente cristiana». Se aplica plenamente hoy lo que el documento pide a los alumnos: «Los estudiantes deben ser conscientes de la seriedad de su deber y sentir la alegría de poder ser el día de mañana ‘líderes’ calificados y testigos de Cristo en los lugares en los que deberán desarrollar su labor» (ECE 23).

Sobre las amenazas a la debida autonomía y las ayudas para su financiamiento tiene plena vigencia lo que el documento sostiene en cuanto a que las universidades católicas tienen el derecho a esperar, de parte de la sociedad civil y de las autoridades públicas, el reconocimiento y la defensa de su autonomía institucional y de la libertad académica: «Idéntico derecho —se añade— tienen en lo que respecta a la ayuda económica, necesaria para que tengan asegurada su existencia y desarrollo» (ECE 37).

Finalmente, es necesario profundizar y desarrollar la idea de que las universidades católicas son un ámbito para que los laicos asuman la tarea que les reconociera el Concilio Vaticano II de santificar las realidades temporales: «Allí están llamados por Dios, para que, desempeñando su propia profesión guiados por el espíritu evangélico, contribuyan a la santificación del mundo como desde dentro, a modo de fermento»³. San Juan Pablo II subraya este punto: «El futuro de las universidades católicas depende, en gran parte, del competente y generoso empeño de los laicos católicos», por lo que «la Iglesia ve su creciente presencia en estas instituciones con gran esperanza y como una confirmación de la insustituible vocación

3 Concilio Euménico Vaticano II, *Lumen Gentium* (21 noviembre 1964), Constitución dogmática sobre la Iglesia, en *AAS* 57 (1965), 31, pp. 37-38.

del laicado en la Iglesia y en el mundo» (*ECE* 25). Quizás sea éste el desafío mayor que las universidades católicas enfrentan en este tiempo y que de alguna manera aúna todos los demás.

4. La participación de la universidad en la misión de la Iglesia

Pedro Morandé Court

Doctor en Sociología por la Universidad de Erlangen-Nürnberg
Doctor Scientiae et Honoris Causa por la Pontificia Universidad Católica de Chile

Celebramos ahora los 30 años de la Constitución Apostólica *Ex Corde Ecclesiae* (ECE), promulgada por el Papa Juan Pablo II el 15 de agosto de 1990, en el duodécimo año de su pontificado. Durante este tiempo, el texto ha sido estudiado y analizado en sus implicaciones para la vida universitaria y han surgido, incluso, proposiciones para su modificación y actualización, las cuales, sin embargo, no se han traducido en cambios al texto. Esto no resulta difícil comprenderlo, puesto que el texto fue estudiado durante muchos años, consultándose a todas las conferencias episcopales nacionales y a muchos expertos que hicieron llegar sus puntos de vista y sus apreciaciones desde las variadas regiones y culturas del mundo. De modo que el texto refleja una síntesis que, al mismo tiempo que definir con claridad los rasgos esenciales de una universidad católica, deja un amplio espacio de adaptación a las circunstancias históricas particulares de las naciones.

Ya desde su primer párrafo, cuya frase inicial dio nombre a la Constitución Apostólica, se establece la relación íntima entre la misión de la Iglesia y la misión de la universidad, puesto que en el lenguaje bíblico el corazón representa la identidad más profunda del ser humano y de las comunidades e instituciones a las que se encuentra unido. Si la universidad ha nacido del corazón de la Iglesia, comparte con ella su identidad y también su misión, aunque del modo propio y particular que corresponde a una comunidad de maestros y discípulos dedicados a la búsqueda de la verdad en los distintos ámbitos del saber y a su transmisión a las nuevas generaciones. Desde este punto de vista, la universidad participa de la tarea docente de la Iglesia en la formación de personas conscientes de la verdad de su ser, de su humanidad en el sentido más profundo, desarrollando sus capacidades y habilidades y, muy especialmente, su libertad. Y participa también, de este modo, de la red intergeneracional que sostiene la vida, produciéndose un diálogo entre los ya consagrados y aquellos que se asoman más recientemente al sendero del saber en busca de su destino.

Por lo dicho, la tarea universitaria no es únicamente escolástica. Lo propio de esta docencia orientada a la búsqueda conjunta de la verdad entre maestros y discípulos es que se realiza creativamente en las disciplinas académicas que cobija la universidad, estimulando la curiosidad y la investigación sistemática para descubrir la realidad en el conjunto de todos los factores que la constituyen. Así se alcanza una educación por la ciencia y para la ciencia, cuyo último sentido no son las disciplinas mismas sino la capacidad racional del ser humano de encontrar sentido a la realidad que habita y que ha transformado en su morada.

Del planteamiento expuesto podría concluirse que la Constitución Apostólica trata de buscar una síntesis dinámica entre la tradición sapiencial y la de las ciencias empíricas. La primera es

propia de las Sagradas Escrituras y en particular de la revelación del Cristo-Logos encarnado en la cultura de su pueblo y en la de todos los pueblos en los que la Iglesia ha anunciado el Evangelio. La segunda es el resultado histórico del desarrollo de la racionalidad de las ciencias empíricas, crecientemente especializado y con una proyección tecnológica que ha llevado a cambios significativos de la realidad natural y social en que se desenvuelve la vida, como también al cambio continuo del mismo conocimiento científico que se retroalimenta revisando continuamente sus paradigmas. *Ex Corde Ecclesiae* no pretende contraponer ambas perspectivas de la razón — como sucede tantas veces en la opinión pública y también en foros académicos de visiones estrechas—, sino que busca, antes bien, la integración de todos estos saberes y perspectivas, sabiendo que la realidad es una sola y de que la razón no se satisface con menos que la comprensión de la unidad de todo lo que existe.

En su dimensión sapiencial, la Constitución Apostólica define para la universidad una vocación de servicio en relación a las personas y a la sociedad que deriva del *gaudium de veritate*, que es su núcleo esencial, según San Agustín, quien pensaba que el gozo de la verdad es el gozo de Dios mismo. Así, el fin que reúne libremente a profesores y estudiantes es «el gozo de buscar la verdad, de descubrirla y de comunicarla en todos los campos del conocimiento» (*ECE* 1). Y si bien esta definición de la misión universitaria es permanente, agrega que «nuestra época tiene necesidad urgente de esta forma de servicio desinteresado que es el de *proclamar el sentido de la verdad*, valor fundamental sin el cual desaparecen la libertad, la justicia y la dignidad del hombre» (*ECE* 4). Quisiera subrayar la expresión “sentido de la verdad” porque recientemente el Papa Francisco ha señalado, siguiendo el mismo argumento, que nuestra época necesita una “Universidad del Sentido” antes que de la competencia técnica

y de la eficiencia profesional¹. Con ello rescata una vez más la tradición sapiencial que se encarna en los claustros universitarios.

Respecto a las ciencias empíricas, la Constitución Apostólica subraya la autonomía del método que corresponde a cada una de las disciplinas universitarias, puesto que ellas mismas lo han desarrollado conforme a la naturaleza de su objeto. Esto vale incluso para la teología, a pesar de su estrecha familiaridad con la tradición sapiencial, puesto que todas las disciplinas cultivadas en la universidad, incluida la teología, aspiran a la rigurosidad del método sugerido para quienes recolectan información cuantitativa y cualitativa en un ámbito específico de la realidad. De ello se deduce que la teología no sólo debe concentrarse en el análisis de los datos de la Revelación sino que debe abrirse también al estudio del fenómeno religioso en las culturas del mundo, sea que ellas tengan o no vínculos históricos o analogías simbólicas con las prácticas de la Iglesia. Ello ha dado origen a los estudios sobre la religión y, en el ámbito de la teología, a la así llamada teología fundamental. En síntesis, no hay espacios vedados ni vetados para la investigación realizada en una universidad católica, sino que todos ellos enriquecen la comprensión del conjunto de la realidad.

La Constitución Apostólica definió en este sentido como una característica propia de la catolicidad de las universidades el diálogo entre la razón y la fe, y la integración del saber conforme a este mismo espíritu dialogal. La filosofía y la teología pueden prestar un delicado y provechoso servicio a este propósito. Pero incluso en un sentido más contingente e inmediato, las propias disciplinas han ido progresivamente convergiendo hacia la “interdisciplina”, siendo actualmente un poderoso motor de creatividad científica y de progreso para el desarrollo de la sociedad. Pero no basta ciertamente

¹ Francisco, Videomensaje del Santo Padre con ocasión del Ciberencuentro Mundial organizado por la Fundación Scholas Ocurrentes (5 junio 2020).

de que la interdisciplinariedad amplíe el horizonte de las ciencias empíricas. La amplitud debe ser aún mayor para alcanzar el umbral de la verdad y de su sentido. Por ello, la universidad católica no podría renunciar nunca a su tradición sapiencial, de modo tal que no sólo la teología y la filosofía, que son las primeras responsables, den un impulso dialogal fundamental al conjunto de los saberes, sino también los estudios de las humanidades, de la cultura y de las artes colaboren en la misma dirección.

Sin embargo, en la actualidad los anhelos de las universidades están lejos de orientarse con estos criterios. Evidentemente, se cumplen las funciones básicas de enseñar, certificar, investigar y publicar. Pero no suelen definirse estas funciones desde el sentido de la verdad sino más bien como las tareas de una industria educacional y cultural, que tiene métodos y procedimientos para dar títulos profesionales y acreditar competencias, para certificar grados del saber y patentar innovaciones tecnológicas, para agregar, en última instancia, valor económico a la producción del país. En sí misma, esta definición funcional es muy legítima. Pero se debe tener claro, al menos, que ella no es equivalente con la que deriva de la tradición sapiencial ni la sustituye. Mientras esta última proviene de la tradición bíblica y del magisterio de la Iglesia, la definición funcional viene del desarrollo de la tecnología moderna y de su aplicación al gobierno y a la coordinación de las actividades sociales por medio de la información. La finalidad de la tradición sapiencial es la búsqueda de la “fusión de horizontes” de la conciencia, como la llamó bellamente Gadamer², o la perfección del espíritu que la Constitución *Lumen gentium* llamó “vocación universal a la santidad”³.

2 Cf. Hans-Georg Gadamer, *Verdad y Método*, trad. por Ana Aparicio y Rafael de Agapito (Salamanca: Sígueme, 1977).

3 Cf. Concilio Ecueménico Vaticano II, *Lumen gentium* (21 noviembre 1964), Constitución dogmática sobre la Iglesia, en *AAS* 57 (1965).

La definición funcional, en cambio, tiene como finalidad maximizar la relación entre costos y beneficios mediante el incremento de la productividad de todos los factores en juego, y acreditar las instituciones de educación superior a los parámetros internacionales del ejercicio de la actividad universitaria. No sólo son dos registros distintos del lenguaje, sino también del pensamiento.

¿Es posible conciliarlos? Ciertamente el diálogo paciente entre razón y fe en un contexto interdisciplinario puede ayudar muchísimo. Sin embargo, el único que puede finalmente integrar el saber es la persona humana como tal, ya que puede distinguir todos los planos que sean necesarios y, no obstante, entender la realidad en su unidad y totalidad. La inteligencia artificial de los computadores y del *big data* no alcanza para comprender la unidad de lo real, aunque muestren una variedad de interconexiones entre sus elementos constitutivos. Una comprensión unitaria sólo acontece cuando se busca aprehender la realidad en su significado último, lo que no sucede con la razón tecnológica que se limita a estudiar funciones específicas, sino cuando la razón se abre al horizonte metafísico y sapiencial. Lo plantea la Constitución Apostólica cuando afirma que «“[...] los hombres de ciencia ayudarán realmente a la humanidad sólo si conservan ‘el sentido de la trascendencia del hombre sobre el mundo y de Dios sobre el hombre’^{4,5}» (ECE 18). Esto es lo que quiere decir orientarse por el sentido de la verdad.

Pues bien, el gozo de la verdad produce una libertad interior muy profunda que corresponde a una apertura original y creativa a la realidad, junto a una pasión por el diálogo cultural y por la educación de las personas. Se trata de una particular sensibilidad

4 Juan Pablo II, Discurso del Santo Padre a la Pontificia Academia de las Ciencias con motivo de la conmemoración del nacimiento de Albert Einstein (10 noviembre 1979), en *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, vol. II/2 (1979), p. 1109.

5 Juan Pablo II, Discurso a la UNESCO (2 junio 1980), en *AAS* 72 (1980), 22, p. 750.

y aprecio a la dignidad de la vida humana, portadora de la trascendencia de la persona. Si existen dentro de la comunidad universitaria personalidades imbuidas de este espíritu de libertad y caridad, el diálogo, más que interdisciplinario y de integración de saberes, será un diálogo humano que se hace cargo del desarrollo personal de cada uno y del florecimiento orgánico de sus talentos. Cuando se pierde, en cambio, el sentido de la verdad y de la libertad, las personas quedan completamente indefensas frente a la tiranía de los poderosos, de las modas intelectuales, de la distribución desigual del prestigio y de la estima, de las imágenes e informaciones interesadamente editadas según la usanza política del momento. Por ello es tan importante que las sociedades tengan la experiencia cultural de comunidades que aprecian la sabiduría, que hacen de la cultura un espacio de auténtica soberanía humana, donde se pone en juego la capacidad de ser más y donde no se sacrifica la dignidad del pensamiento a los variados y cambiantes ídolos que parasitan de la vida social. La Constitución Apostólica nos recuerda que lo que anima a la comunidad universitaria es un espíritu de libertad y caridad (ECE 21) y el Papa Benedicto XVI nos confirmó en el mismo espíritu con su fórmula *Caritas in veritate*, que es la propuesta de un criterio sapiencial para discernir lo justo y conveniente a la realización de la vocación de la persona⁶.

La Constitución Apostólica destacó también algunos de los aspectos que consideraba más urgentes para el servicio a la sociedad. ECE 32 describe como

graves problemas contemporáneos la dignidad de la vida humana, la promoción de la justicia para todos, la calidad de vida personal y familiar, la protección de la naturaleza, la búsqueda de la paz y de la estabilidad política, una distribución más equitativa de los recursos del mundo y un

6 Benedicto XVI, *Caritas in veritate* (29 junio 2009), Carta encíclica sobre el desarrollo humano integral en la caridad y en la verdad, en AAS 101 (2009).

nuevo ordenamiento económico y político que sirva mejor a la comunidad humana a nivel nacional e internacional.

Exhorta a investigar todos estos temas con profundidad y rigor en cuanto a sus causas y efectos, pero sin descuidar sus dimensiones morales y religiosas. Como puede apreciarse, todos estos temas continúan plenamente vigentes. No es exagerado afirmar que la universidad es la única institución de la sociedad que tiene la capacidad de asumir esta tarea crítica de forma más esencial, particularmente, cuando se mira el mediano y largo plazo de estos problemas y su impacto en las nuevas generaciones. La preservación de la calidad moral de las culturas, más que información, exige sabiduría, cultivo personal de las virtudes y de la libertad interior. El mayor aporte de la universidad a la sociedad es justamente esa capacidad de diálogo entre las generaciones que aprenden la sabiduría de cada saber, puesto que en ella se juega el hombre su destino.

De este aporte surge la autoridad moral que tiene la universidad en la sociedad, la que no deriva de algún privilegio que ella le haya concedido, ni de ninguna disposición legal o administrativa, sino del sólo hecho de ser una universidad rigurosa y que tiene un pensamiento científico serio que está respaldado no sólo por datos empíricos, sino por la calidad humana e intelectual de la consagración de sus miembros a la búsqueda de la verdad. Su confiabilidad a los ojos de la población reside en el hecho de que sea indesmentible que ella guía sus investigaciones, sus enseñanzas y sus publicaciones por un interés superior que le resulta irrenunciable. Tal interés superior queda de manifiesto cuando se considera, como lo hace *Ex Corde Ecclesiae*, que «entre los criterios que determinan el valor de una cultura están, en primer lugar, el significado de la persona humana, su libertad, su dignidad, su sentido de la responsabilidad y su apertura a la trascendencia» (*ECE* 45). Recordar estos criterios de modo permanente y persuasivo a la sociedad es el mayor servicio

que puede prestar al desarrollo de su cultura.

El Papa Francisco, hablando sobre la “Universidad del Sentido” en la ya mencionada alocución, señalaba que «educar es buscar el sentido de las cosas»⁷. Y agregaba: «Nunca se olviden de estas últimas tres palabras, gratuidad, sentido y belleza»⁸, como claves de la vida universitaria y de la cultura, poniendo como ejemplos emblemáticos de tales conceptos a “El Idiota” de Dostóievski, a “La Vocación de Mateo” de Caravaggio y a “La Strada” de Fellini. Estas palabras «pueden parecer inútiles, sobre todo hoy en día. Sin embargo, de esto que parece inútil depende la humanidad entera, el futuro»⁹. Pero podría añadirse que también estas tres palabras dan un horizonte amplio al racionamiento científico, a la innovación tecnológica y a la solución de problemas sociales específicos. Sin ellas, la ciencia perdería su creatividad y atractivo. La universidad debe perseverar, en consecuencia, en la búsqueda del equilibrio entre la tradición sapiencial de la razón y su racionalidad científico-tecnológica, para bien de sí misma y de la sociedad que la acoge.

7 Francisco, Ciberencuentro Mundial.

8 *Ibíd.*

9 *Ibíd.*

5. La teología en una universidad católica: su rol en el diálogo ecuménico, interreligioso y secular

Mons. Celestino Aós Braco, OFM Cap

Licenciado en Teología por la Universidad de Pamplona

Arzobispo de Santiago y Gran Canciller de la Pontificia Universidad Católica de Chile

Introducción

Si bien es cierto que el proceso de secularización se identificó con un “desmontaje de influencias religiosas en la sociedad”, especialmente en el siglo XX, y también con una suerte de “desinstitucionalización” de la religión —sobre todo al final del mismo y comienzos del XXI—, el mismo fenómeno religioso está lejos de perder importancia¹. Desde esta premisa, una reflexión de la identidad católica, en el insospechado cambio cultural de pluralidad religiosa, parece indispensable para volver a asumir la teología de una universidad católica en el diálogo ecuménico, interreligioso y también con la creciente reivindicación secular no creyente. Dicha convicción surge también desde la necesidad de pensar la universidad no sólo como

1 Niklas Luhmann, *La religión de la sociedad* (Madrid: Trotta, 2007), 242.

una instructora de profesionales, sino con el tradicional talante filosófico y sapiencial con el que se procura buscar la verdad².

Esta última responsabilidad no es algo nuevo, y el magisterio eclesial local nos ha insistido en que «necesitamos más agentes de diálogo y mejor calificados»³. Esta necesidad dice relación con la misión de la Iglesia que el Papa Pablo VI, durante el Concilio Vaticano II, acuñó en su *Ecclesiam suam*, al hablar de la custodia del depósito de la fe:

‘Guarda el depósito’, amonesta San Pablo⁴. Pero ni la custodia ni la defensa encierran todo el quehacer de la Iglesia respecto a los dones que posee. El deber congénito al patrimonio recibido de Cristo es la difusión, es el ofrecimiento, es el anuncio, bien lo sabemos: ‘Vayan, pues, enseñen a todas las gentes’⁵ es el supremo mandato de Cristo a sus apóstoles. Éstos con el nombre mismo de apóstoles definen su propia indeclinable misión. Nosotros daremos a este impulso interior de caridad que tiende a hacerse don exterior de caridad el nombre, hoy ya común, de diálogo⁶.

El Papa Pablo VI expuso que la misma religión es el diálogo entre Dios y el hombre⁷, cual “coloquio de salvación”, y cuyos interlocutores son “todo lo humano”⁸, incluso en el silencio de la no creencia y el

2 Cf. Pedro Morandé, «La vocación de servicio de la Universidad a las personas y a la sociedad. XX años de vigencia de Ex Corde Ecclesiae», *Revista Persona y Cultura* 2001, 51 ss.

3 Consejo Episcopal Latinoamericano, *V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe* (Aparecida, 13 – 31 Mayo de 2007), n. 231.

4 1Tim 6,20.

5 Mt 28,19.

6 Papa Pablo VI, *Ecclesiam suam* (6 agosto 1964), Carta encíclica sobre el “mandato” de la Iglesia en el mundo contemporáneo, en *AAS* 56 (1964), 33, p. 639.

7 *Ibíd.*, 35.

8 *Ibíd.*, 44.

testimonio anónimo⁹; con los creyentes en Dios¹⁰; con los cristianos hermanos separados¹¹; procurando finalmente un diálogo al interior de la misma Iglesia¹². Este último, en definitiva, no es una reclusión sobre nosotros mismos—cual imitación “prudencial” frente al virus externo— es más bien la oportunidad para reflexionar y dialogar, exorcizando monólogos persuasivos o argumentaciones ideológicas. Nos encontramos cada vez más con el otro, no para oponernos sino para dialogar: el otro es un “tú”, y no un “no-yo”.

Propuesta para hacer resurgir de la identidad católica

Un llamado semejante se deja ver en la actual América Latina, cuando el documento de Aparecida expresa:

Nos encontramos con el desafío de revitalizar nuestro modo de ser católico y nuestras opciones personales por el Señor, para que la fe cristiana arraigue más profundamente en el corazón de las personas y de los pueblos latinoamericanos como un acontecimiento fundante y encuentro vivificante con Cristo. Él se manifiesta como novedad de vida y de misión en todas las dimensiones de la existencia personal y social. Esto requiere, desde nuestra identidad católica, una evangelización mucho más misionera, en diálogo con todos los cristianos y al servicio de todos los hombres¹³.

No en vano, desde los últimos 30 años han surgido iniciativas que procuran proveer de esos “agentes de diálogo y mejor calificados”, especialmente a través de nuevos institutos de teología y Pastoral en América Latina. «En este camino, se ha logrado crear espacios de

9 Ibid., 46.

10 Ibid., 49.

11 Ibid., 50.

12 Ibid., 53 ss.

13 Consejo Episcopal Latinoamericano, *V Conferencia General: Aparecida*, 13.

diálogo, discusión y búsqueda de respuestas adecuadas a los enormes desafíos que enfrenta la evangelización en el Continente. Asimismo, se han podido formar innumerables líderes al servicio de las Iglesias particulares»¹⁴.

A ellos se suma la gran tradición universitaria de nuestro continente, que en su momento, volvió a ser inspirada por San Juan Pablo II al escribir su Constitución Apostólica *Ex Corde Ecclesiae* (*ECE*). Es en este documento donde todavía se pueden encontrar claves de este diálogo, junto a la renovación de una fe auténtica cimentada en el encuentro personal con Jesucristo. En ella se habla de un “diálogo cultural”, con la clara conciencia «de que la cultura humana está abierta a la Revelación y a la trascendencia, [y de que] la universidad católica es el lugar primario y privilegiado para un fructuoso diálogo entre el Evangelio y la cultura» (*ECE* 43). Junto con ello, la universidad católica «puede ofrecer una contribución al diálogo ecuménico, con el fin de promover la búsqueda de la unidad de todos los cristianos, y al diálogo interreligioso, ayudando a discernir los valores espirituales presentes en las diversas religiones» (*ECE* 47).

En el mundo y en la cultura local encontramos muchas experiencias de fe y distintas religiones. Vivimos tiempos de viajes, migraciones e intercambios por los diversos medios de comunicación social. Por ello, la globalización no es sólo un fenómeno de excursiones épicas allende el mar. Como en una irrupción que acabamos de descubrir, vemos una pluralidad de costumbres, diferencias valóricas y religiosas que han viajado hasta nosotros. La Iglesia no huye de la relación con ellas, sino que la desea y la busca. Esos encuentros con otras experiencias religiosas pueden ofrecernos la posibilidad de un diálogo y un discernimiento, no menos crítico,

14 *Ibíd.*, 344.

que nos permiten un gran aprendizaje. Ya no miramos a la distancia esas regiones no cristianizadas. Se nos hace evidente que incluso en nuestra comunidad hay una gran variedad de hermanos evangélicos, judíos, musulmanes, junto a muchos otros hermanos de pueblos originarios como los mapuches, cuya religión y cosmovisión sagrada no considerábamos como parte nuestra. Vivimos en un mundo plurireligioso. Por cierto, que entre ellos y en un número todavía mayor, estamos los cristianos —aun cuando, a nivel mundial, crecen más las poblaciones de países de oriente y del sur en su mayoría no cristianas—. Es por ello que de una manera inédita se ha producido, aún sin la reflexión académica, una *praxis* de interrelación religiosa que, en muchos habitantes de nuestras latitudes, ha configurado —también en muchas personas—, una especie de sincretismo religioso.

Sin perjuicio de lo anterior y, de acuerdo con la forma de concebir el diálogo religioso desde Dios —ya como lo hiciera Pablo VI o de acuerdo a la aseveración antropológica de la religión en tanto fenómeno inherente al ser humano—, se puede afirmar que, desde un nivel de la mera divulgación de los medios, el fenómeno religioso parece desvirtuado con los antiguos argumentos de una ilustración anacrónica, cual convicción positivista que veía en la religión un recurso mitológico, apropiado sólo para la inmadurez humana en el conocimiento científico. Sin embargo, no es difícil descubrir que esa misma caricatura o trivialización parece ser un recurso acrítico que sólo procura un efecto peyorativo, sin percibir que el crecimiento de la fe se madura con una experiencia razonable. Junto a la necesidad de desvelar esa mirada superficial, es necesario redescubrir la propia fe en diálogo con las religiones.

Ellas son como el alma de la cultura y tienen enorme influjo en la conciencia y en el obrar de las personas. Es más, precisamente por ello es que el resurgimiento de nuestra identidad nacida en el bautismo puede hacerse también desde ese encuentro religioso

diverso. *Aparecida* lo expone a propósito del diálogo mencionado:

Los discípulos, quienes por esencia somos misioneros en virtud del Bautismo y la Confirmación, nos formamos con un corazón universal, abierto a todas las culturas y a todas las verdades, cultivando nuestra capacidad de contacto humano y de diálogo. Estamos dispuestos con la valentía que nos da el Espíritu, a anunciar a Cristo donde no es aceptado, con nuestra vida, con nuestra acción, con nuestra profesión de fe y con su Palabra¹⁵.

El aspecto trascendental y nuclear de la religión en esos ámbitos culturales es el que nos hace mirar al ecumenismo no como un riesgo de disolución, sino como un apoyo para discernir con lucidez la propia identidad.

Diálogo ecuménico

Aparecida habla en clave de discípulos y misioneros. Esa perspectiva procura una actitud más humilde para ser interlocutores del diálogo. Incluso en el nivel de la directa acción pastoral dirigida al pastor se desvela la necesidad de una conversión para transformarse en discípulo. Se trata de una “conversión” que comienza a exigirse como principio educativo, la espiritualidad de comunión y participación: «La Iglesia necesita sacerdotes y consagrados que nunca pierdan la conciencia de ser discípulos en comunión»¹⁶. Por otra parte, los obispos estamos llamados a hacer de la Iglesia una casa y escuela de comunión. Respecto del diálogo ecuménico, el mismo documento citado expone que dicho diálogo se establece como una acción para que “el mundo crea”, remitiendo al mandato del mismo Jesucristo: «La relación con los hermanos y hermanas bautizados de otras iglesias y comunidades eclesiales es un camino irrenunciable para

15 *Ibíd.*, 377.

16 *Ibíd.*, 324.

el discípulo y misionero»¹⁷. La clave es el carácter de discípulos que tenemos y que procuramos cultivar con otras comunidades cristianas. El diálogo, que no es una mera comunicación de información, es una acción que se encamina a un discipulado común. Es por ello que puede incluso suscitar, siguiendo la enseñanza de la *Ecclesiam suam*, una expresión de caridad que evangeliza en el intento de ser uno. De hecho, el diálogo ecuménico se da entre creyentes cristianos.

Hay que admitir que en ese nuevo pluralismo religioso en nuestro continente no se distinguen suficientemente los creyentes que pertenecen a otras iglesias o comunidades eclesiales. Esto se deja ver tanto por la doctrina como por su acción proselitista. Existe una gran diversidad de grupos cristianos —incluso pseudocristianos— que se han instalado entre nosotros, y a los cuales no es adecuado englobar en una sola categoría de análisis. Es necesario procurar puentes reconociendo la diferencia. No se trata de realizar un camino corto agrupado nominalmente. Por otro lado, hay que admitir, que muchas veces no es fácil el diálogo ecuménico con grupos cristianos que aún se sitúan en una animadversión con nuestra comunidad eclesial. Por las mismas razones es que el ecumenismo no se puede reducir a una exigencia simplemente sociológica. El ecumenismo tiene una profunda naturaleza evangélica, trinitaria y bautismal. Una vía fecunda para avanzar hacia la comunión es recuperar en nuestras comunidades el sentido del compromiso del bautismo. «El contacto ecuménico favorece la estima recíproca, convoca a la escucha común de la palabra de Dios y llama a la conversión a los que se declaran discípulos y misioneros de Jesucristo»¹⁸.

En esta nueva etapa evangelizadora, queremos que el diálogo y la cooperación ecuménica se encaminen a suscitar nuevas formas

17 *Ibid.*, 227. cf. Jn 17,21.

18 *Ibid.*, 248.

de discipulado y misión en comunión. Cabe observar que donde se establece el diálogo disminuye el proselitismo, crecen el conocimiento recíproco y el respeto, y se abren posibilidades de testimonio común.

Diálogo interreligioso

La pluralidad es un dato que constatamos. Junto a esta cultura impregnada de hermanos cristianos separados en nuestro continente, también se deja ver, crecientemente, un mundo religioso no cristiano, teísta o de creyentes en un Dios o entidad superior, que muchas veces aparecen como un efecto derivado de una tradición monoteísta cristiana no cultivada o de una indiferencia a tradiciones desconocidas. Se trata de las otras dos religiones tradicionales monoteístas, la judía y la musulmana. Con seguridad, la primera cuenta con algo más de raigambre que la segunda, al menos en nuestra latitud latinoamericana. Y como lo mencionamos, también están aquellas cosmovisiones religiosas anteriores al cristianismo y de las cuales aún debemos seguir aprendiendo, sobre todo en el respeto a lo sagrado del entorno y de la tierra.

En esta pluralidad están también los que prescinden de lo religioso. Entre ellos, muchos agnósticos que sostienen que no sabemos si hay Dios, o si tiene relevancia o interés por el ser humano. La experiencia, en general, muestra que son respetuosos con los creyentes y nos ayuda a entender qué imágenes de Dios se transmiten en nuestra cultura. Junto a ellos, pero con una activa reivindicación de la no creencia, están aquellos que promueven el ateísmo, algunos con más beligerancia especialmente contra el cristianismo. Esto se explica en “parte no pequeña”, por el mal testimonio de los propios creyentes, como el Concilio Vaticano II reconocía¹⁹.

¹⁹ Concilio Ecu­mé­ni­co Vaticano II, *Gaudium et Spes* (7 diciembre 1965), Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual, en *AAS* 58 (1966).

Todo lo anterior nos desafía, sobre todo en ese diálogo que implica un «impulso interior de caridad que tiende a hacerse don exterior de caridad»²⁰, en palabras de Pablo VI. De hecho, ese diálogo es una de las características de toda la Iglesia, en tanto forma parte de su misión evangelizadora, deseando y buscando la relación con las religiones no cristianas, el agnosticismo y el ateísmo. La educación al intercambio interreligioso debería formar parte de las instrucciones de todos los cristianos, lo que significa conocer las afirmaciones magisteriales que se sostienen en la reflexión teológica eclesial, imitando también las variadas experiencias de reconocimiento respetuoso y de oración, tal como el encuentro interreligioso de Asís (1986), iniciativa de San Juan Pablo II que marca un estilo nuevo²¹. De hecho, se habla del “espíritu de Asís” para pedir por la paz del mundo.

La acción dialogante no es aún una legitimación de la verdad, sino un mirar y encaminarse juntos a ella. Sin perjuicio de ello, la Verdad Revelada en la comunidad eclesial nos impulsa, en la caridad, a anunciar la Buena Nueva de Jesucristo a los pueblos no cristianos, pero con mansedumbre y respeto por sus convicciones culturales y sus herencias religiosas. El diálogo interreligioso no se orienta a “consensuar” una sola religión, a diferencia del diálogo ecuménico que procura volver a la unidad. La primera busca conocernos más, respetarnos, colaborar para construir un mundo mejor. El diálogo interreligioso y el anuncio, si bien no están en el mismo nivel, son elementos auténticos de la misión evangelizadora de la Iglesia. Son legítimos y necesarios. Están íntimamente ligados, pero no son intercambiables: el verdadero diálogo interreligioso

20 Papa Pablo VI, *Ecclesiam suam*, 33, p. 639.

21 Cf. Juan Pablo II, Discurso a los representantes de las iglesias cristianas y de las comunidades eclesiales y de las religiones mundiales convocadas en Asís (27 octubre 1986), Visita pastoral a Perugia y Asís.

supone por parte del cristiano el deseo de dar a conocer, reconocer y amar mejor a Jesucristo; su anuncio ha de llevarse a cabo con el espíritu evangélico del diálogo que en el fondo es una actitud de la caridad más profunda. Las dos actividades permanecen distintas, pero, como demuestra la experiencia, la misma Iglesia local y la misma persona, pueden estar empeñadas en ambas como fruto de esa caridad interna que produce el diálogo.

Como en todo diálogo sincero, cada interlocutor exhibe y mantiene su identidad. De hecho, como cristianos, no podemos olvidar ni silenciar nuestra fe: Cristo manda evangelizar²². El designio de Dios es que todo tenga a Cristo por cabeza, y por ello: «El mayor tesoro que les podemos ofrecer a los no creyentes es que lleguen al encuentro con Jesús resucitado, nuestro salvador»²³. Tratándose del diálogo, la verdad se expresa en la caridad, entendiendo esta última no como un método o una estrategia, sino simultáneamente como el contenido. De ahí que el cristiano siempre “evangeliza” con su manera de ser, incluso en este segundo nivel dialogal. Muchas veces pueden aparecer diversos aspectos doctrinales, pero en la eventual crítica, el cuestionamiento al creyente puede ser ocasión valiosa para redescubrir y dar luz a la propia fe. Es por ello que el diálogo interreligioso, además de su carácter teológico, tiene un especial significado en la construcción de la nueva humanidad: abre caminos inéditos de testimonio cristiano, promueve la libertad y dignidad de los pueblos, estimula la colaboración por el bien común, supera la violencia motivada por actitudes religiosas fundamentalistas, educa a la paz y a la convivencia ciudadana. Es un campo de bienaventuranzas, tal como son asumidas por la Doctrina Social de la Iglesia. Cuanto más madura la identidad católica de una persona, mejor diálogo puede mantener.

22 Mt 28,18-20.

23 Consejo Episcopal Latinoamericano, *V Conferencia General: Aparecida*, 95.

La universidad católica como un lugar de diálogo

Ex Corde Ecclesiae recuerda:

La universidad católica, *en cuanto universidad*, es una comunidad académica, que, de modo riguroso y crítico, contribuye a la tutela y desarrollo de la dignidad humana y de la herencia cultural mediante la investigación, la enseñanza y los diversos servicios ofrecidos a las comunidades locales, nacionales e internacionales (*ECE* 12).

Al recordarnos esos objetivos, nos expone también que, en tanto católica,

persigue sus propios objetivos también mediante el esfuerzo por formar una comunidad auténticamente humana, animada por el espíritu de Cristo. La fuente de su unidad deriva de su común consagración a la verdad, de la idéntica visión de la dignidad humana y, en último análisis, de la persona y del mensaje de Cristo que da a la Institución su carácter distintivo. Como resultado de este planteamiento, la Comunidad universitaria está animada por un espíritu de libertad y de caridad, y está caracterizada por el respeto recíproco, por el diálogo sincero y por la tutela de los derechos de cada uno (*ECE* 21).

Desde esa perspectiva, el diálogo en su interior supone un intercambio académico con la cultura, las ciencias modernas y con todas las religiones, sean cristianas o no (Cf. *ECE* 47). En nuestra universidad, lo sabemos muy bien, conviven y trabajan con nosotros personas cristianas no católicas, no cristianas y no creyentes (Cf. *ECE* 26). Por ello se hace fundamental el diálogo al interior de la universidad, no sólo con todas las ciencias sino con la pluralidad religiosa. Si no sabemos dialogar al interior, nuestro “diálogo” exterior resultará estéril, cuando no contraproducente.

Por ello es necesario enfatizar la comunidad humana, a propósito de la académica, donde la complejidad del diálogo se

hace relevante para un acercamiento teológico-pastoral. Aquí se trata tanto de la facultad de teología como el diálogo del creyente asentado en la fe eclesial. Es el diálogo desde la inteligencia y desde la sensibilidad o emociones, pero procurando que lo visceral no se transforme en norma de verdad y justicia. Las simpatías y antipatías son legítimas en cierto grado, pero ni las simpatías deben traicionar la verdad ni las antipatías pueden minusvalorar, marginar o rechazar al otro. Estamos llamados a convivir, no a excluir. Para ello resulta muy relevante, en este ejercicio teológico pastoral al interior de la universidad, las distinciones que el documento *Diálogo y Anuncio* (1991) del Pontificio Consejo para el Diálogo Interreligioso y de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos, publicara a propósito de los 25 años de la *Nostra aetate*, y que, providencialmente, fue dado a conocer un año después de *Ex Corde Ecclesiae*. Allí se hacen las distinciones mentadas: a) Diálogo de la vida; b) el Diálogo de las obras; c) Diálogo de los intercambios teológicos, y d) Diálogo de la experiencia religiosa²⁴.

Veámos la distinción y compatibilidad entre diálogo interreligioso y anuncio explícito, pero con una forma que nunca puede prescindir de las siguientes características y que se dan también en los cuatro niveles recién descritos: humilde, abierto, amoroso, profundo —no sólo tolerancia o simpatía que nos mantiene en superficialidad, sino referido al sentido de la vida y a misma la verdad—, crítico y reconciliador; y exige equilibrio, convicción religiosa y apertura a la verdad. Es sabido, que en el ámbito de las ciencias, muchas veces son las sociedades científicas quienes sancionan en sus métodos y verdades específicas prescindiendo de dimensiones trascendentes e incluso de los cauces éticos. En la comunidad universitaria

24 Cf. Pontificio Consejo para el diálogo interreligioso y Congregación para la evangelización de los pueblos, *Diálogo y anuncio* (19 mayo 1991), Reflexiones y orientaciones sobre el diálogo interreligioso y el anuncio del Evangelio, 42.

propriadamente católica, los discípulos de Jesús tenemos la oportunidad de presentar el Evangelio como un criterio decisivo y unificador en el gran escenario de las mismas, promoviendo el diálogo entre ciencia y fe, la defensa de la vida, la sustentabilidad integral de la naturaleza, y la justicia en el ámbito de la economía y las relaciones sociales. No podemos escapar a este reto de diálogo entre la fe, la razón y las ciencias. Nuestra prioridad por la vida y la familia —cargadas de problemáticas que se debaten en las cuestiones éticas y en la bioética—, nos urge iluminarlas con el Evangelio y el Magisterio de la Iglesia. Por ello es que en el ámbito de la teología propriadamente tal, las cuestiones fundamentales son las que nos ayudan a explicar el criterio de una verdad más profunda, en la que, de diversas maneras, reluce el criterio unificador: el diálogo sobre Dios, su bondad o justicia, el sentido del mal, el sufrimiento inocente, y todas aquellas dimensiones que escapan a la cuantificación positivista, y que dicen relación con el sentido del hombre.

A propósito del diálogo en esa integridad del saber, *Ex Corde Ecclesiae* sintetiza muy bien lo recién expresado:

una universidad, y especialmente una universidad católica, “debe ser ‘unidad viva’ de organismos, dedicados a la investigación de la verdad [...]. Es preciso, por lo tanto, promover tal superior síntesis del saber, en la que solamente se saciará aquella sed de verdad que está inscrita en lo más profundo del corazón humano”²⁵. Guiados por las aportaciones específicas de la filosofía y de la teología, los estudios universitarios se esforzarán constantemente en determinar el lugar correspondiente y el sentido de cada una de las diversas disciplinas en el marco de una visión de la persona humana y del mundo iluminada por el Evangelio y, consiguientemente, por la fe en Cristo-Logos, como centro de la creación y de la historia (*ECE* 16).

25 Juan Pablo II, Discurso a los participantes en el Congreso de universidades católicas y de los institutos de estudios superiores (25 abril 1989), en *AAS* 81 (1989), 4, p. 1219.

Diálogo entre facultades

En una sociedad competitiva se exagera el deseo de imponerse a los demás. Repetir esa dinámica en la misma universidad dificultaría e impediría mucho el diálogo. Esto tanto a nivel personal como a nivel de facultades, unidades académicas y centros investigativos internos. Respecto de los primeros, si se trata de sus autoridades tradicionales, es evidente que no pueden prescindir de un diálogo que está en la base del entendimiento y lo propio de una autoridad que se legitima como tal. En el caso de las facultades, la dificultad puede darse en la progresiva especialización y por sobre todo en la monopolización de la disciplina para mirar la vida en general. Particular importancia tiene por ello, el que sea la facultad de teología —también la de filosofía con su mirada metafísica—, la que pueda acercarse a las ciencias, y que los científicos puedan abrirse a una mirada humilde que trascienda la propia disciplina. Me alegra mucho saber que en los nuevos estatutos aprobados en nuestra Facultad de Teología se insista en esa necesidad.

Aparecida rescata esta idea de la teología (no sólo su facultad) en el centro mismo de las ciencias:

Hoy día, las fronteras trazadas entre las ciencias se desvanecen. Con este modo de comprender el diálogo, se sugiere la idea de que ningún conocimiento es completamente autónomo. Esta situación le abre un terreno de oportunidades a la teología para interactuar con las ciencias sociales²⁶.

Desde esta perspectiva, la universidad católica debe ser una comunidad que produzca e irradie el diálogo entre fe y razón, que particularmente la teología y su academia es capaz de suscitar. Esto mismo en el plano de otras visiones religiosas y seculares. Para dialogar, el creyente católico necesita involucrarse en la comunidad

26 Consejo Episcopal Latinoamericano, *V Conferencia General: Aparecida*, n. 231.

con toda su pluralidad, así como también se ha invitado a los que no participan de nuestra fe, para que puedan entregar su colaboración. El que participa de otra forma religiosa está buscando sinceramente una relación con el Absoluto. De igual manera tenemos la convicción de que hay muchos que, sin participar de alguna institución formal religiosa, buscan sinceramente esa relación con el Absoluto. Y tenemos por cierto, en nuestra conciencia, lo que parece impedir ese acercamiento de muchos hermanos críticos de nuestra tradición religiosa. Un ejemplo de sospecha frente a lo religioso, especialmente frente a la tradición católica, es aquella reticencia de algunos grupos que miran en la Iglesia un poder destructivo de una herencia cultural, especialmente entre los pueblos originarios. Nos alegramos, sin embargo, de que el Papa Francisco haya reiterado en la misma Pontificia Universidad Católica de Chile que

es indispensable prestar atención a los pueblos originarios con sus tradiciones culturales. No son una simple minoría entre otras, sino que deben convertirse en los principales interlocutores, sobre todo a la hora de avanzar en grandes proyectos que afecten a sus espacios²⁷.

La teología católica sabe de esas resistencias y hostilidades, pero sobre todo, sabe que las semillas del Verbo están en todas las religiones, sin dejar de profesar que es en el mismo Cristo donde se alcanza salvación y se consuma la acción religiosa.

27 Francisco, «Discurso del Santo Padre en su Visita a la Pontificia Universidad Católica de Chile», en *Mi paz les doy. Mensajes de S.S. Francisco. Visita apostólica a Chile* (Santiago, Chile: CECH-UC, 2018), 62._cf. Francisco, *Laudato si'* (24 mayo 2015), Carta encíclica sobre el cuidado de la casa común, en *AAS* 107 (2015), 146, p. 906.

A modo de conclusión: el diálogo de la universidad católica con el mundo

El recurso inevitable a los días de pandemia que vivimos nos permite una última reflexión. Muchos miran sombríamente esta larga visita no esperada. Surgen preguntas que, con o sin esperanza, se formulan de igual manera: ¿Qué será de nuestro país? ¿Cómo será la familia? ¿Cómo seguirá nuestra propia universidad? Podríamos quedar cavilando entre suposiciones y fantasías, sobre todo si a ello agregamos el grave estallido social que la precedió. Al volver a contemplar la acción de la universidad católica y su aporte durante este tiempo de cuarentena se suscita el pensamiento originalmente cristiano de ver en la adversidad una oportunidad. No es solo el aporte técnico, del especialista, del médico avezado. El diálogo, ya en las mesas sociales o en la prudencia anónima, se ha hecho indispensable; es parte del Reino y con él se puede seguir procurando y defendiendo la dignidad humana, creando nuevas estructuras que consoliden un orden social, económico y político, en el que no haya inequidad y donde sí haya posibilidades para todos. Solo con el diálogo se impide la prepotencia y se facilita el encuentro constructivo en vistas de los necesarios consensos sociales. La fe y el crecimiento de la identidad eclesial en la misma comunidad universitaria, sea con hermanos y hermanas que se llaman también discípulos de Cristo; sea con aquellos que valoran la necesidad de trascender y de remitir a Dios o incluso con aquellos que ejercen una buena voluntad sin ser creyentes, nos permite madurar nuestra fe católica y cultivar el diálogo con el mundo.

Esa actitud dialogal “hacia afuera” se da primero en sus ex-alumnos, profesionales, científicos y profesionales, en tanto personas íntegras, humildes y dialogantes. Pero también como universidad católica, en tanto institución formativa y de pensamiento, sobre todo en el universo de los medios y en el diálogo público. Dicho diálogo

podrá versar sobre nuestra herencia científica, cultural, política e histórica, pero lo será sobre todo en torno a los hechos actuales que hemos vivido, procurando integrar a la reflexión cada uno de los protagonistas de nuestro tiempo.

Especialmente en el campo religioso, la misma *Asociación del Diálogo Interreligioso para el Desarrollo Humano* (ADIR Chile), tiene interlocutores con muy buena disposición. Es la Pontificia Universidad Católica de Chile, a través de su Facultad de Teología, la primera que debiera reavivar o crear grupos estables de diálogo y colaboración. Debemos buscar un diálogo con las iglesias, y con la religión que incluso profesan y traen consigo los emigrantes. La nuestra es una Iglesia de salida y de acogida. Para ello, sigue siendo necesario fomentar el estudio y la investigación teológica y pastoral de cara a los desafíos de la nueva realidad social, plural, diferenciada y globalizada, buscando nuevas respuestas que den sustento a la fe y vivencia del discipulado de los agentes de pastoral.

Queremos valorar siempre más los espacios de diálogo entre fe y ciencia, incluso en los medios de comunicación. Una forma de hacerlo es a través de la difusión de la reflexión y la obra de los grandes pensadores católicos, especialmente del siglo XX, como referencias para la justa comprensión de la ciencia. Al aceptar que Cristo es Camino, Verdad y Vida²⁸, no sólo se nos impulsa a sostener nuestra convicción más profunda e iluminadora, sino también, nos ayuda caminar con otros, desvelando que la verdad efectivamente puede ser común, y procurando una vida nueva, denunciando, en ocasiones, las situaciones del pecado, la violencia, las estructuras de muerte, las injusticias internas y externas, pero sobre todo, procurando un diálogo social, intercultural, ecuménico e interreligioso. Ese camino es también parte del Reino. La universidad, en palabras del Papa

28 Jn 14,6.

Francisco, es «un laboratorio para el futuro del país, ya que logra incorporar en su seno la vida y el caminar del pueblo superando toda lógica antagónica y elitista del saber»²⁹. Sólo así se hace grande la Universidad Católica y su Facultad de Teología.

²⁹ Francisco, «Discurso en su Visita a la Pontificia Universidad Católica de Chile», 63.

6. Aporte de una universidad católica a la educación superior a la luz de *Ex Corde Ecclesiae*

Pedro Pablo Rosso Rosso

Médico Pediatra por la Pontificia Universidad Católica de Chile
Rector Emérito de la Pontificia Universidad Católica de Chile

En un país como Chile, democrático y pluralista, la diversidad de misiones y perfiles académicos de las instituciones de educación superior constituye un hecho valorable. En primer lugar, porque posibilita que los ciudadanos puedan ejercer el derecho a elegir las instituciones afines a sus preferencias ideológicas o creencias. Esto, por supuesto, sin perjuicio de que exista un sistema nacional de selección y admisión. En segundo lugar, porque es ventajoso contar con una fuerza de trabajo que posee “habilidades blandas” de distinto sello como, también, la disponibilidad de centros de estudio universitarios que ofrecen perspectivas y soluciones distintas respecto de materias de interés común. Por último, porque en el ámbito de la educación superior la diversidad institucional favorece las innovaciones curriculares y alienta la sana competencia en cuanto a logros académicos. Ambos aspectos influyen favorablemente en la

calidad de la oferta educativa nacional. Por lo tanto, las universidades católicas, por el solo hecho de su identidad son un valioso aporte a la diversidad de los sistemas de estudios superiores. Pero, como espero demostrar en este breve ensayo, partiendo del principio tomista que *agere sequitur esse*, a la luz de la Constitución Apostólica *Ex Corde Ecclesiae* (ECE), ellas pueden y deben aportar mucho más.

Baglivo, anatomista y filósofo (ca. 1669-1707), decía que «la medicina es hija de su tiempo»; lo mismo puede decirse del *ethos* universitario. Las comunidades académicas no pueden sustraerse de la cultura imperante en las sociedades respectivas. Eso explica que en su larga historia la universidad haya sido, sucesivamente, escolástica, renacentista y racionalista. Hoy laten en ella las corrientes culturales de inicios del siglo XXI y, en consecuencia, vive un momento de transición y búsqueda donde el pensamiento “posmoderno” —predominante hace dos décadas— está dando paso a nuevas corrientes igualmente críticas del modernismo y, de lo que Lyotard llamó, sus “grandes relatos”¹. Pocos académicos creen en la utopía modernista del eterno progreso, concebido como un proceso evolutivo lineal y continuo, alimentado por las ciencias y la técnica. En cambio, los ateneos están volcados en la discusión sobre el desarrollo y el papel de la educación superior en este proceso, del cual las universidades e instituciones técnico-profesionales se sienten protagonistas, tanto por sus labores educativas y la transferencia de conocimientos a la sociedad, como por sus aportes a la construcción discursiva del mismo.

Desde esa óptica, sus comunidades académicas reafirman la validez de las democracias representativas y defienden los derechos de las personas y de las minorías de diverso tipo. Es una actitud que acoge como válidas todas las manifestaciones culturales y estilos de

1 Jean-François Lyotard, *La condición postmoderna. Informe sobre el saber*, trad. por Mariano Antolín Rato (Madrid: Cátedra, 2000).

vida, y desconfía de las instituciones y de los liderazgos verticales². En consonancia con estos rasgos culturales, prefieren elegir sus autoridades mediante el voto de los pares, evitando el mecanismo de comités de búsqueda. También, demuestran una gran apertura y acogida a las expresiones culturales de las minorías y, en general —contrastando en este aspecto con sus estudiantes—, acogen la diversidad de opiniones con una actitud dialógica antes que dialéctica y confrontacional.

La creciente efervescencia social, que muchos vinculan a una crisis de aspiraciones de la clase media emergente³, se expresa en las instituciones de educación superior a través de la violencia y la rebeldía sostenida de los movimientos estudiantiles. Tal como manifiestan Bajoit y Vanhulst⁴, las reivindicaciones estudiantiles chilenas oscilan entre el reformismo y el conflicto, y sus demandas están marcadas por intercambios contradictorios de propuestas de reformas y de reacción frente a las inconsistencias y limitaciones de las mismas reformas, consideradas insuficientes —e incompatibles— en relación con los anhelos individuales y el proyecto colectivo. Otra de las características sobresalientes de la cultura académica actual es la crisis del pensamiento metafísico. Esto involucra desechar la idea de una verdad única o de principios fundamentales sobre los cuales establecer ciertas verdades de validez universal. A su vez, esto promueve una diferenciación subjetiva y una diversidad de “verdades éticas”. Al mismo tiempo, en esta esfera, los recientes

2 Gilbert Hottois, *Historia de la Filosofía del Renacimiento a la Posmodernidad* (Madrid: Cátedra, 1999).

3 Geoffrey Pleyers y Brieg Capitaine, dirs., «Jeunes alteractivistes: d'autres manières de faire de la politique. Perspectives internationales», *Agora Débats/jeunesses* 73, n.º 2 (2016).

4 Guy Bajoit y Julien Vanhulst, «Las acciones colectivas conflictivas. El movimiento estudiantil chileno», *Cuadernos de la Escuela de Sociología UCM* 1, n.º 1 (2016).

aportes de Millassoux⁵ representan una invitación a repensar el modo en que se hace filosofía y a replantearse la potencia especulativa del pensamiento. Este autor no pretende abrir las puertas a la metafísica óptica tradicional, pero su propuesta parece un modesto avance respecto de las corrientes denominadas “posmodernas”, particularmente las del “pensamiento débil”.

En el contexto cultural antes descrito, junto con contribuir a la diversidad y pluralismo del sistema de educación superior ¿qué aportes pueden hacer las universidades católicas a la cultura de la educación superior y, consecuentemente, a la cultura de nuestra sociedad? La Constitución Apostólica *Ex Corde Ecclesiae* les aporta numerosas orientaciones, pero hay una que considero central porque, de alguna manera, engloba a las demás. Esto es, que sean un «signo vivo y prometedor de la fecundidad de la inteligencia cristiana en el corazón de cada cultura» (*ECE* 2). Aunque esa frase no está dicha de manera explícitamente exhortativa, ella invita a ser interpretada en ese sentido. Para esa finalidad, el documento pontificio les propone ser audazmente innovadoras, al mismo tiempo que rigurosamente fieles a su identidad y misión (*ECE* 8). Este es el gran desafío que enfrentan las universidades católicas en la realidad contemporánea de los sistemas de educación superior.

Pero ¿qué significa “inteligencia cristiana”? En la Carta a los cristianos de Colosas, San Pablo aclara el sentido del término inteligencia en la frase siguiente: «Por eso, tampoco nosotros dejamos de rogar por vosotros desde el día que lo oímos, y de pedir que lleguéis al pleno conocimiento de su voluntad con toda sabiduría e inteligencia espiritual»⁶. Por lo tanto, se trata de discernir, de

5 Quentin Meillassoux, *Después de la finitud. Ensayo sobre la necesidad de la contingencia* (Buenos Aires: Caja Negra, 2015).

6 Col 1,9.

intus legere, es decir, “leer dentro”, de comprender cabalmente la voluntad de Dios y hacerla vida. En la espiritualidad cristiana esa “inteligencia” se manifiesta en el amor al prójimo, en “dar a luz al Cristo interior”. Esa es la “luz” y los valores que *Ex Corde Ecclesiae* pide a las universidades católicas hacer brillar en la cultura universitaria. Son los valores que sustentan la igualdad, promueven la paz, abrazan la solidaridad y defienden la justicia.

La Constitución Apostólica “operativiza” la idea de ser “luz” en la cultura de la educación superior proponiendo acciones en dos planos: gnoseológico-epistemológico y antropológico. Algunas de ellas están sucintamente planteadas en ese documento, pero fueron desarrolladas con mayor detalle durante los numerosos encuentros con comunidades universitarias que San Juan Pablo II sostuvo en sus viajes pastorales a diversos países. En el plano gnoseológico-epistemológico, *Ex Corde Ecclesiae* establece que la misión fundamental de la universidad es «la ardiente búsqueda de la verdad y su transmisión desinteresada a los jóvenes [...]» (*ECE* 2). En sus discursos, el Papa vuelve reiteradamente sobre esta idea:

Desde sus mismos orígenes la Universidad fue concebida como universal, es decir, como una institución abierta a todos y dedicada a cultivar cada forma del saber y a estudiar la verdad en todas sus expresiones: científica, filosófica y teológica⁷. [...] La Universidad, en cuanto a tal, tiene como tarea el estudio de toda la verdad, y sólo del conocimiento de esta obtiene criterios válidos para organizar y conferir sentido a los estudios de los sectores singulares. Ahora, como ustedes bien saben, el estudio de la verdad en cuanto a tal corresponde a aquella noble disciplina llamada metafísica, la cual sitúa en sus lugares a los diferentes aspectos de la verdad y los integra de modo jerárquico, reconstruyendo en el plano del conocer aquella unidad profunda de las cosas, que ya está presente y actuando en el plano del

7 Juan Pablo II, Discurso del Santo Padre al cuerpo académico de la Universidad de Padua (12 septiembre 1982), Viaje pastoral a Padua, 2.

ser⁸. [...] Lo que constituye esencial y específicamente a la Universidad es precisamente esta unidad superior del saber, que se obtiene sobre todo mediante la metafísica y, de modo particular, mediante la metafísica cristiana⁹.

Por esta razón, la universidad no puede cerrarse a la trascendencia. Es más:

La universidad traicionaría su vocación si es que se cerrara al sentido del absoluto y de lo trascendente porque limitaría arbitrariamente la investigación de toda la realidad o de la verdad y terminaría por prejuzgar al hombre mismo, cuya aspiración más alta es aquella de conocer la Verdad, el Bien, la Belleza, y esperar en un destino que lo trasciende¹⁰.

El clima de rigor científico, con que la universidad enfrenta los problemas del conocimiento, asegura que la síntesis personal entre la fe y el saber sea alcanzada de una forma plenamente humana. Más aún, si la investigación científica conduce a la trascendencia, vale decir a la pregunta sobre Dios, no es menos cierto que la Iglesia encuentra en la universidad un conjunto de saberes que no puede ignorar, sin los cuales no podría comprender todos los alcances del Evangelio y la manera de anunciarlo en una forma culturalmente creíble. De aquí, entonces, la afirmación de que «la Iglesia [...] necesita de la universidad, para que su fe pueda encarnarse y hacerse cultura»¹¹.

De lo anterior se deducen dos aportes concretos de la

8 *Ibíd.*

9 *Ibíd.*

10 Juan Pablo II, Mensaje del Santo Padre al mundo universitario 7 marzo 1983), Viaje apostólico a América Central, 7.

11 Juan Pablo II, Discurso del Santo Padre a los profesores universitarios en el Centro Cultural anexo al Convento de Santo Domingo (18 abril 1982), Visita pastoral a Bolonia, 2. cf. Juan Pablo II, Discurso a los participantes en la reunión de trabajo sobre el tema de la pastoral universitaria (8 marzo 1982).

universidad católica a los sistemas universitarios: el cultivo de una filosofía que no ha renegado de la metafísica, y el aporte de la teología en un contexto de diálogo entre fe y razón. A partir de esas consideraciones, San Juan Pablo II afirma que «la reducción de las pretensiones exclusivistas de la razón y la comprobada aridez del relativismo agnóstico ponen de nuevo en el centro de la atención universitaria la investigación sobre la totalidad del *humanum*»¹². Agrega Su Santidad que esta renovada atención al hombre, en su nexos intrínseco con el ser y con la pregunta sobre Dios, abre nuestra mirada a las tareas propias de las facultades de teología y de filosofía. La primera está llamada a ocuparse de la incesante aspiración del *intellectus fidei* de penetrar cada vez más profundamente en el misterio de Dios, y a proponerlo en el “idioma” de la generación actual. La facultad de filosofía se confronta, por un lado, con el desarrollo continuo de las ciencias de la naturaleza y del hombre, y, por otro, con la pérdida de un nivel superior de reflexión, relacionado tanto con la filosofía del hombre como de la metafísica y a partir de la cual es posible dar el paso del “fenómeno al fundamento”¹³.

Igual urgencia pone *Ex Corde Ecclesiae* en el ámbito antropológico educacional. Para San Juan Pablo II «la concepción que tengamos sobre la educación depende de la concepción que se tiene del ser humano y de su destino»¹⁴. Es esta base antropológica la que le preocupa cuando plantea que, además de la ciencia, los estudios universitarios deberían transmitir a los estudiantes «el conocimiento del hombre mismo; es decir, de su propia dignidad, de su historia, de

12 Juan Pablo II, Discurso del Santo Padre en la Pontificia Universidad Lateranense con motivo de la apertura del año académico y la bendición de los nuevos locales (16 noviembre 1999).

13 Juan Pablo II, *Fides et Ratio* (14 septiembre 1998), Carta encíclica sobre las relaciones entre fe y razón, en *AAS* 91 (1999).

14 Juan Pablo II, Discurso al cuerpo académico de la Universidad de Padua (12 septiembre 1982), 3.

sus responsabilidades morales y civiles, de su destino espiritual, de sus lazos con toda la humanidad»¹⁵. Porque

la universidad no sólo está destinada a desarrollar el conocimiento, sino también a formar a las personas. No hay que subestimar jamás esta misión educativa. Por lo demás, para la misma transmisión de la verdad será muy beneficioso un clima de relaciones humanas impregnado de los valores de la sinceridad, la amistad, la gratuidad y el respeto recíproco¹⁶.

Es a partir de esta concepción que la sociedad y la Iglesia solicitan a la universidad que sus programas de estudio permitan la formación de personas con

una nueva apertura y actitud. No desea sólo especialistas encerrados en sus campos específicos del saber, de la cultura, de la ciencia y de la técnica, sino que constructores de humanidad, servidores de la comunidad de hermanos, promotores de la justicia por su orientación a la verdad. En una palabra, hoy, como siempre, son necesarias las personas con cultura y conocimientos, que sepan poner los valores de la conciencia por sobre cualquier otro valor y cultivar la supremacía del ser sobre el parecer¹⁷.

Claramente, en la visión de San Juan Pablo II la educación universitaria no puede limitarse a la esfera de la información. El objetivo de la educación universitaria, al igual que el de todo proceso educativo es formar personas libres, por lo tanto, responsables y poseedoras de una voluntad educada, de una capacidad analítica crítica y de un juicio moral objetivo. Consecuentemente, la tarea pedagógica de la universidad no debe limitarse a la transmisión de

15 Juan Pablo II, Discurso a los representantes de las reales academias, del mundo de la universidad, de la investigación, de la ciencia y de la cultura de España (3 noviembre 1982), Viaje apostólico a España, 10.

16 Juan Pablo II, Alocución del Santo Padre durante la inauguración del curso en la Universidad Católica del Sagrado Corazón (9 noviembre 2000), 7.

17 Juan Pablo II, Encuentro con el mundo de la cultura en el Centro Universitario (3 septiembre 1988), Visita Pastoral a Turín, 4.

conocimientos y competencias profesionales. A ellos debe agregar los contenidos que permiten comprender lo que Ortega y Gasset denominó en *Misión de la Universidad* “Sistema vital de las ideas en cada tiempo”¹⁸, donde culpa a las universidades de formar los “nuevos bárbaros” por omitir esa esfera formativa, y atribuye a ese tipo de falencias la compleja situación de Europa entre las dos guerras mundiales. Este concepto de formación integral es la “idea-fuerza” que motivó en la Pontificia Universidad Católica de Chile el primer Plan de Formación General de un semestre de duración e integrado axialmente a los programas de estudio, y también a la creación del College UC. Ambas iniciativas son exitosos intentos por abrir, en la educación superior chilena, un espacio de formación más orientado al crecimiento del ser que al tener de las personas. Este es otro de los grandes aportes que una universidad católica puede hacer a los sistemas de educación superior.

18 José Ortega y Gasset, *Misión de la universidad y otros ensayos sobre educación y pedagogía*, Revistas de Occidente 22, (Madrid: Alianza, 1982), 4.

7. Educación superior técnico profesional católica a la luz de *Ex Corde Ecclesiae*

Carlos Díaz Vergara

Master of Arts en Economía por la Universidad de California, Los Ángeles
Rector del Instituto Profesional Duoc UC

Sergio Salas Fernández

Doctor en Historia por la Universidad CEU San Pablo, Madrid
Director de Ética y Formación Cristiana de Duoc UC

El 15 de agosto se celebran 30 años de la publicación de la Constitución Apostólica *Ex Corde Ecclesiae* (ECE) del Papa Juan Pablo II sobre las universidades católicas. A partir de ese momento, no hay duda de que se ha transformado en un documento imprescindible de inspiración y de ordenamiento para las universidades e instituciones de educación superior católicas. Desde entonces toda institución de estas características, que se mantenga fiel al Magisterio de la Iglesia, está permanentemente analizando su actuar a la luz de lo que ahí se señala, al revisar los aspectos esenciales de su propia organización, como son Identidad, Misión, Visión y los denominados valores centrales. Las normas generales que se indican en *Ex Corde Ecclesiae* también debieran constituir un elemento clave para iluminar los procesos de planificación a cinco y diez años de la institución, donde se definen los objetivos de largo plazo y la estrategia que se seguirá para alcanzarlos.

En su labor formativa, la Educación Superior Técnico Profesional (en adelante ESTP), a diferencia de la universitaria, enfatiza los aspectos prácticos por sobre los especulativos. En los alumnos, esto implica el desarrollo de la capacidad de intervenir y de transformar la realidad, con base en el dominio de los métodos propios de una técnica determinada y de un conocimiento aplicado. En el plano de la Educación Superior, este campo educativo se distingue cualitativamente a partir de la docencia con un carácter marcadamente práctico y de ambientes de aprendizaje vinculados activamente con los sectores laborales. Esta mirada invita a la reflexión en torno al “pensamiento aplicado” y busca superar la artificial separación con el proceso cognitivo del razonamiento, tradicionalmente asociado a las universidades.

La ESTP ha resurgido en el mundo contemporáneo como heredera de los gremios medievales, producto de la evolución de la revolución industrial y del mundo del trabajo, y se ha establecido fuertemente como una alternativa y complemento a la universidad con un foco distinto al especulativo. Fue así como dentro de la transformación del mundo en los últimos doscientos años, y desde las propias universidades y la industria, surgió la necesidad de instituciones especializadas con mayor vinculación con el mundo del trabajo y lógicas propias de funcionamiento. En este contexto nacieron centros de ESTP en distintos países.

No hay que creer con lo anterior que la ESTP católica se ha de reducir a una formación profesionalizante, a pesar de que su objetivo es aumentar niveles técnicos de especialización —por medio de títulos técnicos y profesionales— y, de esa manera, contribuir al desarrollo de las personas a través de nuevas formas de desplegar sus talentos. La ESTP así entendida, es más que el simple aprendizaje de oficios mecánicos; como todo proceso educativo es un camino profundo de enseñanza y formación que ocurre por medio de la interacción

entre profesores y estudiantes. En este diálogo educando-educador, ambos enriquecen el conocimiento y desarrollan nuevas fórmulas de aproximarse a los desafíos que les toca abordar.

Las instituciones de ESTP católicas tienen rasgos de continuidad con las universidades católicas. Ambas son necesarias para el crecimiento y desarrollo de la cultura y el progreso de los países. Las universidades católicas investigan los misterios del hombre y del mundo explicándolos a la luz de su misión última. En el mundo técnico profesional, esas verdades deben extenderse y llegar a la cotidianidad, complementando a lo anterior. En los dos casos, como parte de la educación superior católica, se aprecia y busca

penetrar [en] su espíritu y dignificar también los demás medios, que pertenecen al común patrimonio de la humanidad y contribuyen grandemente a cultivar las almas y a formar a los hombres como son los medios de comunicación social, los múltiples grupos culturales y deportivos, las asociaciones de jóvenes y, sobre todo, las escuelas¹.

Para una institución católica o de la Iglesia, la educación es más que la mera formación para el trabajo, la producción, la competitividad o el mercado. La educación traspasa el objetivo de iluminar los espíritus de los educandos hacia el desarrollo de sus potencialidades. La educación católica tiene una intrínseca vocación apostólica; es decir, la formación desborda al sujeto y empapa —con el amor de Cristo— desde él hacia la comunidad donde se desenvuelve. Es por esto que la institución ESTP católica debe, asimismo, tener la instancia que explique convenientemente la fe, así como otras donde se promueva y se permita su vivencia, para que de esta manera

1 Concilio Ecu­mé­ni­co Va­ti­ca­no II, *Gravissimum Educationis* (28 octubre 1965), Declaración sobre la Educación Católica, en AAS 58 (1966), 4, p. 732.

logre «alcanzar también la plena verdad sobre sí mismo»². He aquí por qué la identidad católica de la institución debe ocupar un lugar central en su quehacer.

Las instituciones de educación superior católicas pretenden formar a todos los estudiantes de manera que lleguen a ser hombres insignes por el saber y el hacer, para desempeñar funciones de creciente responsabilidad y testimoniar su fe ante el mundo (*ECE* 9). La ESTP está llamada, bajo una mirada integral, a abordar el saber teórico, práctico y la formación ética para que sean capaces de colaborar en la construcción de una sociedad más fraterna y solidaria.

Las instituciones de ESTP católicas buscan, de un modo especial, darle un sentido distintivo al trabajo bien hecho, al desarrollo continuo, a la mejora de las funciones, a la contribución productiva que debe tener un impacto y significado social. La calidad y la excelencia son elementos inherentes a la educación católica que, por ser comunicadora de la Verdad, debe aspirar siempre a los estándares más altos en su quehacer formativo. La trascendencia que esta educación permite, comienza con el ámbito personal, familiar y laboral, pero debe también procurarse en la dimensión moral, espiritual y religiosa.

Aunque con un foco diferente que el de las universidades, la ESTP católica se consagra igualmente a la causa de búsqueda y comunicación de la Verdad, sirviendo con ello a la dignidad del hombre y a la causa de la Iglesia y, por lo tanto, a la de la sociedad como un todo. La búsqueda de la verdad y la certeza de la Verdad no se contraponen (*ECE* 1). La finalidad es hacer que se logre «una

2 Juan Pablo II, *Fides et Ratio* (14 septiembre 1998), Carta encíclica sobre las relaciones entre fe y razón, en *AAS* 91 (1999), proemio, p. 5. cf. Concilio Ecuménico Vaticano II, *Gravissimum Educationis*, 10, p. 737.

presencia, por así decir, pública, continua y universal del pensamiento cristiano en todo esfuerzo tendiente a promover la cultura superior» (ECE 9).

La búsqueda desinteresada de la Verdad propicia el encuentro entre fe y cultura. La conjunción de la razón, del trabajo y de la fe permite a los hombres alcanzar la medida plena de su humanidad, creada a imagen y semejanza de Dios. El encuentro que se produce entre la riqueza del Evangelio y la infinidad de campos del saber y hacer en las instituciones de ESTP, permite a la Iglesia promover un diálogo abierto y fecundo con todas las personas y con todas las culturas. En otras palabras, las instituciones de ESTP deben promover el encuentro cotidiano con el rostro de Jesucristo. La comunicación de la Verdad y la Belleza corresponde a un proceso de descubrir a Dios en cada aspecto de la realidad, en cada campo del saber en los que la institución educa a sus alumnos, en cada ámbito de su quehacer.

Si bien la educación superior, en general, está orientada hacia la habilitación profesional, la formación que entrega la ESTP tiene como objetivo el mundo del trabajo con especial énfasis, considerándolo un espacio de despliegue de los proyectos personales de quienes son sujetos de esta educación. El trabajo es «esta dimensión fundamental de la existencia humana, de la que la vida del hombre está hecha cada día»³ y en la que, por medio de sus acciones, la persona puede realizar su humanidad, desarrollarse completamente y perfeccionar su vocación personal⁴.

La investigación es otra área donde en principio existen diferencias entre la labor que realizan las universidades y la ESTP.

3 Juan Pablo II, *Laborem Exercens* (14 septiembre 1981), Carta encíclica sobre el trabajo humano en el 90º aniversario de la *Rerum Novarum*, en *AAS* 73 (1981), 1, p. 579.

4 *Ibid* 6., p. 590.

Tradicionalmente las universidades son las instituciones que realizan investigación básica y teórica mientras que los centros de educación técnica profesional realizan investigación aplicada a un problema específico como una forma de promover el saber práctico y una respuesta concreta a su vocación intrínseca hacia la búsqueda de la Verdad. La capacidad de plantearse frente a la naturaleza y el mundo que le rodea es un elemento clave para poder transformar esa misma realidad en base al dominio de los métodos propios de una técnica determinada y de un conocimiento aplicado, con lo que se logra una manera concreta de acompañar y aportar al desarrollo de la sociedad desde la cotidianidad y la práctica.

La investigación básica se caracteriza por buscar expandir el conocimiento científico de vanguardia, con resultados generales de alta significación y valor, mientras que la investigación aplicada busca mejorar la comprensión y resolución de un determinado problema, y el nuevo conocimiento que se genera queda circunscrito a ese caso en particular o a situaciones similares; es decir, sus resultados abarcan un ámbito más reducido que el de la investigación básica. Adicionalmente, lo más frecuente es que la investigación básica antecede a la investigación aplicada y es la que le permite acceder al conocimiento necesario para resolver problemas específicos. Más allá de estas diferencias sustantivas, en ambos casos la investigación que se realiza busca aportar conocimiento a la sociedad y constituye una instancia de formación muy importante para los estudiantes, tanto para los que participan activamente trabajando con sus profesores, como para aquellos que posteriormente aprenden de los resultados de las mismas en sus clases.

Asimismo, podemos apreciar que, mediante la enseñanza, la investigación y la difusión del saber, ambos tipos de instituciones cumplen un rol significativo y fundamental en el desarrollo de la cultura y la sociedad. Esta idea la refuerza el Papa Francisco en

Evangelii Gaudium, donde invita a «pensar cómo hacer llegar la propuesta del Evangelio a la diversidad de contextos culturales y de destinatarios»⁵ y señala que

el anuncio a la cultura implica también un anuncio a las culturas profesionales, científicas y académicas. Se trata del encuentro entre la fe, la razón y las ciencias, que procura desarrollar un nuevo discurso de la credibilidad, una original apologética que ayude a crear las disposiciones para que el Evangelio sea escuchado por todos⁶.

Para lograr este impacto en la sociedad, es necesario esforzarse a nivel institucional en formar una comunidad, integrada por los docentes, estudiantes y colaboradores, que sea «auténticamente humana, animada por el espíritu de Cristo» (*ECE* 21), y que comparta un proyecto en común. No basta con que cada miembro de la institución viva individualmente este «encuentro entre la fe, la razón y las ciencias»⁷ del que habla el Papa Francisco, sino que es necesario que esta unidad se exprese en la cultura institucional que orienta la toma de decisiones, en los currículos y el ambiente educativo y en las relaciones entre todos los miembros de la institución.

Consideraciones finales

La Constitución Apostólica *Ex Corde Ecclesiae* de San Juan Pablo II no solo incluye a la ESTP sino que viene a recordar y a fortalecer su labor como instancia de educación superior católica y la llama a cumplir los cometidos que le son propios. La labor de la ESTP tiene particularidades que le permiten llegar a sectores donde la universidad no logra por sus propias características, que reafirman su

5 Francisco, *Evangelii Gaudium* (24 noviembre 2013), Exhortación apostólica sobre el anuncio del Evangelio en el mundo actual, en *AAS* 105 (2013), 133, pp. 1075-1076.

6 *Ibíd.*, 132, p. 1075.

7 *Ibíd.*

carácter de complementarias. Aunque la ESTP católica tiene un foco complementario y de continuidad con el mundo de la universidad católica, privilegiando lo práctico por sobre lo especulativo, también tiene como objetivo colaborar de igual manera al desarrollo y formación integral de sus estudiantes.

La identidad institucional y la formación que se dé a cada uno de los estudiantes, al igual que en cualquier centro de educación superior católica, repercutirá de una manera central en su capacidad de transformarse en colaboradores y en constructores de una sociedad más cristiana, fraterna y solidaria.

Los énfasis de la ESTP están dados particularmente en los significados y alcances que da al trabajo, la investigación aplicada y búsqueda de la verdad con las características que le son propias. Enfrentados a los retos de la sociedad del siglo XXI, *Ex Corde Ecclesiae* plantea a los establecimientos de ESTP una serie de desafíos y deberes que resultan totalmente vigentes y aplicables. Toda la labor que realiza una institución de ESTP de espíritu católico ha de estar al servicio de la sociedad y de la Iglesia, aportando su propia identidad. Este llamado incorpora una reflexión continua a la luz de la fe, la fidelidad de la comunidad al mensaje cristiano, la promoción de la cultura, del diálogo intercultural y de la evangelización.

8. La universidad católica y el diálogo con la cultura

M. Esther Gómez de Pedro

Doctora en Filosofía por la Universidad de Barcelona
Directora Nacional de Formación e Identidad de la Universidad Santo Tomás

Estamos de enhorabuena con la celebración de la Constitución Apostólica *Ex Corde Ecclesiae* (ECE) que nos mueve a releer un documento programático con tres décadas de historia obligándole a ofrecer, de esta manera, nuevas respuestas a las exigencias de la fe en un mundo que tanto ha cambiado, y en el que la universidad católica, como «uno de los mejores instrumentos que la Iglesia ofrece a nuestra época» (ECE 10) juega un papel crucial. Pues bien, como una de las características de este mundo es la velocidad a que le han lanzado los avances de la tecnología, se exigen respuestas más rápidas para estar a la altura de los cambios. Tal exigencia es hoy mayor que cuando San Juan Pablo II señaló que la rapidez de los descubrimientos en la ciencia y en la tecnología conferían a la tarea propia de la universidad «una importancia y una urgencia cada vez mayores» (ECE 7).

En efecto, la cultura cada vez se ve más influenciada por los vertiginosos cambios del ritmo de vida actual, caracterizada por su vértigo y por la tentación muchas veces presente de acortar ciertos procesos exigidos en el logro de la madurez. Eso propende, consiguientemente, a generar superficialidad en las relaciones y manifestaciones humanas y culturales, que se quedan en la superficie sin alcanzar una profundidad auténticamente humana o se reducen a la producción de placer o a la inmediatez pragmatista del resultado fácil, incapaz de la paciencia para recoger la cosecha a su tiempo¹. Todos experimentamos en este punto los peligros que aquejan las cada vez más volátiles comunicaciones sociales y de redes al poner en riesgo la generación y mantenimiento de una comunidad humana asentada en el compromiso². Desde el momento que tal influencia puede poner en peligro lo esencial de una verdadera cultura —que radica justamente en su capacidad de perfeccionar al ser humano a través del cultivo de lo que es suyo específico³— entonces ese rol central de la universidad de generar un diálogo privilegiado con la cultura de nuestro tiempo adquiere tonos casi dramáticos, dado que ahí se «juega el destino de la Iglesia y del mundo» (*ECE* 3).

Las palabras que dirigió el Papa Francisco hace más de dos años al mundo universitario en su visita a Chile reflejan esta misma preocupación; y, de nuevo, permiten actualizar el apremio expresado en la Constitución Apostólica y reafirman el camino

1 Sant 5,7.

2 Se señala ya este punto en *Ex Corde Ecclesiae*, en el que pide atender especialmente al impacto de la tecnología moderna y los *mass media* sobre las personas, familias e instituciones (*ECE* 45).

3 «No hay, en efecto, más que una cultura: la humana, la del hombre y para el hombre» (Cf. Juan Pablo II, Discurso a la Universidad de Coimbra (15 mayo 1982), *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, vol. V/2 (1982), p. 1692). cf. Juan Pablo II, *Ex Corde Ecclesiae* (15 agosto 1990), Constitución apostólica sobre las universidades católicas, en *AAS* 82, 3), p. 1477.

de la preservación de la memoria de la comunidad del “nosotros”, como algo absolutamente clave en el cultivo de la cultura:

En esta sociedad líquida⁴ o ligera⁵, como la han querido denominar algunos pensadores, van desapareciendo los puntos de referencia desde donde las personas pueden construirse individual y socialmente. Pareciera que hoy en día la *nube* es el nuevo punto de encuentro, que está marcado por la falta de estabilidad ya que todo se volatiliza y por lo tanto pierde consistencia.

Y tal falta de consistencia podría ser una de las razones de la pérdida de conciencia del espacio público. Un espacio que exige un mínimo de trascendencia sobre los intereses privados —vivir más y mejor— para construir sobre cimientos que revelen esa dimensión tan importante de nuestra vida como es el *nosotros*. Sin esa conciencia, pero especialmente sin ese sentimiento y, por lo tanto, sin esa experiencia, es y será muy difícil construir la nación, y entonces parecería que lo único importante y válido es aquello que pertenece al individuo, y todo lo que queda fuera de esa jurisdicción se vuelve obsoleto. Una cultura así ha perdido la memoria, ha perdido los ligamentos que sostienen y posibilitan la vida. Sin el *nosotros* de un pueblo, de una familia, de una nación y, al mismo tiempo, sin el nosotros del futuro, de los hijos y del mañana; sin el nosotros de una ciudad que *me* trascienda y sea más rica que los intereses individuales, la vida será no solo cada vez más fracturada sino más conflictiva y violenta⁶.

Consciente de que la luz de Cristo ilumina y eleva todo lo humano, el creyente sabe que la fe está llamada a purificar y perfeccionar la cultura como una de sus manifestaciones más originales. Por eso siguen resonando con rabiosa actualidad las cuatro dimensiones

4 Cf. Zygmunt Bauman, *Modernidad líquida* (1999).

5 Cf. Gilles Lipovetsky, *De la ligereza* (2016).

6 Francisco, «Discurso del Santo Padre en su Visita a la Pontificia Universidad Católica de Chile», en *Mi paz les doy. Mensajes de S.S. Francisco. Visita apostólica a Chile* (Santiago, Chile: CECH-UC, 2018), 60.

de la vocación de la universidad católica en ese diálogo con la cultura en tanto que la ayuda a 1) Conocerla mejor, 2) Discernir sus elementos positivos y negativos, 3) Acoger sus contribuciones auténticamente humanas y, en último término, 4) Desarrollar una mayor comprensión de la fe (*ECE* 44). Sin clara conciencia de la propia identidad católica y, además, de la fuerza de la verdad revelada que no procede de la creatividad ni del mérito del esfuerzo humano —al estilo del gnosticismo—, sino que es un don de Dios, quienes lideren este diálogo por parte de la universidad no podrán cumplir este cuádruple papel. En efecto, San Juan Pablo II reitera que:

[...] nuestra época tiene necesidad urgente de esta forma de servicio desinteresado que es el de proclamar el sentido de la verdad, valor fundamental sin el cual desaparecen la libertad, la justicia y la dignidad del hombre... Por lo cual, [la universidad] sin temor alguno, antes bien con entusiasmo, trabaja en todos los campos del saber, consciente de ser precedida por Aquel que es [...] el Logos, cuyo Espíritu de inteligencia y de amor da a la persona humana la capacidad de encontrar con su inteligencia la realidad última que es su principio y su fin (*ECE* 4).

La capacidad de generar el diálogo con la cultura desde la identidad católica exige tanto humildad como valentía. De ellas se hizo eco Pedro Morandé en el Jubileo de los docentes católicos del 2000 al recordar la vocación a vivir la “*diaconía de la verdad*”⁷:

Tratándose de una *diaconía de la verdad* esta actitud de servicio no puede dejar de tener una dimensión crítica. El amor al destino de cada ser humano obliga a descubrir y denunciar el error, la mentira, el sin sentido, el sofisma. La gran tentación de la universidad en esta época es orientar la búsqueda de su saber por el prestigio, la utilidad y la recompensa social, sacrificando por ellas la verdad.⁸

7 Cf. Juan Pablo II, *Fides et Ratio* (14 septiembre 1998), Carta encíclica sobre las relaciones entre fe y razón, en *AAS* 91 (1999).

8 Pedro Morandé, «Un nuevo Humanismo para la Universidad», *Humanitas* 20, n°5 (2000).

Sólo se puede ser valiente y humilde⁹ cuando uno mismo¹⁰ —a título personal, pero, sobre todo, a título de miembro de la comunidad universitaria— se sabe enviado por Dios y que es su mensaje de salvación el que lleva en su vasija de barro¹¹. Este principio básico de la fe cristiana —que transformó a los apóstoles en Pentecostés y dio un vuelco al desarrollo de la gran potencia política de entonces, el Imperio Romano—, debemos recordarlo y vivirlo hoy especialmente ante la hegemonía de la “dictadura del relativismo”¹² en el mundo de la cultura, que tilda de “fundamentalista” al que se atreve a afirmar que existen el bien y el mal moral objetivos, y que, solo por eso, es desacreditado como interlocutor válido en cualquier diálogo. El hecho de discernir lo positivo y lo negativo que hay en la cultura en ese diálogo entre fe y razón que ha de realizar la universidad, ya lleva consigo un juicio y, por lo tanto, una especie de imperativo moral. Y nadie quiere hoy ser juzgado por nadie (aunque paradójicamente todos somos jueces de los demás), ni que le digan lo que debe o no hacer. La misión de iluminar este aspecto de la cultura que nos envuelve se hace tanto más urgente cuanto menos valorado y menos políticamente correcto sea visto por la misma cultura.

Esto deja al descubierto otro de los grandes peligros a que se ve sometido hoy el cumplimiento de la universidad de su vocación al diálogo con la cultura: la radical separación de la libertad en

9 Como recuerda con insistencia el Papa: «Se requieren fuerza y valentía para [...] anunciar el Evangelio» (Francisco, *Gaudete et Exsultate* (19 marzo 2018), Exhortación apostólica sobre el llamado a la santidad en el mundo actual, 158).

10 Esto asume la existencia activa de personas no creyentes como miembros de las universidades católicas, como reconoce el mismo documento, pues «contribuyen con su formación y su experiencia al progreso de las diversas disciplinas académicas o al desarrollo de otras tareas universitarias» (*ECE* 26).

11 2 Cor 4, 7.

12 Cf. Joseph Ratzinger, Santa Misa *Pro Eligendo Pontifice* (18 abril 2005).

relación con la verdad como criterio de conducta¹³. Basta que alguien decida algo, sin importar lo que sea ni su valor moral, para que deba ser aceptado. El criterio deja de ser la verdad del hombre para convertirse en el puro ejercicio del albedrío individual o social (en el caso de los fenómenos de masas, por ejemplo)¹⁴.

Y de nuevo *Ex Corde Ecclesiae* viene en este punto a refrescar la existencia de criterios que permiten valorar una cultura; criterios que (no puede ser de otro modo) emanan de la verdad de Dios y del hombre (*ECE* 45). Su examen aportará nuevas luces en este ejercicio de su actualización que estamos haciendo. Además, estos cinco criterios nos parecen de especial actualidad porque están llamados a actuar de forma profética como piedra de toque hoy en el diálogo de la Iglesia y el mundo —profetas nos hace el bautismo, otorgando la misión de anunciar y denunciar—¹⁵. Los cinco criterios son: el significado de la persona humana, su libertad, su dignidad, su sentido de la responsabilidad y su apertura a la trascendencia y, finalmente, relacionado con el respeto a la persona, el valor eminente

13 Urgencia «de proclamar el sentido de la verdad, valor fundamental sin el cual desaparecen la libertad, la justicia y la dignidad del hombre» (n.4).

14 «Ratzinger afirma rotundamente que la libertad tiene un significado moral y en ese sentido ni existe desde la nada ni se proyecta para la nada, es decir, no parte de cero (Cf. Joseph Ratzinger, *Introducción al cristianismo* (1987), 208.). Esta distinción es de enorme trascendencia para el debate filosófico teológico en que se muera Ratzinger, donde ha de librar batallas cruciales en defensa de la verdad del hombre. Pues consigna con evidencia que debe existir un criterio de moralidad distinto del ejercicio mismo de la libertad en sí misma, y un criterio que remite a una esencia y a una verdad del hombre, a lo que es. Libertad y verdad se encuentran estrechamente ligadas en el pensamiento de Ratzinger. [...] Por el contrario, la pretensión de realizar la libertad sin someterse a su fin específico, como manifestación de rebeldía y de auto afirmación, procede en el fondo de la falsa idea de que solo hay libertad si se puede elegir el mal, lo cual se juzga como una *perversión de la libertad* (Joseph Ratzinger, *Dios y el mundo* (2005), 89)». (M. Esther Gómez de Pedro, *La libertad en Ratzinger, riesgo y tarea* (Madrid: Encuentro, 2014), 30-31). Este tema se desarrolla a lo largo del estudio citado y remito a ello.

15 Cf. Catecismo de la Iglesia Católica, 1268.

de la familia, célula primera de toda sociedad humana. Así es, la universidad debe iluminar la grandeza de la persona humana y su genuina y verdadera vocación, al servicio de la cual ha de ponerse la cultura, a través de estudios e investigaciones interdisciplinarias, de manifestaciones culturales, de instancia formativas integrales, de vinculación con el medio, o de otras manifestaciones culturales. Y, por otro lado, y de manera complementaria a lo anterior, debe ser también capaz de poner de manifiesto las aspiraciones o tendencias que la contradigan.

Se cumple aquí la conocida afirmación de San Pablo sobre la Palabra de Dios como una espada de doble filo¹⁶ que separa y divide para así discernir. Cada vez que la cultura quita a la persona su significado profundo y la banaliza, como si fuera un instrumento de placer, dependiente de la apariencia o del consumismo, o una pieza de la maquinaria de la sociedad o de la producción o del mercado, la universidad ha de levantar su voz profética en el diálogo con esas culturas para salvaguardar el significado y la dignidad de la persona. Muy alto debe hablar también frente a ciertas distorsiones culturales que han desenmascarado los Papas, como las culturas “de la muerte” —que no respeta ni el valor y ni la dignidad de la vida del

16 Heb 4,12.

ser humano inocente desde su concepción hasta su fin natural¹⁷—; la “cultura del descarte”¹⁸ o la de la “indiferencia”¹⁹.

17 «Estamos frente a una realidad más amplia, que se puede considerar como una verdadera y auténtica *estructura de pecado*, caracterizada por la difusión de una cultura contraria a la solidaridad, que en muchos casos se configura como verdadera *cultura de muerte*. Esta estructura está activamente promovida por fuertes corrientes culturales, económicas y políticas, portadoras de una concepción de la sociedad basada en la eficiencia. Mirando las cosas desde este punto de vista, se puede hablar, en cierto sentido, de una guerra de los poderosos contra los débiles. La vida que exigiría más acogida, amor y cuidado es tenida por inútil, o considerada como un peso insostenible y, por tanto, despreciada de muchos modos. Quien, con su enfermedad, con su minusvalidez o, más simplemente, con su misma presencia pone en discusión el bienestar y el estilo de vida de los más aventajados, tiende a ser visto como un enemigo del que hay que defenderse o a quien eliminar. Se desencadena así una especie de *conjura contra la vida*, que afecta no solo a las personas concretas en sus relaciones individuales, familiares o de grupo, sino que va más allá llegando a perjudicar y alterar, a nivel mundial, las relaciones entre los pueblos y los Estados» (San Juan Pablo II, *Evangelium vitae* (25 marzo 1995), Carta encíclica sobre el valor y el carácter inviolable de la vida humana, 12).

18 «Así como el mandamiento de *no matar* pone un límite claro para asegurar el valor de la vida humana, hoy tenemos que decir *no a una economía de la exclusión y la inequidad*. Esa economía mata. No puede ser que no sea noticia que muere de frío un anciano en situación de calle y que sí lo sea una caída de dos puntos en la bolsa. Eso es exclusión. No se puede tolerar más que se tire comida cuando hay gente que pasa hambre. Eso es inequidad. Hoy todo entra dentro del juego de la competitividad y de la ley del más fuerte, donde el poderoso se come al más débil. Como consecuencia de esta situación, grandes masas de la población se ven excluidas y marginadas: sin trabajo, sin horizontes, sin salida. Se considera al ser humano en sí mismo como un bien de consumo, que se puede usar y luego tirar. Hemos dado inicio a la cultura del *descarte* que, además, se promueve. Ya no se trata simplemente del fenómeno de la explotación y de la opresión, sino de algo nuevo: con la exclusión queda afectada en su misma raíz la pertenencia a la sociedad en la que se vive, pues ya no se está en ella abajo, en la periferia, o sin poder, sino que se está fuera. Los excluidos no son *explotados* sino *desechos, sobrantes*». (Francisco, *Evangelii Gaudium* (24 noviembre 2013), Exhortación apostólica sobre el anuncio del Evangelio en el mundo actual, 53).

19 «Para poder sostener un estilo de vida que excluye a otros, o para poder entusiasmarse con ese ideal egoísta, se ha desarrollado una globalización de la indiferencia. Casi sin advertirlo, nos volvemos incapaces de compadecernos ante los clamores de los otros, ya no lloramos ante el drama de los demás ni nos interesa cuidarlos, como si todo fuera una responsabilidad ajena que no nos incumbe. La cultura del bienestar nos anestesia y perdemos la calma si el mercado ofrece algo que todavía no hemos comprado, mientras todas esas vidas truncadas por falta de posibilidades nos parecen un mero espectáculo que de ninguna manera nos altera» (Ibíd., 54).

En el ámbito de la libertad personal, la responsabilidad y la familia también se exige un especial esfuerzo de humildad y valentía para acoger las manifestaciones culturales que promuevan el bien del ser humano y potenciarlas, pero, por otro lado, también para poner de manifiesto aquellas otras que ponen en riesgo una adecuada comprensión del ser humano y sus vínculos familiares, bajo capa de modernidad, falta de compromiso o por una primacía arbitraria al sentimiento subjetivo frente a la verdad existencial de la antropología más profunda. Especialmente actuales son las alimentadas por la ideología de género, que busca transformar la íntima compenetración entre cuerpo y alma que constituye nuestro ser de personas humanas (y, por tanto, orienta nuestro obrar moral), y dejar en su lugar las percepciones y afectos cambiantes de cada sujeto. Esto tiene graves connotaciones para la vida y la comprensión de la familia tanto como célula fundamental de la sociedad y núcleo de vida y amor, como de su esencial complementariedad, reflejo de nuestra imagen y semejanza trinitaria. El diálogo con la cultura en este campo debe hacerse experto en acoger a cada persona con su propia realidad, pero sin confundir tal acogida con una reconstrucción de la esencia del ser humano²⁰. El conocido slogan de que el lenguaje construye realidad debe saber entenderse y manejarse para fructificar y no aniquilar tal diálogo.

Los desafíos son muchos y cada vez más exigentes. De ahí que sea también más necesaria una cuidadosa preparación de los llamados al diálogo, no solo en las ciencias y en la doctrina católica, sino sobre todo en la vivencia de la fe como encuentro transformante con Cristo que se acoge y alimenta en la vida sacramental y de oración. Ciertamente, la primacía de la vida interior y el compromiso

20 Los Papas han hablado contra la ideología y desde la Congregación para la Educación Católica ha emanado un documento ante lo que denominan una verdadera emergencia educativa: Congregación para la Educación Católica, *Varón y mujer los creó* (2019).

eclesial capacitará a los miembros de las universidades católicas para sembrar el caldo de cultivo y alimentar el diálogo que contribuya realmente a una cultura propiamente humana, abierta a la verdad y a la trascendencia salvadora. Gracias a Dios, ejemplos²¹ de esta siembra hay y habrá muchos, mientras exista fidelidad a la identidad católica, pero junto con la siembra, hay que confiar pacientemente en que el Dueño de la mies dé fruto cuando y como quiera. Es la misión profética, como ha quedado de manifiesto, una de las más actuales que está llamada a vivir hoy la universidad católica en su diálogo con la cultura.

21 Algunos de ellos, aunque hay muchos más, pueden ser: Congreso Social UC, Conciertos musicales abiertos a la comunidad en tiempos litúrgicos importantes, espacios interdisciplinarios —concretados, entre otros, en Centros de Investigación— sobre Familia, Comunidad y Sociedad, desde la Fe y los diversos proyectos culturales que ofrecen las pastorales universitarias. En particular quisiera nombrar los Congresos de Católicos y Vida Pública organizados en Chile por la Universidad Santo Tomás desde el 2005.

9. Fe, ciencia y razón en la causa de la verdad

Álvaro Ferrer Del Valle

Doctor en Derecho por la Pontificia Universidad Católica de Chile
Secretario General de la Universidad Finis Terrae

Toda auténtica universidad comparte el *gaudium veritatis* de San Agustín que Juan Pablo II cita al comienzo de la Constitución Apostólica *Ex Corde Ecclesiae* (*ECE*). Sin embargo, el gozo de buscar la verdad, de descubrirla y de comunicarla es, en una universidad católica, algo diferente: el objeto material —aquello sobre lo cual recae el quehacer universitario— no es la verdad, sino *toda* la verdad; el quehacer universitario católico recae «sobre todos los aspectos de la verdad en sus relaciones esenciales con la Verdad suprema, que es Dios» (*ECE* 4). Asimismo, la perspectiva habitual mediante o por la cual se realiza el quehacer universitario católico —objeto formal *quo*— no es primariamente la luz de la razón natural sino la fe católica, pues una característica suya esencial es «la reflexión continua a la luz de la fe católica sobre el creciente tesoro del saber humano» (*ECE* 13). Por ello, en la universidad católica «fe y razón se unen y complementan en mutuo auxilio en la única verdad» (*ECE*

17). Tal es y ha de ser el modo en que dentro de una universidad católica se hace ciencia, es decir, se busca, descubre, reflexiona y difunde la verdad.

No obstante, la universidad católica no es ajena a las deformaciones del pensamiento contemporáneo¹. En efecto, es público y notorio cómo dentro de ella se abre paso el relativismo que pone en duda la existencia misma de la verdad, reemplazándose por nuevas y antiguas ideologías: la ciencia positiva se endiosa como única modalidad de conocimiento “válido” y relega las humanidades y saberes liberales a un segundo plano; la fragmentación del saber se justifica en la hiper-especialización y transforma en utopía la unidad profunda del pensamiento clásico; la primacía de la técnica deforma el saber superior en mera preparación profesional donde las necesidades extrínsecas determinan el ser intrínseco y el rumbo de la institución; y los jóvenes obtienen títulos que los habilitan en competencias en la misma proporción y medida en que se atrofia su cultura. En síntesis, vemos que en la universidad católica se encuentra también aquella razón científico-empirista-pragmática, tributaria del divorcio entre fe y razón, digan lo que digan los rankings, acreditaciones y demás indicadores accidentales.

Resulta urgente, entonces, que la universidad católica se sacuda de la racionalidad moderna reduccionista y empobrecedora, y recupere su razón ampliándola y purificándola con la fe².

Ambas, fe y razón, tienen por objeto la verdad. Ya que la verdad es el objeto propio y adecuado del intelecto, luego la ciencia

1 Juan Pablo II, *Fides et Ratio* (14 septiembre 1998), Carta encíclica sobre las relaciones entre fe y razón, en *AAS* 91 (1999), 86-90, p. 75.

2 Benedicto XVI, Discurso del Santo Padre en la Universidad de Ratisbona: Fe, razón y universidad (12 septiembre 2006), Viaje apostólico a Munich, Altötting y Ratisbona.

es un bien humano por antonomasia:

La ciencia, en sí misma, es buena, toda vez que significa conocimiento del mundo, que es bueno, creado y mirado por el Creador con satisfacción, según dice el libro del Génesis: “Dios vio todo lo que había hecho, y era bueno”³. [...] El conocimiento humano del mundo es un modo de participar en la ciencia del Creador. Constituye, pues, un primer nivel en la semejanza del hombre con Dios; un acto de respeto hacia Él, puesto que todo lo que descubrimos rinde un homenaje a la Verdad primera⁴.

De ahí que «la Iglesia asiste y promueve de muchas maneras las ciencias humanas, segura de que si la investigación se realiza de forma auténticamente científica y conforme a las leyes morales, nunca será contraria a la fe» (*ECE* 17). Por lo mismo es que la fe no impone a la ciencia sus métodos y procedimientos: «La fe no ofrece recursos a la investigación científica como tal, pero anima al científico a proseguir su investigación sabiendo que encuentra en la naturaleza la presencia del Creador»⁵, sino que garantiza su legítima autonomía⁶, con la convicción de que «al igual que todas las demás verdades, la verdad científica no tiene que rendir cuentas más que a sí misma y a la Verdad suprema que es Dios, creador del hombre y de todas las cosas»⁷.

A partir de esta unidad en el Ser surge el llamado fundamental

3 Gn 1,31.

4 Juan Pablo II, Discurso del Santo Padre a los miembros de la Sociedad Europea de Física (30 de marzo de 1979).

5 *Ibíd.*

6 Cf. Concilio Ecuménico Vaticano II, *Gaudium et Spes* (7 diciembre 1965), Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual, en *AAS* 58 (1966), 36, pp. 1053-1054.

7 Juan Pablo II, Discurso del Santo Padre a la Pontificia Academia de las Ciencias con motivo de la conmemoración del nacimiento de Albert Einstein (10 noviembre 1979), 2.

para la investigación científica en una universidad católica: «Todos los hombres de ciencia en la Iglesia están llamados a unir la fe con la ciencia y la sabiduría, para contribuir a su recíproca penetración»⁸. Unidad según síntesis⁹, ese es el desafío. Santo Tomás enseña que ciertamente podemos alcanzar la verdad natural con el auxilio divino que, como primer motor y causa, permite al intelecto realizar su acto propio, pues

cada forma comunicada por Dios a las criaturas tiene eficacia respecto de un acto determinado, del que es capaz por su propia naturaleza; el intelecto tiene una forma determinada, que es su propia luz intelectual, de por sí suficiente para conocer algunas cosas inteligibles, aquellas que alcanzamos a través de lo sensible¹⁰.

No obstante, es preciso reconocer que nuestra innegable capacidad para conocer la verdad no implica que siempre y en todos los casos la alcancemos. Y tampoco que tal tarea sea fácil, pues errar y rectificar son hechos cotidianos. Nuestra razón es débil y limitada. Además, es de suyo incapaz de conocer cualquier verdad que supere sus propias fuerzas¹¹.

Sobre esto es necesario considerar como premisa un dato de fe —luego verdadero— de importancia capital, un verdadero criterio

8 Juan Pablo II, *Redemptor Hominis* (4 marzo 1979), Carta encíclica al principio de su Ministerio Pontifical, en *AAS* 71 (1979), 19, p. 307.

9 Francisco Canals Vidal, «Unidad según síntesis» (lección magistral en el acto de investidura como Doctor honoris causa, Universitat Abat Oliba, 21 de abril de 2005).

10 Cf. Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologiae*, I-II, q.109, a.1.

11 *Ibíd.*

hermenéutico¹² sin el cual la verdad sobre el hombre y el real alcance de su razón (y voluntad) no puede ser perfectamente comprendido: el pecado original. Dice Santo Tomás:

En el estado de corrupción el hombre ya no está a la altura de lo que comporta su propia naturaleza, y por eso no puede con sus solas fuerzas naturales realizar todo el bien que le corresponde [...]. Es como un enfermo, que puede ejecutar por sí mismo algunos movimientos, pero no logra la perfecta soltura del hombre sano mientras no sea curado con la ayuda de la medicina¹³.

Esto no implica, como dijimos, que la razón no sea capaz de conocer la verdad proporcionada a sus fuerzas; lo es. Pero lo será de modo deficiente y muy limitado. Es lo que enseña San Juan Pablo II:

Nuestra naturaleza herida mantiene las huellas del pecado original que obstaculizan el camino hacia la plena verdad; la capacidad humana de conocer la verdad quedó ofuscada por la aversión a Aquel que es fuente y origen de la verdad; los pensamientos de los hombres, a causa del pecado, son vanos; los ojos de la mente no son capaces de ver con claridad: progresivamente la razón se ha quedado prisionera de sí misma¹⁴ [...] el límite originario de la razón y la inconstancia del corazón oscurecen a menudo y desvían de la búsqueda¹⁵.

12 «La sabiduría de la Iglesia ha invitado siempre a no olvidar la realidad del pecado original, ni siquiera en la interpretación de los fenómenos sociales y en la construcción de la sociedad: 'Ignorar que el hombre posee una naturaleza herida, inclinada al mal, da lugar a graves errores en el dominio de la educación, de la política, de la acción social y de las costumbres' (CEC 407)». Benedicto XVI, *Caritas in veritate* (29 junio 2009), Carta encíclica sobre el desarrollo humano integral en la caridad y en la verdad, en *AAS* 101 (2009), 34, p. 669. cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 388, 400, 402-407; cf. Juan Pablo II, *Centesimus annus* (1 mayo 1991) Carta encíclica en el centenario de la *Rerum Novarum*, 25.

13 Cf. Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologiae*, I-II, q.109, a.2.

14 Cf. Juan Pablo II, *Fides et Ratio* (14 septiembre 1998), Carta encíclica sobre las relaciones entre fe y razón, en *AAS* 91 (1999), 22, p. 23.

15 *Ibid.*, 28, p. 27.

Por estas razones podemos afirmar que en la búsqueda y descubrimiento de la verdad —esencia del quehacer universitario católico—, la gracia no es una simple ayuda, sino que es indispensable¹⁶: «la fe cristiana le ayuda ofreciéndole la posibilidad concreta de ver realizado el objetivo de esta búsqueda»¹⁷. En la misma línea, Benedicto XVI enseña que «*la razón necesita siempre ser purificada por la fe*»¹⁸. La expresión es de profundo contenido: la razón no solo requiere compañía o asistencia de parte de la fe; tampoco requiere de ésta una mera confirmación *ex post* sobre su corrección a partir de la mutua y recíproca complementariedad. La herida del pecado original es más profunda. Es tal la insuficiencia de la razón, es tal la necesidad de la gracia que

lo que ella alcanza (la razón) puede ser verdadero, pero adquiere significado pleno solamente si su contenido se sitúa en un horizonte más amplio, que es el de la fe. La fe libera la razón en cuanto le permite alcanzar coherentemente su objeto de conocimiento y colocarlo en el orden supremo en el cual todo adquiere sentido¹⁹.

Es con la gracia santificante, por medio de la cual nos incorporamos a Cristo y asemejamos a Él, como nuestra naturaleza es curada de sus heridas, y si bien —como enseña Santo Tomás— la naturaleza humana no fue totalmente corrompida, no obstante la razón no está en condiciones de ser plenamente ella misma sin la fe, pues la herida del pecado requiere de la fe como condición de posibilidad del mismo discurso racional orientado a la verdad: como luz. Cristo es el médico y su gracia la medicina de nuestro intelecto (y voluntad):

16 Cf. Santo Tomás de Aquino, *De Veritate*, q.25, a.6-7.

17 Cf. Juan Pablo II, *Fides et Ratio*, 33, p. 31.

18 Benedicto XVI, *Caritas in veritate* (29 junio 2009), Carta encíclica sobre el desarrollo humano integral en la caridad y en la verdad, en *AAS* 101 (2009), 56, p. 692 (original en cursiva).

19 Juan Pablo II, *Fides et Ratio*, 43, p. 39.

no solo «para elevarse al conocimiento de Dios Uno y Trino»²⁰, sino que, «como la gracia supone la naturaleza y la perfecciona, así la fe supone y perfecciona la razón»²¹.

Según lo antedicho, no es correcto considerar la fe solo como una extensión de la razón hacia aquello que la supera²². La fe no es un simple conjunto de escalones superiores en la escalinata del conocimiento humano. La fe es la luz capaz «de iluminar *toda* la existencia del hombre»²³ y, como tal, no solo permite el acceso a verdades superiores a las fuerzas de la razón natural, sino que rectifica y sana la razón para que ésta pueda conocer plenamente todas las verdades. Por ello «es urgente recuperar el carácter luminoso propio de la fe, pues cuando su llama se apaga, todas las otras luces acaban languideciendo»²⁴. Esto determina importantes consecuencias, las cuales confirman que solo la razón iluminada por la fe es adecuada y proporcionada a la causa de la verdad en una universidad católica.

En primer lugar, resulta evidente que solo mediante la fe es posible conocer todo el objeto material del quehacer universitario católico: al ser tal objeto toda la verdad, no puede excluir la verdad revelada, a la cual solo es posible acceder mediante la fe. *A contrario sensu*, sin fe no es posible conocer toda ni plenamente la verdad natural, pues la razón está herida por el pecado, según ya se explicó. En síntesis, la fe permite conocer toda la verdad en su más amplia extensión, en todas las materias.

20 *Ibid.*

21 Cf. Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologiae*, I, q.1, 8 ad 2.

22 Cf. Francisco, *Lumen Fidei* (29 junio 2013), Carta encíclica sobre la fe, en *AAS* XX (2013), 3. p. 556: «el espacio de la fe se crearía allí donde la luz de la razón no pudiera llegar, allí donde el hombre no pudiera tener certezas. La fe se ha visto así como un salto que damos en el vacío, por falta de luz».

23 *Ibid.*, 4, p. 557 (original en cursiva).

24 *Ibid.*

También, la fe muestra el camino a la razón: al conocer por fe una determinada verdad natural, lo único razonable es dirigir el intelecto hacia la demostración de la misma, seguros *a priori* del resultado no obstante el esfuerzo que ello implique, pues la fe no yerra y la razón jamás la contradice²⁵. Asimismo, la fe es garantía contra el error²⁶, y toda conclusión o juicio que contradiga la fe será necesariamente falso²⁷, sea en sus premisas, sea en la inferencia que lleva a las conclusiones, sea en la interpretación que tal o cual hace del referido postulado. De aquí entonces que:

La mirada de la ciencia se beneficia así de la fe: ésta invita al científico a estar abierto a la realidad, en toda su riqueza inagotable. La fe despierta el sentido crítico, en cuanto no permite que la investigación se conforme con sus fórmulas y la ayuda a darse cuenta de que la naturaleza no se reduce a ellas. Invitando a maravillarse ante el misterio de la creación, la fe ensancha los horizontes de la razón para iluminar mejor el mundo que se presenta a los estudios de la ciencia²⁸.

Luego, en una universidad católica, la fe tiene un rol *directivo*, pues señala el fin y la ruta que han de seguir los esfuerzos investigativos y de enseñanza-aprendizaje; cumple un rol de *auxilio*, pues muestra a la razón por dónde caminar para no incurrir en el error; tiene un rol *purificador*, pues sana a la razón de la herida del pecado y, así, la abre a la totalidad de lo real; y tiene un rol *eminente*, pues ilumina y es la perspectiva más completa y perfecta para conocer toda la verdad. Se comprende así que para una institución consagrada a la causa de la

25 Cf. Concilio Vaticano I, *Dei Filius* (24 abril 1870) Constitución dogmática, 4.

26 «La verdad absoluta, lejos de ser obstáculo para la investigación, es más bien su fundamento necesario a la vez que la más segura garantía contra el error». Pío XII, Radiomensaje del Santo Padre al X Congreso Nacional de católicos de Suiza (16 mayo 1954).

27 Cf. Juan Pablo II, *Fides et Ratio*, 34, p. 32. cf. Santo Tomás de Aquino, *Summa contra Gentiles*, I, VII.

28 Cf. Francisco, *Lumen Fidei*, 34, p. 577.

Verdad sea solo la fe la que, al purificar la razón, la dirigirá a su fin, Cristo-Logos (*ECE* 16), fundamento, origen y término de la verdad: «lo que la razón humana busca puede ser encontrado solo por medio de Cristo»²⁹. Así, solo en Cristo la universidad católica hallará su *gaudium veritatis* plenamente colmado³⁰.

29 Cf. Juan Pablo II, *Fides et Ratio*, 34, p. 32.

30 Jn 15,11.

10. La formación integral en una universidad católica

Juan Larrain Correa

Doctor en Biología Celular y Molecular
por la Pontificia Universidad Católica de Chile
Profesor en la Pontificia Universidad Católica de Chile

Ex Corde Ecclesiae (ECE) nos llama expresamente a trabajar en la formación integral al decirnos que «todo el proceso educativo esté orientado, en definitiva, al desarrollo integral de la persona» (ECE 20). Entendemos la educación integral como el «crecimiento humano, social y espiritual, que jamás podrá prescindir de la búsqueda de lo verdadero, lo bueno y lo bello»¹. Una formación integral aspira a entregar una educación para la vida, una verdadera transformación personal basada en una rigurosa y amplia formación intelectual, entrelazada virtuosamente con una sólida y profunda formación moral.

1 Tomás Scherz, *Por una educación pública, laica y gratuita*, Educación de Calidad para el Chile de hoy (Santiago, Chile: Arzobispado de Santiago. Vicaría para la Educación, 2014), 25.

La formación integral ha estado presente en toda nuestra historia². Hace más de 130 años el Rector fundador, Monseñor Joaquín Larraín Gandarillas, nos convocaba a conformar «una vasta escuela en que se cultivan y enseñan los diferentes ramos del humano saber [pero también a construir] un hermoso taller en que se educa al corazón»³. En este breve ensayo presentaré una visión personal, como profesor de una universidad católica, de cuáles podrían ser los ejes de una formación integral para el siglo XXI y algunas estrategias que ayudarían en su desarrollo, todo esto considerando el actual contexto social y cultural.

Contexto social y cultural

La formación de personas a nivel universitario debe estar en consonancia con los tiempos que le toca vivir⁴. Por esta razón, una discusión de la formación integral debe estar contextualizada en la sociedad y cultura en que estamos inmersos. Un primer elemento de contexto a considerar es el fuerte aumento en el número y diversidad de estudiantes de la educación superior. Esto ha permitido progresar en justicia social y en ampliar oportunidades, avance que viene acompañado de nuevos desafíos y oportunidades. Actualmente, gran parte de los estudiantes son de una primera generación que accede a la educación superior. Esto, unido al debilitamiento de la familia y de la educación escolar —en especial la pública—, implica que las universidades, hoy más que nunca, deben asumir responsabilidades que van más allá de lo académico.

2 Paulina Rodríguez et al., «La formación general como parte del proyecto educativo a través de la historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile», en *Ideas en Educación II. Definiciones en tiempos de cambio*, ed. por Ignacio Sánchez (Santiago, Chile: Ediciones Universidad Católica de Chile, 2018).

3 Ricargo Krebs, María Angélica Muñoz y Patricio Valdivieso, *Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile 1888-1988*, (Santiago, Chile: Ediciones Universidad Católica de Chile, 1994), 17.

4 John Henry Newman, *The idea of a University* (London: Aeterna Press, 2015).

Vivimos en un contexto de crisis, marcados por una profunda desconfianza en las instituciones y en las personas, que incluye intolerancia, falta de diálogo e incomunicación intergeneracional. Lo anterior, inmerso en un entorno de fragmentación social, altos niveles de inequidad, un fuerte debilitamiento de lo público y de un proceso migratorio que aún no dimensionamos. Además, vivimos una crisis de sustentabilidad planetaria, de degradación ambiental y en una cultura del descarte, que afecta especialmente a los más vulnerables⁵. Otro elemento muy relevante es que estamos atravesando por una profunda crisis como Iglesia Católica. Actualmente solo el 45% de las personas profesan la religión católica⁶, lo que va unido a una fuerte desconfianza en la Iglesia. A pesar de esto, es interesante constatar que el 76% cree en Dios⁷, y el 63% está de acuerdo con que hay un Dios que se preocupa de cada ser humano⁸, indicando la existencia de una forma directa de vivir la fe.

Ejes principales de una formación integral para el siglo XXI

El estudiante que llega a una universidad católica debe «adquirir la mística de que en el campo propio de su profesión no es solo técnico, sino el obrero intelectual de un mundo mejor»⁹. Para avanzar en este llamado, nuestra misión es abocarnos a la formación integral de personas. José Joaquín Brunner nos dice que «cada civilización, época,

5 Francisco, *Laudato si'* (24 mayo 2015), Carta encíclica sobre el cuidado de la casa común, en *AAS* 107 (2015).

6 Pontificia Universidad Católica de Chile, «Religión», en *Encuesta Nacional Bicentenario* (Santiago, Chile: Centro de Políticas Públicas UC, 2019).

7 *Ibid.*

8 Centro de Estudios Públicos, *Estudio Nacional de Opinión Pública N°82, Octubre-Noviembre 2018. Tema especial: Religión* (Santiago, Chile: CEP, 2018).

9 Alberto Hurtado, *Un fuego para la Universidad* (Santiago, Chile: Ediciones Universidad Católica de Chile, 2011), 65.

sociedad o nación imagina un tipo humano ideal que la educación debe formar»¹⁰. Es en este llamado que nos hace la sociedad donde podemos contribuir a pensar y transformar la sociedad mediante la formación integral de nuevos ciudadanos. Considerando el contexto actual, a continuación, describo cuáles podrían ser algunos de los ejes principales de la formación integral en una universidad católica en el siglo XXI.

Caridad y amor social: la caridad, que corresponde al amor a Dios y al prójimo, es el llamado principal que nos hace Jesucristo. La caridad es, además, algo propio de todo ser humano, que busca la solidaridad frente al sufrimiento ajeno y que se opone al egoísmo. Más aún, la caridad, va más allá de las relaciones individuales y personales, está presente en las relaciones de carácter público, y corresponde al principio «de las macro-relaciones como las relaciones sociales, económicas y políticas»¹¹ y «es la vía maestra de la doctrina social de la Iglesia»¹². Por esto la caridad se define como la base del amor social, que es el «amor a la sociedad y el compromiso con el bien común»¹³. Por lo tanto, la caridad y el amor social deben ser el cimiento de la educación en una universidad católica, mediante la cual se forma el corazón de las personas y se promueve la contribución al bien común.

10 José Joaquín Brunner, «Resiliencia como ideal educador», *El Mercurio*, 24 de Mayo de 2020.

11 Benedicto XVI, *Caritas in veritate* (29 junio 2009), Carta encíclica sobre el desarrollo humano integral en la caridad y en la verdad, en *AAS* 101 (2009), 2, p. 642.

12 *Ibíd.*, 3.

13 Francisco, *Laudato si'*, 231.

Fe y razón para buscar la verdad: una universidad católica, en su misión de buscar la verdad, debe enseñar que fe y razón se requieren mutuamente para una adecuada comprensión de la realidad, y que el positivismo y las ciencias experimentales no dan respuestas a todas las interrogantes sobre la realidad, en especial a aquellas referidas al sentido de la vida¹⁴. Como se mencionó anteriormente, existe un alto porcentaje de personas que cree en la existencia de Dios; esto representa una oportunidad para poder llegar a demostrar su existencia mediante la razón.

Para esto es clave una formación interdisciplinaria, que tenga a la teología y la filosofía al centro. Se debe formar el “hábito filosófico”, y enseñar a pensar, entender y explicar todos los saberes de forma interdisciplinaria e interrelacionada¹⁵. De esta forma se debe establecer la complejidad del mundo en que vivimos y eliminar la tentación a las explicaciones simplistas y superficiales, tan propias de una sociedad dominada por la inmediatez y las redes sociales. Especial atención se debe dar a las humanidades, y muy especialmente en las artes, puesto que permiten conocer la realidad desde la belleza, los sentidos y la apreciación estética. Finalmente, es importante destacar que la búsqueda de la verdad genera un círculo virtuoso con la caridad, pues la caridad nos lleva indefectiblemente a la verdad¹⁶.

Convivencia y diálogo: la universidad debe ser uno de los lugares en que las personas experimenten y aprendan una vida de convivencia y diálogo, para combatir la desconfianza y la fragmentación social. Por esto aún resuenan las palabras del Papa Francisco, quien en su visita

14 Juan Pablo II, *Fides et Ratio* (14 septiembre 1998), Carta encíclica sobre las relaciones entre fe y razón, en *AAS* 91 (1999).

15 Alfred North Whitehead, *The aims of education and other essays* (New York, U.S.A.: The Free Press, 1967).

16 Benedicto XVI, *Caritas in veritate*.

reciente nos pidió hacer «de la universidad un espacio privilegiado para practicar la gramática del diálogo que forma encuentro»¹⁷. En la medida que tengamos una comunidad universitaria diversa y representativa de la realidad nacional, la universidad podrá ser el “laboratorio” ideal para aprender la “gramática del diálogo”, y así contribuir a la cohesión social¹⁸. De esta forma, guiados siempre por la caridad y la verdad, se podrá promover y desarrollar la empatía, la gratuidad, la inclusión, el respeto, la equidad de género, el diálogo intergeneracional, la tolerancia activa, la sustentabilidad, y el compromiso ciudadano y público.

Ética e integridad académica: *Ex Corde Ecclesiae* nos pide que «el programa de estudio para cada una de las distintas profesiones debe incluir una adecuada formación ética en la profesión» (Normas art. 4, § 5). Hoy más que nunca se requiere tomar complejas decisiones éticas en todos los ámbitos. Por esto la educación integral debe formar en la reflexión filosófica-ética y entregar una preparación para los posibles discernimientos éticos a los que podemos vernos enfrentados, de forma de poder dar respuestas siempre iluminadas por la caridad y la verdad.

En particular, la comunidad universitaria debe abocarse a trabajar en la integridad académica, que implica actuar con los valores de honestidad, confianza, veracidad, justicia, respeto y responsabilidad en el aprendizaje, la enseñanza y la investigación¹⁹. Las faltas a la integridad académica son un verdadero “cáncer” que

17 Francisco, «Discurso del Santo Padre en su Visita a la Pontificia Universidad Católica de Chile», en *Mi paz les doy. Mensajes de S.S. Francisco. Visita apostólica a Chile* (Santiago, Chile: CECH-UC, 2018), 58.

18 *Ibíd.*

19 International Center for Academic Integrity, *The Fundamental Values of Academic Integrity*, 2.^a ed. por Teddy Fishman (South Carolina, U.S.A.: Clemson University, 2014).

«destruye la base de la convivencia social universitaria y degrada al que incurre en ella»²⁰. La formación en integridad académica es una oportunidad para la formación moral durante la vida universitaria que luego dará frutos en el ejercicio de la vida ciudadana.

Algunas estrategias para el desarrollo de la formación integral

Desarrollo de comunidades de aprendizaje entre profesor y estudiante: profesores y estudiantes son el sujeto de la formación integral, ambos se requieren el uno al otro en este proceso, pues «nadie puede enseñar sin aprender, ni aprender sin enseñar»²¹. En esta comunidad de aprendizaje, el profesor debe ganarse el respeto por su compromiso irrestricto con la búsqueda de la verdad y justifica su función porque conocer la verdad va más allá de la simple acumulación de datos. Es necesario que el profesor sea un maestro, tanto en lo académico como en lo humano. Por su parte, los estudiantes deben ser agentes activos y comprometidos con el deber que tienen con la sociedad para alcanzar una adecuada formación, siempre aportando una mirada nueva y desafiante. Es en estas células-vivas de aprendizaje entre profesor y estudiante donde se posibilitará el diálogo intergeneracional.

La masificación de la educación superior, el abuso del auto-aprendizaje y la tendencia a priorizar la investigación por sobre la docencia, representan un riesgo para la conformación de estas comunidades de aprendizaje²². Se requiere, por tanto, un especial

20 Juan de Dios Vial Correa, «La Formación del Universitario», en *Juan de Dios Vial Correa: Pasión por la Universidad*, ed. por Alejandro San Francisco, (Santiago, Chile: Ediciones Universidad Católica de Chile, 2018), 215.

21 Pedro Morandé, «Desarrollo de la Formación Integral de Pregrado», en Pedro Morandé. *Escritos sobre la Universidad*, ed. por Sofia Brahm (Santiago, Chile: Ediciones Universidad Católica de Chile, 2018), 113.

22 Pedro Morandé, «Desarrollo de la Formación Integral de Pregrado», 113.

esfuerzo institucional para desarrollar esta estrategia, para lo cual se necesita valorar y buscar el encuentro presencial y efectivo de dichas comunidades de aprendizaje, el que podrá ser apoyado —pero nunca reemplazado—, por el uso de metodologías virtuales. En la misma línea, la incorporación de estudiantes de pregrado al quehacer de investigación y de creación representa una excelente oportunidad para generar comunidades de aprendizaje.

Construcción de una comunidad diversa: para desarrollar una formación integral es condición *sine qua non* contar con una comunidad universitaria diversa e inclusiva. Un proyecto educativo que no cuente con una comunidad heterogénea está incompleto. Por ende, las universidades católicas deben desarrollar estrategias que permitan la existencia de una comunidad diversa en todas sus unidades académicas, promover activamente el encuentro entre quienes tienen historias de vida y formas de pensar distintas, así como también facilitar el diálogo interdisciplinar.

Vinculación con nuestra tradición y cultura: la formación integral solo se puede producir si se da en un contexto de valoración de la tradición y la cultura. El que la formación de personas esté enraizada en la tradición le otorga coordenadas de referencia y objetividad, permitiendo el análisis crítico de lo aprendido. La renuncia a la tradición es un riesgo de alejamiento de la verdad, que puede conducir al escepticismo o al sofismo²³. Por esto, la formación integral en nuestras universidades católicas debe tener un fuerte anclaje a nuestra historia, vinculada a la cultura latinoamericana, nuestros pueblos originarios y la tradición judeo-cristiana.

Elementos curriculares y de metodología docente: la formación general ha sido un espacio curricular de formación

23 *Ibíd.*

académica muy necesario para avanzar en formación integral²⁴. Sin embargo, esto no es suficiente; se requiere impregnar todo el currículum con los aspectos esenciales de la formación integral y, además, utilizar los espacios co y extracurriculares para desarrollar otros aspectos de la formación integral que no se pueden realizar en plenitud en el aula. Un elemento clave para una formación integral es evitar los currículos sobrecargados, no se debe enseñar un exceso de materia, se debe enseñar lo esencial, y hacerlo en profundidad²⁵, de lo contrario se corre el riesgo de que «la pasión por enseñar puede matar el deseo por aprender»²⁶.

Por otra parte, las metodologías docentes también son determinantes para avanzar en formación integral. Se deben aprovechar los avances de metodologías *online* para transmitir la información en su cantidad justa, y dejar el encuentro presencial en la sala de clases para desarrollar una docencia participativa y activa, que se focalice en la discusión, la reflexión y el diálogo. Además, se deben establecer instancias formales para potenciar las habilidades superiores como el razonamiento crítico, la colaboración, la comunicación, especialmente la escrita, y la creatividad, así como también trabajar el *Grit*, esto es, desarrollar la pasión y la perseverancia para sacar adelante los objetivos de largo plazo²⁷.

Conclusión

En su visita apostólica a nuestra Universidad, el Papa Francisco nos desafió a establecer una educación que «integre y armonice

24 Rodríguez et al., «La formación general».

25 Whitehead, *The aims of education and other essays*.

26 Vial Correa, «La Formación del Universitario», 214.

27 Angela Duckworth, *Grit: The power of passion and perseverance* (New York, U.S.A.: Scribner, 2016).

el intelecto, los afectos y las manos, es decir, la cabeza, el corazón y la acción»²⁸. La formación integral de un “humano ideal” para cada época es la forma de responder a dicho llamado. Lo propuesto aquí constituye la aspiración y meta —quizás incluso inalcanzable y utópica—, que debiera movilizar a una comunidad educativa, porque es en esta misión formadora en que se expresa su principal forma de aportar a lo público y a transformar la sociedad. Para seguir avanzado se requiere un gran esfuerzo institucional y de cada uno de los miembros de la comunidad académica, en especial de sus profesores, pues la primera forma de enseñar es con el ejemplo. Una educación integral fundada en la caridad, la búsqueda de la verdad y en sólidos principios éticos, nos permitirá contribuir a la construcción de una sociedad más humana, justa y plena.

28 Francisco, «Visita a la Pontificia Universidad Católica de Chile», 59.

11. Pensando la universidad en el tiempo actual: el desafío de la virtualización

Sebastián Kaufmann Salinas

Doctor en Filosofía por la Universidad Marquette
Vicerrector de Integración de la Universidad Alberto Hurtado

Valentina Nilo Covarrubias

Máster en Teología por la Universidad Boston College
Directora del Centro Universitario Ignaciano en la Universidad Alberto Hurtado

No cabe duda de que vivimos tiempos extraordinarios. Este año, por primera vez en la historia, todas las universidades han estado haciendo un esfuerzo enorme por virtualizar su educación y su quehacer universitario. Este hecho, que responde a los efectos de la crisis sanitaria, sin embargo, se da en un contexto mayor: la creciente incorporación del uso de tecnología a la actividad universitaria.

La virtualización en el contexto de educación superior puede brindarnos un sinfín de posibilidades que eran impensadas. Gracias a ella el distanciamiento social no ha imposibilitado la formación y ha permitido que tengan la posibilidad de estudiar quienes por diversas razones no pueden acudir a los campus universitarios. Es, además, una gran oportunidad para personas con movilidad reducida o para quienes no tienen los medios financieros para

pagar por una educación presencial. Por cierto, aún hay grandes desafíos de conectividad, adaptación de estrategias formativas y acompañamiento de procesos de aprendizaje, pero hay que destacar los enormes esfuerzos realizados.

Uno de los grandes desafíos ha sido mantener un equilibrio entre la capacidad de adaptación al contexto y la preservación de la esencia e identidad propias de cada proyecto universitario. No sin dificultades, la flexibilidad y capacidad de adaptación de las universidades han permitido reaccionar ágilmente a través de transformaciones tecnológicas de las metodologías de enseñanza, para seguir desarrollando sus funciones esenciales de formación de pre y postgrado, investigación, vinculación con el medio y, mediante estas actividades, esforzarse por ser la conciencia crítica de un país en momentos complejos.

Al pensar particularmente en las universidades católicas, la pregunta que podríamos hacernos se relaciona con el impacto que estas adaptaciones tecnológicas y la virtualización —exigidas por el contexto, pero desde ahora permanentes— tienen sobre la naturaleza e identidad de las universidades católicas. Junto con responder a las necesidades y urgencias que nos trae el contexto, ¿cómo resguardamos y cuidamos el espíritu de nuestros proyectos universitarios? En este capítulo, nos concentraremos específicamente en los desafíos que la educación a distancia presenta al sentido de comunidad universitaria y a la formación integral, dos elementos que son centrales —para *Ex Corde Ecclesiae* (ECE)— para las universidades católicas. Pero antes, se hace imprescindible un rodeo que nos permita recordar lo propio de las universidades católicas.

Misión e identidad de las universidades católicas

Lo católico, como sabemos, no es un añadido externo a lo universitario y no desnaturaliza su esencia, sino que la profundiza.

La apuesta de la Iglesia es que «sus universidades sean aún más verdaderas universidades»¹. Esto quiere decir que ellas gocen de plena autonomía y libertad académica, y que sea una institución comprometida con mantener un nivel de excelencia académica:

La Iglesia, aceptando ‘la legítima autonomía de la cultura humana y especialmente la de las ciencias’, reconoce también la libertad académica de cada estudioso en la disciplina de su competencia, de acuerdo con los principios y métodos de la ciencia, a la que ella se refiere, y dentro de las exigencias de la verdad y del bien común (*ECE 29*).

La universidad católica debe promover e incentivar el diálogo entre razón y fe, entre la verdad científica y la verdad revelada. Ésta debe permitir que la teología tenga un espacio importante en los diálogos académicos, pudiendo ser un aporte desde sus intuiciones y propuestas a la cultura moderna. Si bien la autonomía que las ciencias requieren para dedicarse a sus ámbitos de investigación debe ser respetada y promovida, también se enriquece al pensamiento científico al enfrentarlo con verdades trascendentes.

Hay algo propio de la mirada cristiana, inspirada en la persona de Jesús, que busca instalar prácticas y miradas humanizadoras del mundo:

La mirada creyente puede conocer mejor los dinamismos de la realidad y encauzarlos en vista a perfeccionar y compartir el mundo: y, asimismo, puede ella reconocer con mayor exactitud las formas de deshumanización y de destrucción de la creación y proponer logros civilizatorios auténticamente humanizantes².

Éste es, o debiera ser, un aporte fundamental al ejercicio del pensar

1 Jorge Costadoat, «Las Universidades Católicas en perspectiva teológica», en *Ideas para la Universidad* (Santiago, Chile: Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2018), 153-154.

2 *Ibid.*, 156.

en el contexto universitario, principalmente cuando se trata de universidades católicas: proponer miradas del mundo y la realidad que inviten a su transformación desde la humanización.

Podríamos decir lo mismo sobre cómo una investigación científica de excelencia permite una comprensión más amplia del ser humano y la creación, y con ello, ayuda a reflexionar sobre la revelación cristiana de manera *inculturada* para que pueda tener relevancia en el debate público y académico: «El Concilio Vaticano II ha remarcado varias veces el valor positivo de la investigación científica para un conocimiento más profundo del misterio del hombre [...] No se puede olvidar, por último, el renovado interés por la inculturación de la fe»³. La universidad es el lugar por excelencia donde se puede aportar a esta inculturación de la fe, por tratarse de un espacio de investigación constante en diversos campos disciplinares que enriquecen la mirada cristiana del ser humano y la creación.

La universidad católica debiera ofrecer también, espacios que permitan a la comunidad universitaria desarrollar y vivir la propuesta cristiana de distintos modos, ya sea a través del cultivo de la espiritualidad, de la formación teológica, de la experiencia de vida comunitaria o del servicio social. En este sentido, la universidad busca el diálogo, la comunión y el encuentro tanto al interior de la institución como en el vínculo con otras realidades y comunidades. Para la tradición católica, la comunidad es el espacio privilegiado donde se vive la fe y se practican las virtudes, particularmente la caridad: «La verdadera fe en el Hijo de Dios hecho carne es inseparable del don de sí, de la pertenencia a la comunidad, del

3 Juan Pablo II, *Fides et Ratio* (14 septiembre 1998), Carta encíclica sobre las relaciones entre fe y razón, en *AAS* 91 (1999), 61.

servicio, de la reconciliación»⁴. Este compromiso se da tanto *ad intra* como *ad extra*. Un gran desafío de las universidades católicas es vincularse con el mundo externo como un aporte para éste desde el servicio, a través de opciones claras por la solidaridad y la evangelización. *Ex Corde Ecclesiae* nos entrega mucha lucidez y claridad respecto de dicha misión fundamental de estas instituciones. Tenemos una responsabilidad con el contexto y con la sociedad y todo nuestro quehacer debe ir orientado a transformar y mejorar el mundo que habitamos (*ECE* 32).

Cabe preguntarnos entonces: ¿cómo hacernos cargo de la identidad propia de las universidades católicas en un contexto de virtualización? Así como hemos logrado sobreponernos a las dificultades que nos presenta el contexto para poder seguir enseñando en una situación de distanciamiento social, se hace inevitable la pregunta por la preservación de nuestra esencia, identidad y misión.

Virtualización y sentido de comunidad

La virtualidad es un desafío para cualquier institución universitaria, pero se vuelven más agudos en nuestro caso, pues tocan rasgos importantes de nuestra identidad. Uno de los aspectos donde nos hemos visto más desafiados es en lo concerniente a la vida comunitaria. *Ex Corde Ecclesiae*, consciente de la importancia de la comunidad para la identidad católica de las universidades, la pone al centro de su reflexión: «La universidad católica persigue sus propios objetivos también mediante el esfuerzo por formar una comunidad auténticamente humana, animada por el espíritu de Cristo» (*ECE* 21).

Si bien se han hecho esfuerzos por preservar el espíritu

4 Francisco, *Evangelii Gaudium* (24 noviembre 2013), Exhortación apostólica sobre el anuncio del Evangelio en el mundo actual, en *AAS* 105 (2013), 88, p. 1057.

comunitario a través de encuentros y celebraciones virtuales, sin presencialidad es difícil que tengamos un auténtico y profundo encuentro con otros. El Papa Francisco ya ha hecho algunas advertencias al respecto en este contexto de pandemia, al hablar sobre el riesgo de virtualizar lo comunitario hasta el punto de viralizarlo. Es decir, nos llama a estar atentos y a cuidarnos de no volver una costumbre el vivir lo comunitario solo a través de una pantalla. Si bien la tecnología y las redes sociales nos han permitido conectar en tiempos donde no es posible hacerlo presencialmente —y por ende nos han salvado del aislamiento e individualismo extremos—, existe un gran riesgo de normalizar ciertas prácticas y de olvidar que lo plenamente humano pasa por el encuentro, la corporalidad, la comunión, la familiaridad y la intimidad.

A este respecto, las universidades católicas debemos abordar el desafío de mantenernos atentos y fortalecer nuestras capacidades de autocrítica y creatividad para reforzar el sentido de comunidad, en alusión a la misión e identidad católicas que la virtualidad exige y conscientes de que ya era difícil lograrlo presencialmente. El momento actual es, entonces, una oportunidad para repensar el vínculo entre nuestra identidad y la experiencia comunitaria, para vivirla de manera presencial o virtual.

Al mismo tiempo, hay valores propios del cristianismo y de la ciudadanía que esencialmente se adquieren en una interacción personal. Es difícil formar comunidad y ciudadanía sin propiciar espacios de encuentro que nos enriquezcan mutuamente. En ese mismo sentido, parece fundamental que se promuevan instancias para compartir, como celebraciones conjuntas o espacios virtuales que favorezcan el espíritu de pertenencia a una comunidad mayor. Sin embargo, pareciera ser que eso no basta. Para que una universidad católica considere a largo plazo la posibilidad de integrar tecnologías *online*, es necesario anticipar y gestionar los impactos que

esa virtualización tendrá en la comunidad y también establecer los requerimientos que le exigiremos a la tecnología para que ésta pueda estar a la altura de nuestras necesidades.

Virtualización y formación integral

Por último, proponemos reflexionar sobre el impacto de las tecnologías a distancia en la formación integral, apuesta central de las universidades católicas:

Se insta a los *estudiantes* a adquirir una educación que armonice la riqueza del desarrollo humanístico y cultural con la formación profesional especializada. Dicho desarrollo debe ser tal que se sientan animados a continuar la búsqueda de la verdad y de su significado durante toda la vida [...] (ECE 23).

La misión de las universidades no es solo preparar profesionales o desarrollar investigación científica, sino formar personas en toda su complejidad, capaces de dar respuestas creativas y humanizadoras a los desafíos de la sociedad. A través del desarrollo de un conjunto de competencias y habilidades para la vida, se busca desarrollar a las personas en sus dimensiones espirituales, emocionales, físicas, intelectuales y sociales, para que éstas, a su vez, transformen el mundo.

¿Cómo virtualizar la formación integral cuando ésta, hasta ahora, se ha dado fundamentalmente en espacios presenciales, donde nos vemos desafiados a convivir con otros y otras, a desarrollar nuestra corporalidad, competencias artísticas, habilidades interculturales y psico-emocionales? Si bien lo virtual ofrece grandes posibilidades, también conlleva lógicas excesivamente individualistas que, además, restringen y limitan el conocimiento, de modo que se vuelve más superficial.

Existen elementos afectivos asociados al conocimiento que se dan, entre otros factores, cuando se establece un vínculo con los

docentes y con los pares. Esos aspectos emocionales tenderían a diluirse en un contexto virtual. En esa misma línea, la tecnología *online* puede presentar obstáculos y límites en la búsqueda de la profundización. Una educación católica es necesariamente transformadora y la transformación solo es posible desde la reflexión profunda de conocimientos que permean a la persona en su totalidad. ¿Es posible una verdadera profundización en un contexto *online*? Un riesgo de una educación a la distancia es que pueda perpetuar lo que se ha llamado la “globalización de la superficialidad”. Con esos términos se refiere el anterior superior general de la Compañía de Jesús, Adolfo Nicolás, a los riesgos del abuso de tecnología en los procesos de aprendizaje:

Lo que quiero destacar aquí es mi preocupación porque nuestras nuevas tecnologías, junto con los valores subyacentes, tales como el relativismo moral y el consumismo, están dando forma a los mundos interiores de muchos, especialmente de jóvenes a los que estamos educando, limitando así la plenitud de su desarrollo como personas humanas, y sus respuestas a un mundo que necesita recuperar la salud intelectual, moral y espiritual⁵.

De los desafíos mencionados, la formación integral es posible que sea de los más acuciantes. El mundo de hoy reclama respuestas creativas de personas que no sean meros especialistas, sino que sepan articular creativamente distintos saberes y unir competencias profesionales, ambas habilidades humanas que les permitan trabajar colaborativamente y responder a los desafíos éticos complejos que tendrán que enfrentar. Formar integralmente en un contexto de no presencialidad es, entonces, un desafío mayor. Nos lleva a tomar ciertas opciones que ayuden a responder exitosamente a este desafío,

5 Adolfo Nicolás, «Profundidad, universalidad y ministerio intelectual retos para la educación superior jesuita hoy» (Comentarios para “Redes para la Educación Superior Jesuita: configurar un futuro para un mundo humano, justo, y sostenible”, Ciudad de México, 23 de abril de 2010).

tales como optar por tecnologías que fomenten más la colaboración que la competencia, como también evaluaciones no presenciales que propicien la síntesis personal y la profundización.

Conclusión

Las universidades católicas nos hemos visto invitadas hoy a reflexionar seriamente sobre las nuevas posibilidades que nos ofrece la tecnología y también sobre sus riesgos y límites. Si bien reconocemos las enormes ventajas y oportunidades que la virtualización nos provee, también debemos ser lúcidos respecto de sus desafíos y posibles peligros, principalmente cuando ésta no permite realizar plenamente el cumplimiento de nuestra misión.

Debemos estar conscientes de que la aceleración de la transformación tecnológica de nuestros procesos educativos y comunitarios, a la cual nos hemos visto enfrentados, ha sido reactiva a las exigencias inmediatas que demanda la crisis sanitaria. Por lo mismo, conlleva muchos límites. Para pensar en procesos de tecnología *online* más a largo plazo va a ser necesario comprender que no se trata de digitalizar el proceso actual, es decir, replicar la experiencia del aula a través de una pantalla. Para proyectar estos modelos tecnológicos y acogerlos como modos de ser universidad, es necesario repensar el proceso completo, a la medida de nuestras exigencias. En esa etapa de diseño será fundamental considerar e integrar los requerimientos para cuidar la identidad de las universidades católicas.

La universidad es una institución dinámica, cuyo quehacer está siempre inconcluso y en permanente interpelación por el contexto y sus personas. Esperemos que podamos seguir en ese dinamismo, logrando ajustarnos a las necesidades del contexto sin abandonar la esencia propia de nuestros proyectos y su aporte insustituible en la humanización de la sociedad.

12. El llamado de San Juan Pablo II a los académicos católicos

Rayén Condeza Dall' Orso

Doctora en Comunicaciones por la Universidad de Montréal
Profesora de la Pontificia Universidad Católica de Chile

Las tres décadas de publicación de la Constitución Apostólica *Ex Corde Ecclesiae* (ECE) coinciden con una pandemia que remece profundamente las bases del tejido social de nuestra casa común. Se trata de una situación nueva, excepcional, que afecta nuestra convivencia y la cultura del encuentro. Así, estar unidos significa distanciarse. Evitar la expresión física del afecto para impedir el contagio es un acto de amor. Restringir derechos y libertades básicas —conquistas fundamentales para la democracia y la amistad cívica—, salva vidas. El humanismo solidario implica separarnos de las personas de riesgo, en particular de los adultos mayores. Aceptar no poder estar presentes ni acompañar en su dolor a nuestros seres queridos, enfermos u hospitalizados, —ni siquiera en el momento de su muerte—, constituyen experiencias difíciles y dolorosas que contradicen, a primera vista, valores fundamentales de la identidad cristiana. Todavía no logramos dimensionar, en su justa medida, cómo esta situación inusitada vulnera la salud mental de distintas

generaciones. Además, si bien casi la mitad de la población mundial no tiene acceso a internet ni participa en la llamada Sociedad de la Información¹, millones de personas se ven compelidas a “teletrabajar” y a enseñar o estudiar a distancia sin contar, necesariamente, con el apoyo de tecnologías.

Es en ese contexto que la «continua renovación» (*ECE* 7), a la que San Juan Pablo II invita a las universidades católicas, cobra un significado particular para los académicos seguidores de Jesús y de María, que tenemos la misión de llevar la Buena Nueva y de «garantizar una presencia cristiana frente a los grandes problemas de la sociedad y la cultura» (*ECE* 13). De acuerdo con Su Santidad, la comunidad académica católica está compuesta mayoritariamente por laicos, que «responden a la llamada de la Iglesia a estar presentes, a la enseñanza de la valentía y de la creatividad intelectual, en los puestos privilegiados de la cultura, como es el mundo de la educación» (*ECE* 25). En cada época en que, de manera libre y responsable, asumimos participar en el proceso de formación de generaciones que confían en la educación superior católica, *Ex Corde Ecclesiae* nos ha llamado «a una ardiente búsqueda de la verdad y su transmisión desinteresada a los jóvenes y a todos aquellos que aprenden a razonar con rigor, para obrar con rectitud y para servir mejor a la sociedad» (*ECE* 2). El Sumo Pontífice considera que, a través de la enseñanza e investigación, los académicos «ayudan a la Iglesia a encontrar de un modo adecuado a los tiempos modernos los tesoros antiguos y nuevos de la cultura, «nova et vetera», según la palabra de Jesús» (*ECE* 10). También explicita que «si es necesario, la universidad católica deberá tener la valentía de expresar verdades incómodas, verdades que no halagan a la opinión pública, pero que

1 «Día Mundial de las Telecomunicaciones y la Sociedad de la Información: Mensaje del secretario general de la UIT, Houlin Zhao», *Unión Internacional de Comunicaciones*, 17 de Mayo de 2020.

son también necesarias para salvaguardar el bien auténtico de la sociedad» (*ECE* 32).

La misión de enseñar, «vivid en la perspectiva de la luz cristiana» (*ECE* 2), nos convierte en «constructores de la sociedad»², como lo afirmó San Juan Pablo II en su viaje apostólico a nuestro país, específicamente durante su encuentro con los representantes de la cultura, las ciencias y las artes, en la Casa Central de esta Universidad Católica. Ese viernes 3 de abril de 1987 alentó a los académicos e investigadores «a ensanchar y consolidar una *corriente de solidaridad* que contribuya a asegurar el bien común: el pan, el techo, la salud, la dignidad, el respeto a todos los habitantes de Chile, prestando oído a las necesidades de los que sufren»³. No eran tiempos fáciles para Chile. El día anterior, Su Santidad había escuchado las voces de los pobladores de La Bandera, en el testimonio de Luisa Riveros, quien le expresó la angustia y la preocupación por la cesantía, la calidad de la educación, la plata que no alcanzaba y por los perseguidos. Por la noche procedió a dirigirse a los jóvenes y estudiantes de Chile, desde el Estadio Nacional, en una época en que no existía la televisión por cable, no había telefonía móvil, ni internet, tampoco redes sociales digitales. Nos dijo que no tuviéramos miedo de mirar al Señor y, con su gesto y sus dichos, mostrarnos que el rostro de Cristo no era solamente el de un hombre sabio, el de un profeta o de un reformador social, sino que el rostro mismo de Dios. Aludo a la visita de Juan Pablo II a Chile en la figura de los académicos e investigadores, de los pobladores y de los entonces jóvenes que éramos, porque la situación remite directamente a las personas que se encuentran, precisamente, en la misión de servicio

2 Juan Pablo II, Discurso a los representantes del mundo de la cultura en la Universidad Católica de Santiago de Chile (3 abril 1987), Viaje Apostólico a Uruguay, Chile y Argentina, en *AAS* 80 (1988).

3 *Ibíd.*

de la universidad católica. De manera más precisa, en 1990, cuando la Constitución Apostólica sale a la luz, el país había recuperado la democracia hacía algunos meses y, entonces, tuvo mucho sentido para los católicos que Su Santidad estableciera que

el espíritu cristiano de servicio a los demás en la promoción de la justicia social reviste particular importancia para cada Universidad Católica y debe ser compartido por los profesores y fomentado entre los estudiantes. La Iglesia se empeña firmemente en el crecimiento integral de todo hombre y de toda mujer» (*ECE 34*).

Treinta años después, son muchos los académicos católicos que se inspiran en sus mensajes, regalados en este documento, para reflexionar sobre el sentido de su trabajo como profesores y como investigadores, así como para renovar su compromiso de «ser instrumento cada vez más eficaz de progreso cultural tanto para las personas como para la sociedad» (*ECE 32*).

Si bien toda formación de profesionales e investigadores supone el conocimiento y saber hacer que la persona adquiere sobre una determinada materia, la perspectiva católica los trasciende. Nos dice San Juan Pablo II:

Los docentes cristianos están llamados a ser testigos y educadores de una auténtica vida cristiana, que manifieste la lograda integración entre fe y cultura, entre competencia profesional y sabiduría cristiana. Todos los docentes deberán estar animados por los ideales académicos y por los principios de una vida auténticamente humana (*ECE 22*).

Además de preparar a los jóvenes para desempeñar funciones de responsabilidad en la sociedad y cultura de nuestro tiempo, al enseñar practicando la integridad académica contribuimos a que cada persona, única e irrepetible, cobre forma y descubra su vocación, impregnada por el testimonio de Jesús, para defender la dignidad humana, la justicia y el bien común. En ese sentido, *Ex*

Corde Ecclesiae nos recuerda que la comunidad universitaria «está animada por un espíritu de libertad y de caridad, y está caracterizada por el respeto recíproco, por el diálogo sincero y por la tutela de los derechos de cada uno. Ayuda a todos sus miembros a alcanzar su plenitud como personas humanas» (ECE 21). En la misma línea, el Papa Francisco sostiene que los docentes somos “artesanos de las futuras generaciones”⁴, pues «con su saber, paciencia y dedicación van transmitiendo un modo de ser que se transforma en riqueza, no material, sino inmaterial» que va creando al hombre y a la mujer del mañana⁵. Con confianza, esperanza y atentos a los tiempos, conducimos procesos de enseñanza-aprendizaje en un momento único e irrepetible de la vida de los jóvenes, con alto potencial de desarrollo, cuando la experiencia universitaria cartografía su identidad como adultos, así como parte de su biografía. En ese sentido, el rol del docente implica «ser maestro de vida, es decir expertos y maestros en humanidad»⁶.

Ex Corde Ecclesiae también señala que parte de la renovación y vitalización de la Iglesia está dada por el trabajo desinteresado de los académicos, quienes son interpelados a esforzarse «por mejorar cada vez más su propia competencia y por encuadrar el contenido, los objetivos, los métodos y los resultados de la investigación de cada una de las disciplinas en el contexto de una coherente visión del mundo» (ECE 22). Es inevitable que este llamado —junto al valor que Su Santidad le otorga al diálogo entre disciplinas en las Universidades Católicas, así como al diálogo intercultural, interreligioso y

4 Francisco, *Discurso del Santo Padre a los participantes en el seminario sobre “Educación: el Pacto Mundial” organizado por la Pontificia Academia de Ciencias Sociales* (7 febrero 2020).

5 *Ibid.*

6 Marta Córdova Peredo, Fabiola Jara Bernadot y María Eugenia Neira Neira, *Jesús Maestro: un estilo y un paradigma para el educador de hoy*. (Roma: escolapias.org, 2013), 63. cf. Pastoral Duoc UC, «Elementos de la Pedagogía de Jesús como Maestro», en *Seminario Pastoral Docente - “Educación Católica: Un Desafío Urgente”* (2009).

ecuménico— resuene de manera pertinente en tiempos de COVID-19, tiempos anteceditos en nuestro país por el estallido social de octubre de 2019. Respecto a la pandemia, ser hermanos en Cristo nos pone en sintonía, en tanto académicos católicos, con el sufrimiento del prójimo, lo que nos permite empatizar con la situación que viven los estudiantes de la educación superior en sus hogares, así como tomar conciencia de la importancia de una convivencia respetuosa, que resguarde su vida privada. Inesperadamente, el proceso de enseñanza-aprendizaje pasó a realizarse no solo mediado por dispositivos tecnológicos —al que no todos tenían acceso ni para los cuales fueron diseñadas las clases—, sino que a ocupar el espacio íntimo y personal de los jóvenes. Junto con generar temor e incertidumbre —escenario agravado por una “infodemia”, es decir por la circulación de desinformación y de noticias falsas en un momento que los medios de comunicación son insustituibles para orientar la toma de decisiones de la ciudadanía—, esta pandemia también ha visibilizado desigualdades, violencias y discriminaciones inaceptables, que siguen ocurriendo en nuestra casa común, a nivel global y local. El abuso contra la niñez y la mujer en confinamiento, los migrantes desplazados en razón del virus, las familias que viven en la pobreza golpeadas por la enfermedad, el aumento de la cesantía, la crisis económica, el racismo y la xenofobia en los países “más desarrollados”, el abandono y la soledad de la persona mayor, el maltrato a la naturaleza, o los planes para anexar injustamente territorios en nombre de una supuesta estabilidad política, son todos graves problemas contemporáneos que deben permear nuestra investigación y orientar nuestra enseñanza, encaminando a la comunidad universitaria en la búsqueda interdisciplinaria de soluciones, tal como afirma Ex Corde Ecclesiae al proponer que «la investigación universitaria se deberá orientar a estudiar en profundidad las raíces y las causas de los graves problemas contemporáneos, prestando especial atención a sus dimensiones

éticas y religiosas» (ECE 32).

Asimismo, el desafío de diseñar una enseñanza coherente con el mensaje de Cristo, de naturaleza reflexiva, a la escucha de las inquietudes de los jóvenes y que permita a los estudiantes avanzar en una visión coherente del mundo, ya venía alimentado por el estallido social de octubre de 2019. En ese momento la Iglesia nos pidió «escuchar y empatizar con los sufrimientos y malestares cotidianos de la sociedad chilena en materias laborales, de salud, seguridad ciudadana, educación, vivienda, pensiones, situación de pobreza, y los desafíos humanitarios de la inmigración, entre otros»⁷. En efecto, cuando somos llamados a renovar y vitalizar a la Iglesia como integrantes de la comunidad «está en juego el significado de la investigación científica y de la tecnología, de la convivencia social, de la cultura, pero, más profundamente todavía, está en juego el significado mismo del hombre» (ECE 7). Los académicos católicos también jugamos un rol relevante en promover esa búsqueda de significado en los estudiantes, a partir del mensaje y ejemplo de Jesús, de María y de sus seguidores. Me parece que parte de la integridad académica de los docentes católicos se juega en su labor evangelizadora, la que debiera rehuir el adoctrinamiento —lo que equivaldría a una suerte de colonización ideológica— y, en cambio, formar para la autonomía y la sensibilidad hacia el diálogo intercultural, en pos de un progreso social en el que todos tengan cabida. Por ello los académicos católicos ejercemos una influencia importante en tanto modelos de conducta en los jóvenes, y estamos llamados a tejer y a enseñar a tejer redes. A través de la metáfora de la red, en su mensaje para la 53^o Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales (2019) el Papa Francisco nos dice que

la figura de la red nos invita a reflexionar sobre la multiplicidad de

7 Comité permanente de la Conferencia Episcopal de Chile, Comunicado de prensa (Chile, 19 octubre 2019).

recorridos y nudos que aseguran su resistencia sin que haya un centro, una estructura de tipo jerárquico, una organización de tipo vertical. La red funciona gracias a la coparticipación de todos los elementos. La metáfora de la red, trasladada a la dimensión antropológica, nos recuerda otra figura llena de significados: la comunidad. Cuanto más cohesionada y solidaria es una comunidad, cuanto más está animada por sentimientos de confianza y persigue objetivos compartidos, mayor es su fuerza⁸.

Necesitamos de esa red solidaria en lo que concierne a enseñar los descubrimientos científicos y tecnológicos, a los que una parte importante de los académicos se dedican, con igual pasión que a la docencia. San Juan Pablo II nos dice al respecto que «es esencial que nos convenzamos de la prioridad de lo ético sobre lo técnico, de la primacía de la persona humana sobre las cosas, de la superioridad del espíritu sobre la materia. Solamente servirá a la causa del hombre si el saber está unido a la conciencia. Los hombres de ciencia ayudarán realmente a la humanidad solo si conservan «el sentido de la trascendencia del hombre sobre el mundo y de Dios sobre el hombre» (ECE 21).

Además del estallido social, de la pandemia, o de las situaciones a las que haremos frente como humanidad y que están por venir, es claro para Su Santidad que los descubrimientos científicos y las enseñanzas asociadas, dada la íntima relación entre ambos,

imponen ineludiblemente la necesaria correspondiente *búsqueda del significado*, con el fin de garantizar que los nuevos descubrimientos sean usados para el auténtico bien de cada persona y del conjunto de la sociedad humana. Si es responsabilidad de toda universidad buscar este significado, la universidad católica está llamada de modo especial a responder a esta exigencia; su inspiración cristiana le permite incluir en su búsqueda, la dimensión moral, espiritual y religiosa, y valorar

8 Francisco, Mensaje del Santo Padre para la 53 Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales (24 enero 2019).

las conquistas de la ciencia y de la tecnología en la perspectiva total de la persona humana (*ECE* 7).

Aparte de las descritas, otras problemáticas contemporáneas nos hacen responsables: La virtualización de la cultura, que implica una mutación que desborda la dimensión tecnológica del fenómeno, pues «alcanza incluso las formas de estar juntos, la formación del nosotros»⁹; la inteligencia artificial, capaz de generar nuevas exclusiones de la persona humana; y la ingeniería de la criatura, es decir el fenómeno post-humano. *Ex Corde Ecclesiae* nos invita a ser fieles al mensaje cristiano, a estar «al servicio del pueblo de Dios y de la familia humana en su itinerario hacia aquel objetivo trascendente que da sentido a la vida» (*ECE* 13).

9 Pierre Lévy, ¿Qué es lo virtual? (Barcelona: Paidós, 1999).

13. Vigencia de *La idea de una Universidad* de J.H. Newman

Paula Jullian Romani

Doctora en Lingüística Aplicada por la Universidad de Birmingham
Profesora de la Pontificia Universidad Católica de Chile

Al hablar del verdadero sentido de la universidad, y muy especialmente una católica, el nombre del pensador inglés San John Henry Newman (1801-1890)¹ merece una mención especial. En 1852, durante el período fundacional de la universidad de Irlanda, dictó una serie de discursos publicados posteriormente en su tratado *La idea de una universidad*, sobre la naturaleza de ella y una síntesis magnífica de su pensamiento educativo. En ellos plantea el ideal de esta institución y expone el modelo al que aspiraba como rector, incluidos su finalidad, misión e identidad propiamente católica.

Newman fue un visionario. Cuando dictó sus conferencias en

¹ Clérigo anglicano y académico de la Universidad de Oxford; en la búsqueda de las raíces del cristianismo original se remontó a las raíces de la fe, especialmente en los escritos de los Padres de la Iglesia. Estos estudios lo llevaron a su conversión a los 45 años, lo que le supuso abandonar su brillante carrera académica. Tras su conversión, se abocó a la fundación de una Universidad Católica en Irlanda. Newman fue canonizado por el Papa Francisco el 13 de octubre de 2019.

Dublín, no se habría imaginado que sus consideraciones se tornarían en un referente para la reflexión sobre la educación superior en el futuro. Pocos escritos en torno al tema han tenido tanto impacto como esta obra. Representa un clásico sobre la formación universitaria, incluso para entidades cuyas posturas filosófico-religiosas difieren considerablemente de la orientación cristiana. Lo más notable de su pensamiento es su actualidad, sus ideas han trascendido y hoy, a pesar de la brecha de 150 años que nos separan, nos encontramos discutiendo numerosos temas abordados por Newman, pues conservan una sorprendente vigencia. Muchos de ellos además fueron aludidos también por San Juan Pablo II en la Constitución Apostólica *Ex Corde Ecclesiae* (ECE) en la que señala el rumbo e identidad de una universidad católica.

Los discursos de *La idea de una universidad*

La obra *La idea de una universidad* está conformada por dos grandes partes: la primera corresponde a los discursos inaugurales ya mencionados² y la segunda está compuesta por una compilación de conferencias y clases magistrales que pronunció especialmente a alumnos, cuando sus facultades ya estaban en funcionamiento. Todas estas exposiciones iban dirigidas a una audiencia intelectual en una época de gran confusión teológica y expansión de fuertes corrientes ideológicas (racionalismo, utilitarismo, cientificismo, laicismo y secularismo) que planteaban grandes desafíos a los católicos. En estas exposiciones advertía a sus contemporáneos sobre las primeras manifestaciones de desvíos filosóficos que hoy, en la posmodernidad, ya vemos ampliamente difundidos en el clima cultural de nuestros días.

En sus discursos, acusa una crisis de pensamiento en las

2 No todos los llegó a dar, con lo cual los últimos de esta tanda corresponden a los textos preparados para la ocasión que fueron publicados posteriormente.

universidades británicas a causa de la tendencia utilitarista reinante, dominada por la técnica, la experimentación y la aplicación práctica del conocimiento. Como se mencionó, en plena revolución industrial las escuelas se tornaban altamente profesionalizantes, con el consiguiente descuido de los saberes que trascendieran lo puramente provechoso. Ante estos retos del siglo XIX, el nuevo rector ofrece orientaciones para hacer frente a los desafíos emergentes y previene al mundo académico del riesgo de una educación basada en la mera utilidad y especialización, que limitaba la formación integral de los estudiantes.

Newman trabajó arduamente por favorecer una formación global por sobre la mera instrucción de profesiones u oficios que brindaran resultados tangibles, como se venía haciendo en las nuevas academias inglesas. Él estimaba que lo estudiado podía tener o no aplicación, pero eso era secundario; el auténtico valor de lo aprendido era el ejercicio de la mente para pensar correctamente, la que —argumentaba— una mente preparada era siempre un bien y «el bien es siempre útil»³. Su compromiso con esta preparación encontró una fuerte resistencia de parte de sus detractores, quienes descalificaban tal posición como ineficaz y poco realista. El Papa Emérito Benedicto XVI, conocedor de esta controversia, le rindió un especial homenaje en este sentido en la homilía de su beatificación en 2010, destacando que se mostró «firmemente contrario a cualquier aproximación reductiva o utilitarista, [y que] buscó lograr unas condiciones educativas en las que se unificara el esfuerzo intelectual, la disciplina moral y el compromiso religioso»⁴.

3 John Henry Newman, *La idea de una universidad* [1859], trad. por Paula Jullian (Santiago, Chile: Ediciones Universidad Católica de Chile, 2016), 67.

4 Benedicto XVI, Homilía del Santo Padre en Santa Misa de beatificación del Venerable cardenal John Henry Newman (19 septiembre 2010), Viaje apostólico a Reino Unido, en *AAS* 102-10, p. 622.

Si bien la riqueza del contenido de su tratado sobre el proyecto educativo difícilmente se puede resumir en unas pocas páginas, se pueden distinguir materias centrales de su ideal de universidad y de la formación que ésta debía impartir, tales como: su ordenación al saber universal en busca de la Verdad; la unidad de todas las ramas del saber; el lugar de la teología en el currículo y su relación con las demás ciencias; la perfecta compatibilidad entre ciencia y fe; el valor del conocimiento como un fin en sí mismo; el perfeccionamiento intelectual para poder juzgar correctamente; el carácter de comunidad académica; y el valor tanto de las ciencias como de las humanidades; por mencionar algunos. En lo que sigue se resumen brevemente dos de los puntos más relevantes, que están en estrecha relación: (a) su concepción del saber y (b) su noción de “educación liberal”.

Su concepción del saber

Newman abre sus discursos con una escueta definición de universidad, «un lugar donde se *enseña el saber universal* [...] y para la difusión y expansión del conocimiento»⁵. Y aunque señala que ni el progreso científico ni la formación moral son el foco, más adelante en otros discursos, les asignará también un lugar a estas tareas.

Al referirse al “saber universal”, nuestro autor indicaba que toda forma de conocimiento tenía cabida en esta institución y que todas las ciencias y las ramas del saber eran bienvenidas en ella. Plantea que el gran objeto de estudio y común a todas ellas era la realidad, que él definía como el complejo sistema de todo lo existente en el universo que «comprende un sinnúmero de hechos parciales o fracciones de un todo que se relacionan recíprocamente de diversos modos»⁶. Ahora, argumentaba Newman, si la realidad

5 John Henry Newman, *La idea de una universidad*, 31 (cursivas del original).

6 *Ibíd.*, 58.

es una, el verdadero conocimiento solo puede ser la mirada inclusiva de esa única realidad, vista como un todo unificado, compuesto por la enorme diversidad de sus constituyentes, pero a la vez todos en perfecta unidad. De ahí que su concepción del saber muy ambiciosa, solo consideraba como verdadero conocimiento aquel que contemplaba y aprehendía estos infinitos hechos, ya sean en sí mismos o en sus relaciones de interdependencia e influencias mutuas, concebidos «como un todo complejo e integral donde no hay límites naturales ni reales entre las partes, sino que se van encontrando y cruzando entre ellas»⁷. En el capítulo seis de su tratado describe la integridad de este conocimiento universal, que para él constituía la perfección intelectual:

[...] poder ver muchas cosas a la vez como un todo, darles su verdadero lugar en el sistema, comprender sus respectivos valores y determinar su mutua dependencia [...] que cualquier fragmento de este conjunto no es más que una parte de él o que brota en asociación a las demás [...] ver que cada cosa lleva a todo lo demás y, a la inversa, comunica el todo a cada parte por separado hasta convertirlo en una visión que permea a sus componentes y los expande, dándoles un significado más pleno⁸.

Dada la vastedad de la realidad, solo alcanzamos a percibir algo de ella gracias a la colaboración de la información proporcionada por las ciencias desde sus diversas perspectivas. Este enfoque holístico tenía sus raíces en el círculo aristotélico de las ciencias, según el cual todas las áreas de estudio contribuían a comprender y describir la realidad desde sus puntos de vista particulares. Este trabajo en conjunto permitía vislumbrar un poco de este gran objeto de estudio común, favorecía que todas las ramas del saber se relacionaran y enriquecieran mutuamente como lo establece en esta cita:

Ellas [las ciencias] se corrigen y complementan mutuamente, lo

7 *Ibíd.*, 58.

8 *Ibíd.*, 106-7.

que las previene de dogmatizar sobre ciertos principios desde su propia perspectiva; solo la comparación y complementación de las diferentes miradas proporciona una comprensión más integral de la realidad⁹.

Esta unidad implicaba que la omisión de una disciplina dejaría un vacío que causaría una visión incompleta y deformada de la realidad. Newman juzgaba que solo esta aproximación al saber universal constituía el verdadero conocimiento y entregaba las herramientas para asignar con confianza a cada nueva conquista de la mente su verdadero lugar y dimensión. Con esto, además, prevenía cualquier forma de reduccionismo en las explicaciones desde una ciencia específica, lo que Newman interpretaba como una contradicción con la idea misma de universidad.

Newman sostenía que una universidad que se preciara de tal, debía tener apertura hacia todas las ciencias, y muy especialmente a la teología —un tema al que le dedica tres capítulos completos de su obra—. En ellos se expande sobre el valor de la ciencia teológica, observando que el verdadero objetivo de una universidad solo se alcanzaría si se daba lugar a la teología en el currículo, que ella, por su objeto —el estudio de Dios—, era la más alta de las ciencias y que, como tal, se relacionaba y aunaba a todas las demás. Lo explicaba diciendo que «la verdad religiosa no es una parte, sino una condición general del conocimiento»¹⁰, e ignorarla era un pérdida, aunque fuera por el simple hecho de que su enseñanza «ya era parte del acervo del saber general existente»¹¹. Concluía, así, que su doctrina era «conocimiento tanto como lo es la doctrina de Newton, y la enseñanza universitaria sin teología sencillamente deja de ser plena y cabal, debido a que ella tiene tanto derecho como

9 *Ibíd.*, 61.

10 *Ibíd.*, 68.

11 *Ibíd.*, 47.

la astronomía a tener un lugar propio en la universidad»¹². Estos discursos ofrecen una valiosa reflexión filosófica sobre el valor de las ciencias y el legítimo lugar que cada una ocupa, en cuanto respeta sus propiedades, métodos y perspectivas, y las ubica dentro del marco del gran saber universal.

Su noción de educación liberal

Hay una dimensión del pensamiento de Newman que amerita especial atención; me refiero a lo que designa “educación liberal”¹³; uno de los aspectos más destacados de su pensamiento pedagógico y objeto vital de la misión de esta institución. Para Newman, la educación en su más pleno sentido consistía en una sólida formación intelectual, por lo que procuraba que todo al interior de la universidad estuviera ordenado a desarrollar la recta especulación y el razonamiento riguroso que condujera a alcanzar el conocimiento global recientemente referido. En esta lógica, ni la trasmisión de los conocimientos, ni la enseñanza de una u otra ciencia, ni el aprendizaje de tales o cuales materias, ni el estudio de un currículo en particular eran un fin, sino más bien un medio para aprender a pensar correctamente a través de ellos.

Con ello no restaba importancia al valor mismo de estos saberes, muy por el contrario; pero enfatizaba la reflexión que se hacía sobre ellos. Es más, Newman agregaba que todas las

12 *Ibíd.*, 54.

13 Newman tomó la noción de educación liberal de la tradición filosófica griega, que concebía la formación del intelecto como la forma más elevada de educación. Ésta no debe confundirse con la educación liberal impartida en las universidades medievales, basada en la enseñanza de las Artes Liberales. Este término ha sido usado diversamente en el campo de la educación y ha recibido numerosas definiciones disímiles provenientes de diferentes autores que, en la mayoría de los casos, no corresponden al sentido con que Newman la usa. Ver, por ejemplo, Ian Ker, «Newman's idea of a university and its relevance for the 21st century», *Australian Journal of Theology* 18, n.º1 (2011).

asignaturas eran susceptibles de un tratamiento liberal, es decir, todas podían favorecer el ejercicio del hábito mental, el “cultivo de la razón” o el “pensamiento original” que en definitiva conducían a juzgar con rigor en todas las circunstancias. Desde luego, este talento presuponía una gran cantidad de lectura, ya que, como explica, «el conocimiento es condición indispensable para las expansión de la mente y el instrumento para alcanzarlo»¹⁴. Esto es lo que denomina “excelencia intelectual”, que corresponde a «la ciencia de las ciencias, y [su] concepción de filosofía en el más estricto sentido de la palabra, consistente en un hábito filosófico de la mente»¹⁵. Newman se refiere a esta facultad con diversos nombres¹⁶, y ella a la vez comprendía numerosas sub-habilidades de tipo cognitivas tales como «remontarse a los primeros principios»¹⁷, «identificar relaciones e influencia entre partes»¹⁸, «razonar, discriminar y analizar»¹⁹, «comparar y ajustar

14 John Henry Newman, *La idea de una universidad*, 104.

15 *Ibíd.*, 62. Hay que destacar que, en este contexto, el término “filosofía” no se refiere al estudio de la ciencia filosófica, sino que al estado o condición de la perfección o virtud intelectual según la cual la mente razona correctamente en todos sus juicios. De modo que cuanto más ejercitado es el intelecto en el proceso de pensar, más “filosófico” se vuelve.

16 *Ibíd.*, 102. En el sexto discurso del tratado, Newman explica que no encuentra un término apropiado para referirse a esta habilidad de modo que se refiere a ella como «perfección o virtud del intelecto, conocimiento filosófico, enriquecimiento intelectual o iluminación». Este concepto aparece recurrentemente en este y otros escritos con éstos y otros términos, que significan lo mismo o tienen muy poca diferencia entre sí, y los usa casi indistintamente, lo que puede causar confusión para el lector novato de Newman. Pero todos ellos siempre hacen referencia al resultado de la educación liberal.

17 *Ibíd.*, 118.

18 *Ibíd.*, 58.

19 *Ibíd.*, 120.

contenidos»²⁰, «sistematizar las ideas»²¹, «apreciar las cosas según su auténtico valor»²², «ir directo a la esencia, dilucidar ideas enredadas y desechar lo irrelevante»²³. Entendía que todo esto disponía a los estudiantes a «desarrollar un intelecto activo y reflexivo [...] a crear una mente independiente [...] con un pensamiento propio»²⁴.

Como profesor, animaba a sus estudiantes a acoger nuevas ideas y conocimientos activamente y a elaborarlas con autonomía. Su propuesta, además, apuntaba a un resultado indirecto, que iba más allá del simple aprendizaje intelectual. Concluía que esta claridad mental iba acompañada de virtudes derivadas de ella, explicando que los atributos del hábito de la mente son «la libertad, la equidad, la calma, la moderación y la sabiduría, o lo que en otro discurso [ha] llamado un hábito filosófico»²⁵. Newman recalca con insistencia la necesidad de “aprender a pensar”, pero el valor que otorgaba al “razonar correctamente” no se reducía al interés por el mero proceso especulativo, sino porque creía que cuando era ejercitado adecuadamente, disponía a la Verdad. Precisaba que un juicio equilibrado ayudaba a ver las cosas tal como son: a «discriminar entre verdad y falsedad; distinguir la verdad de las opiniones y las imaginaciones de las teorías»²⁶.

Probablemente el punto más innovador del pensamiento de

20 *Ibíd.*, 87.

21 *Ibíd.*, 105.

22 *Ibíd.*, 115.

23 *Ibíd.*, 123.

24 *Ibíd.*, 112.

25 *Ibíd.*, 20.

26 *Ibíd.*, 127.

Newman es el valor que otorgaba al conocimiento como un fin en sí mismo, y que las virtudes intelectuales, forjadas en el proceso de razonar, eran bienes intrínsecos, es decir independiente de la aplicación o beneficio externo que se obtuviera de él —de ahí su nombre “liberal”—. Esto representaba un abierto desafío en el contexto utilitarista, pero su fundamento para esta osada afirmación era que en definitiva los habilitaba para desempeñarse con aptitud en cualquier tarea. Esto no quiere decir que rechazara la idea de utilidad sino que la reducción de ella únicamente a la transmisión de información parcializada e instrucción de actividades aplicadas para “ser útiles a la sociedad”.

Una formación para servir a otros

Bien podría parecer que esta educación solo contemplaba el bien personal de los estudiantes, pero no era el caso. Newman les aclaraba que la formación recibida implicaba «un deber con la sociedad y con todos los que les rodean»²⁷; ésta no los enaltecía, más bien los comprometía a ser buenos ciudadanos, y esto porque los talentos y virtudes que llevaba consigo el cultivo académico no eran para sí, sino que debían trascender y favorecer a otros. Por ello precisaba que uno de los fines prácticos que se debía asignar a la universidad era el de «prepararlos mejor para sus tareas profesionales y para el servicio en la vida pública; hacerlos mejores personas para el mundo»²⁸. Con todo, Newman no desestimaba el valor de la formación profesional en áreas particulares, y de hecho en la Universidad de Dublín estableció facultades de ciencias aplicadas, pero dispuso que tal instrucción fuera precedida por un período de educación liberal.

Newman, con su larga trayectoria en el mundo académico, veía que cuando esta preparación se llevaba a cabo cabalmente,

27 *Ibíd.*, 121.

28 *Ibíd.*, 111.

ella incidía en el bien de otros. De esto se deduce que Newman no dispensaba a los universitarios de su deber con su entorno y concluía que la comunidad misma se beneficiaría de los frutos de tal preparación; debía apuntar a «elevar el tono intelectual de la sociedad, a cultivar la mente pública, refinar el gusto, ordenar principios para la conducta, expandir las ideas, facilitar el ejercicio del poder político y a armonizar las relaciones en la vida privada»²⁹.

Y lo mismo ocurriría en el plano personal, donde la formación debía reflejarse en las relaciones sociales. En sus últimos discursos Newman detalla actitudes —que hoy definiríamos como “habilidades blandas”— tales como “relacionarse y adaptarse a otros”, “comprender sus posturas y presentar las propias delante de ellos”, “ser una buena influencia para los demás, y entenderse para llegar a acuerdos con ellos”, “saber cuándo hablar y cuándo guardar silencio”, “conversar, escuchar y aprender de los demás”, “ser un compañero en quien se puede confiar y alguien que sabe cuándo mantenerse serio y cuándo divertirse”, entre otras.

Concluimos diciendo que el modelo formativo de Newman disponía en los jóvenes una actitud de apertura en todas sus dimensiones. Ante la pregunta sobre lo que la Santa Sede perseguía con la fundación de una universidad respondió: «Lo hace por el bien de sus hijos [...] porque procura su bienestar espiritual y provecho religioso, con el fin de capacitarlos para que sean útiles e influyentes, para que cumplan sus respectivos oficios de la mejor manera, como miembros más inteligentes, capaces y activos de la sociedad»³⁰. Hoy podemos decir que Newman no estaba lejos de lo que la *Ex Corde Ecclesiae* nos ha venido a recordar.

29 *Ibíd.*, 122.

30 *Ibíd.*, 33.

Este libro se realizó para celebrar la festividad de la Asunción de la Virgen María, el 15 de Agosto de 2020, en la conmemoración del trigésimo aniversario de la publicación de la Constitución Apostólica *Ex Corde Ecclesiae*, del Sumo Pontífice San Juan Pablo II, sobre las Universidades Católicas.

Laus Deo, Virginiq;ue Matri.



“ Nacida del corazón de la Iglesia, la Universidad Católica se inserta en el curso de la tradición que remonta al origen mismo de la Universidad como institución, y se ha revelado siempre como un centro incomparable de creatividad y de irradiación del saber para el bien de la humanidad ”.

ECE 1